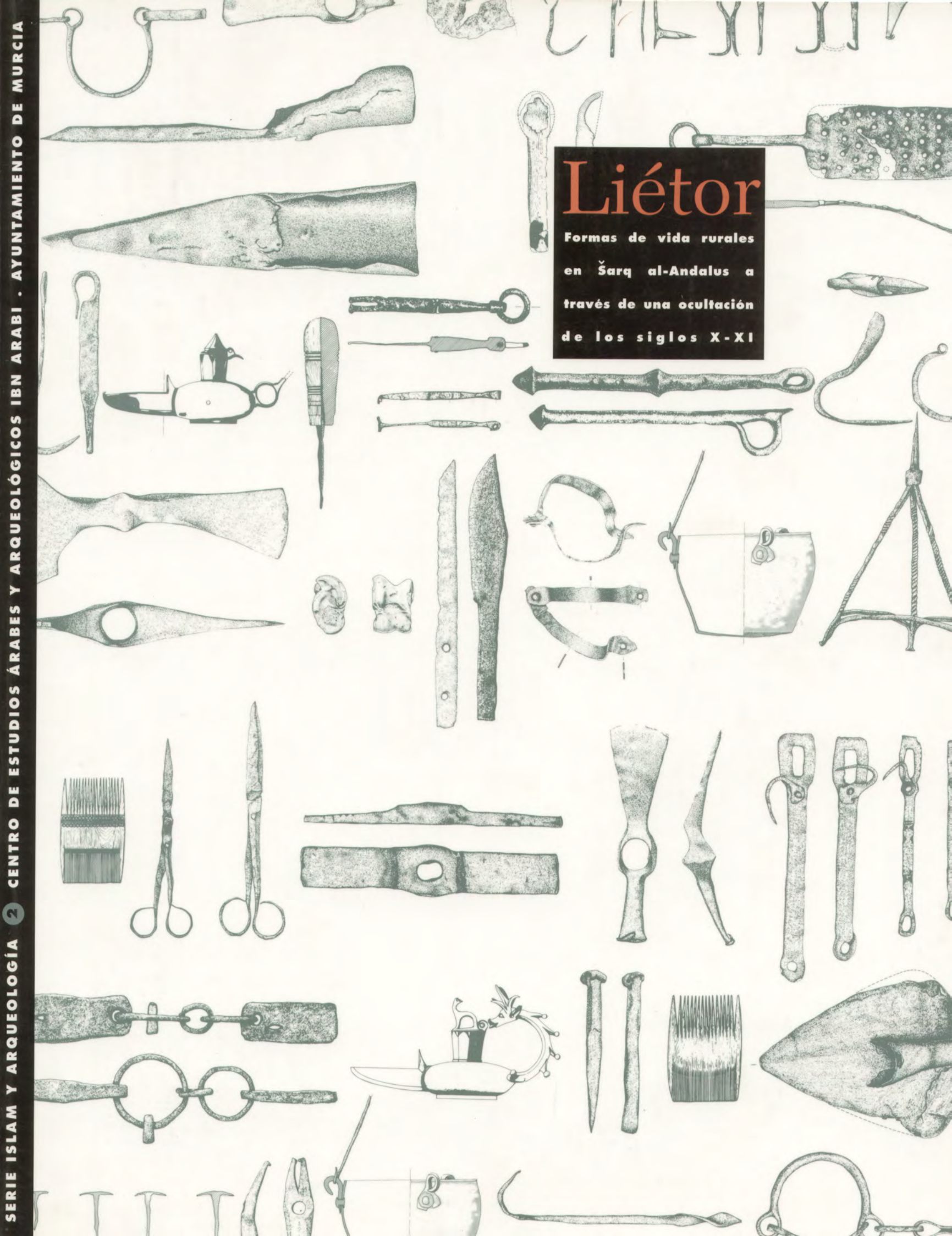


Liétor

Formas de vida rurales
en Šarq al-Andalus a
través de una ocultación
de los siglos X-XI



In memoriam

Julio Caro Baroja

SERIE ISLAM Y ARQUEOLOGÍA





Liétor

Formas de vida rurales
en Šarq al-Andalus a
través de una ocultación
de los siglos X-XI

POR

Julio Navarro Palazón
y
Alfonso Robles Fernández

CON LA CONTRIBUCIÓN DE
Elvira Navarro Santa-Cruz.
M^a Dolores Jara Carrillo.

PRÓLOGOS

Lucie Bolens
André Bazzana

Agradecimientos

Agradecemos encarecidamente las apreciaciones y consejos que nos ofrecieron los profesores Manuel Acién Almansa, Rafael Azuar Ruiz, André Bazzana, José Jaime Capel Molina, Pierre Guichard, Pedro A^o y Martín Lillo Carpio, José Luis Mingote Calderón, Álvaro Soler del Campo y Juan F. Jordán Montes. Asimismo, hemos de expresar nuestro reconocimiento a los arqueólogos Miguel San Nicolás del Toro y Consuelo Martínez y al geólogo Álvaro Luis Martínez Ferrín, por la elaboración de la topografía de la cavidad; a M^a Teresa López de Roma (miembro del I.N.I.A) por el interés mostrado en la realización de los análisis de las maderas; a Paul Merluzzo (Laboratoire d'Archéologie des Métaux) por el análisis metalúrgico del lingote; a los señores Monge Soares (Lab. de Isótopos Ambientais) y J. Thiriot por los análisis de C-14; a los compañeros José Miguel García Cano, director del Museo de Murcia, Joaquín Salmerón, director del Museo Municipal de Cieza e Indalecio Pozo Martínez, por facilitarnos el estudio y la documentación de varias piezas inéditas; a Carmen Martínez Salvador por la transliteración del árabe; a Sebastián Navarrete por la corrección del texto; a Rosa Robles Fernández y Hélène Glover por la traducción al inglés y al francés del resumen. También hemos de agradecer la ayuda prestada por José Ramón Ortega, Alfredo Porrúa Martínez, Francisco Navarro Suárez, Luis Federico Viudes y Lucía Pastor.

Por último, queremos dejar constancia de las personas que participaron en los trabajos de campo llevados a cabo en Liétor: Elvira Navarro Santa-Cruz, José Manzano Martínez, Matías López Hernández y Juan Pedro Collados Reolid.

CEP de la Biblioteca del Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos "Ibn Arabi"

NAVARRO PALAZÓN, Julio

Liétor. Formas de vida en ámbitos rurales de Šarq al-Andalus a través de una ocultación de los siglos X-XI / por Julio Navarro Palazón, Alfonso Robles Fernández; con la contribución [de] Elvira Navarro Santa-Cruz, M^a Dolores Jara Carrillo; prólogos de Lucie Bolens y André Bazzana. - Murcia : Ayuntamiento, Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos "Ibn Arabi".

256 p. : il. col. y n. ; 30 cm - (Serie Islam y Arqueología ; 2)

Bibliografía: p. 124-131

D. L. MU -259- 1996

ISBN: 84-921130-0-6

1. Liétor-Restos arqueológicos islámicos-S. X-XI.-Liétor-Usos y costumbres- S.X-XI. I. Robles Fernández, Alfonso II. Navarro Santa-Cruz, Elvira III. Jara Carrillo, M^a Dolores IV. Bolens, Lucie, pr. V. Bazzana, André, pr. VI. Centro de Estudios Arabes y Arqueológicos "Ibn Arabi". VII. Título. VIII. Serie

904 (460.288 Liétor): 7.033.3

39 (460.288 Liétor)"09/10"

Toda la correspondencia relacionada con intercambio o adquisición debe dirigirse a:

All correspondence about exchange or acquisition must be sent to:

Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos "Ibn Arabi"

Ayuntamiento de Murcia

C/. Selgas, Edificio Mercado s/n

30.001-MURCIA

Tlf.: (968) 239962 Ext. 2802 Fax 201866

SUMARIO

- PALABRAS PRELIMINARES.
- PRÓLOGOS.

Iª PARTE: EL AJUAR DE «LOS INFIERNOS» EN SU MARCO HISTÓRICO.

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN. | 23 |
| LA OCULTACIÓN DEL «PEÑASCAL DE LOS INFIERNOS». | 26 |
| 1.- LA CAVIDAD. | 26 |
| 2.- RECONSTRUCCIÓN DEL PROCESO DEPOSICIONAL. | 28 |
| 3.- UN ATESORAMIENTO SELECTIVO. | 28 |
| EL ENCLAVE DE LIÉTOR: CONDICIONANTES NATURALES Y EJES DE COMUNICACIÓN. | 29 |
| 1.- EL MEDIO NATURAL. | 30 |
| 2.- LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN. | 30 |
| TERRITORIO Y POBLAMIENTO DE LIÉTOR EN ÉPOCA ISLÁMICA. | 31 |
| 1.- PRECEDENTES DEL POBLAMIENTO ANDALUSÍ. | 31 |
| 2.- LIÉTOR EN LA KŪRA DE TUDMĪR. | 33 |
| 3.- ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO CASTRAL DE LIÉTOR. | 33 |
| PAISAJE Y RECURSOS NATURALES. | 40 |
| 1.- PAISAJE DE UNA ECONOMÍA RURAL DIVERSIFICADA. | 41 |
| 2.- APROVECHAMIENTO DE LOS RECURSOS HÍDRICOS. | 41 |
| HACIA UNA INTERPRETACIÓN SOCIO-ECONÓMICA DEL HALLAZGO. | 46 |
| 1.- EL MARCO CRONOLÓGICO. | 47 |
| 2.- ANÁLISIS DE LA OCULTACIÓN. | 49 |
| 3.- AMBIENTE SOCIOECONÓMICO Y CONTEXTO POLÍTICO. | 49 |

IIª PARTE: ESTUDIO DE LOS MATERIALES.

| | |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN. | 54 |
| GRUPO Iº. AGRICULTURA, MOLIENDA Y PESCA. | 55 |
| 1.- EL UTILLAJE AGRÍCOLA. | 59 |
| 2.- LOS ACCESORIOS DE UN MOLINO DE AGUA. | 62 |
| 3.- LOS APAREJOS DE PESCA. | 63 |
| 4.- ¿UNOS APEROS APÍCOLAS?. | 63 |
| GRUPO IIº. TRANSACCIONES COMERCIALES. | 65 |
| 1.- LOS ELEMENTOS PARA PESAR. | 65 |
| GRUPO IIIº. ACTIVIDADES ARTESANALES COMPLEMENTARIAS. | 67 |
| 1.- LOS ÚTILES DE MINERÍA. | 68 |
| 2.- LOS ÚTILES PARA LA EXPLOTACIÓN FORESTAL. | 71 |
| 3.- LOS ÚTILES DE USO MÚLTIPLE. | 72 |
| 4.- EL INSTRUMENTAL TEXTIL. | 73 |
| 5.- LOS ÚTILES PARA EL TRABAJO DEL ESPARTO. | 73 |
| GRUPO IVº. OBJETOS DE ÁMBITO DOMÉSTICO. | 74 |
| 1.- LA ILUMINACIÓN. | 79 |
| 2.- EL ADEREZO E HIGIENE PERSONAL. | 80 |
| 3.- EL MOBILIARIO. | 82 |
| 4.- LA VAJILLA DE MESA. | 84 |
| 5.- LOS CONTENEDORES DE LÍQUIDOS. | 86 |
| 6.- LA SEGURIDAD. | 88 |
| 7.- LA CALEFACCIÓN. | 89 |
| 8.- LA CUCHILLERÍA. | 89 |
| GRUPO Vº. ARMAMENTO Y ATALAJE MILITAR. | 91 |
| 1.- EL ARMAMENTO. | 95 |
| 2.- LOS ATALAJES. | 98 |
| 3.- LOS APEROS PECUARIOS. | 98 |
| GRUPO VIº. OBJETOS VARIOS. | 99 |
| 1.- LOS OBJETOS METÁLICOS. | 103 |
| 2.- LOS OBJETOS DE MADERA. | 105 |
| 3.- LOS OBJETOS DE HUESO. | 110 |
| 4.- VARIOS. | 112 |
| RADIOCARBONO. | 114 |
| NOTAS. | 124 |
| BIBLIOGRAFÍA. | 132 |
| RÉSUMÉ. | 136 |
| ABSTRACT. | 136 |

IIIª PARTE: CATALOGO DE LOS MATERIALES.

| | |
|--|-------|
| GRUPO Iº. AGRICULTURA, MOLIENDA Y PESCA. | II |
| GRUPO IIº. TRANSACCIONES COMERCIALES. | XXII |
| GRUPO IIIº. ACTIVIDADES ARTESANALES COMPLEMENTARIAS. | XXXII |
| GRUPO IVº. OBJETOS DE ÁMBITO DOMÉSTICO. | L |
| GRUPO Vº. ARMAMENTO Y ATALAJE MILITAR. | XC |
| GRUPO VIº. OBJETOS VARIOS. | CIV |

Miguel Ángel Cámara Botía

Alcalde de Murcia

Magnífica publicación creo que es el calificativo más idóneo y preciso que se puede dar al libro titulado *Liétor. Formas de vida rurales de Šarq al-Andalus a través de una ocultación de los siglos X-XI*. Con ella, el Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos demuestra una vez más su capacidad de producir obras de calidad.

Al igual que sucediera hace tan sólo cuatro años con la exposición *Una casa islámica en Murcia*, posteriormente acogida en París durante seis meses, así ha sucedido con *Los Infiernos. Un ajuar rural andalusí de los siglos X y XI*, pues tras la clausura de la exposición en Murcia, ésta ha recorrido las principales capitales de provincia de Castilla-La Mancha. El periplo ha sido precedido de una fecunda presencia en Murcia, pues, durante los días que fue expuesta en el antiguo Palacio de la Inquisición, ha servido para la reflexión y el debate de más de un centenar de especialistas en arqueología medieval reunidos en el coloquio internacional «CASTRUM V», celebrado en nuestra ciudad bajo el patrocinio del Ayuntamiento que presido.

El éxito asegurado del libro que presentamos radica en que nos encontramos ante una producción cultural capaz de responder a las exigencias y necesidades de un lector no especializado, sin dejar de ser una valiosa aportación para el conocimiento histórico de nuestra alta Edad Media.

El interés suscitado por el libro y la exposición, queda corroborado por el importante apoyo que recibieron en su día por parte del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, de la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla-La Mancha, de la Diputación Provincial de Albacete y del propio Ayuntamiento de Liétor; sin su patrocinio no se hubiera hecho realidad lo que hasta entonces era sólo un proyecto. Mi más sincero agradecimiento a todos ellos por la confianza depositada en nosotros y por su valiosa colaboración

Antonio González Barnés

**Teniente de Alcalde de Cultura
Ayuntamiento de Murcia**

La publicación de este libro es una prueba más de la madurez alcanzada por un servicio de la administración que también es un centro de investigación. Todos sabemos que me estoy refiriendo al Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos Ibn Arabí dependiente del Ayuntamiento de Murcia. Estoy convencido de que dentro de la administración municipal son contadas las ocasiones en que se produce una doble labor de gestión e investigación. No obstante, la experiencia nos demuestra que el trabajo diario de proteger, estudiar y divulgar el patrimonio arqueológico del municipio murciano, no ha sido un obstáculo para que todo un equipo realice un auténtico trabajo científico que, al definirse como tal, no puede ceñirse a los límites estrictos de las actuales circunscripciones administrativas.

Con la exposición y el libro sobre el ajuar islámico aparecido en Liétor, ha sido rescatada parte de la propia historia de Murcia y se arroja luz sobre algunos aspectos socio-económicos de la población andalusí del alto Medioevo. Si en aquellos siglos la Sierra de Segura y la actual región de Murcia constituían una sola unidad político-administrativa, también es cierto que, tras la reciente división autonómica, esta comarca forma parte de varias. Es por ello que, tanto la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, como la Diputación de Albacete y el Ayuntamiento de Liétor, han asumido como propio este ambicioso proyecto hoy hecho realidad, con la exposición y con la presente publicación; sin su eficaz ayuda nada de lo que ahora ponderamos hubiera llegado a buen término.

No puedo tampoco dejar de agradecer públicamente la valiosa ayuda recibida por parte del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe. Su colaboración en la edición del presente libro y en anteriores publicaciones prueba, una vez más, su confianza en la línea científica seguida por el equipo de nuestro Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos.

El descubrimiento en septiembre de 1985 del ajuar objeto del presente estudio no se puede entender sin la presencia del Rvdo. P. D. Francisco Navarro Pretel, cura párroco de Liétor y creador allí del singular Museo Parroquial de Santiago Apóstol. En la tarde del veinte de septiembre de ese mismo año varios jóvenes se presentaron en la Iglesia y le mostraron algunos objetos que habían encontrado en el interior de una cueva sita en el paraje conocido como el *Peñascal de los Infiernos*. La visión de dos candiles de bronce muy pronto permitió a D. Francisco valorar en su justa medida el hallazgo, identificándolo como hispanomusulmán. Recogidas todas las piezas, fueron depositadas en el Museo Parroquial donde permanecen expuestas para el deleite de quien desee contemplarlas.

Al inagotable trabajo de conservación del Patrimonio Histórico que viene realizando tan ilustre sacerdote hay que añadir la labor pedagógica e investigadora llevada a cabo a través de una sencilla pero valiosa publicación llamada "Revista Cultural Museo", que es editada de forma artesanal por el "Grupo Museo", hoy constituido en Asociación Cultural. Quienes tenemos el privilegio de conocer esta obra no sólo hemos quedado maravillados por la copiosa información recogida, en gran medida utilizada en este libro, sino sobre todo por la talla humana de su artífice. Entre otros escritos debemos reseñar la elaboración de una completísima carta arqueológica del término municipal, en la que se ofrecen referencias muy esclarecedoras sobre los yacimientos de Híjar, Fuentealbilla, el Corralón, Los Infiernos..., o la excelente revisión acerca de los "Datos sobre la muralla de Liétor", así como la triste denuncia de la destrucción de uno de sus tramos. Un complemento perfecto para nuestro trabajo ha sido la recopilación de datos que se hace en la mencionada revista sobre las presas del término municipal, o el rescate y divulgación de viejos documentos como las Relaciones Topográficas de Felipe II o las Reales Ordenanzas de la villa de 1583, que son una fuente inagotable de datos para reconstruir la Antropología Cultural del lugar.

Si privilegiados hemos sido al tener la suerte de estudiar tan valioso ajuar, mayor privilegio hemos tenido al tratar con tan excepcional persona, de cuya amistad nos sentimos honrados. Su presencia siempre ha sido alentadora, pues en las dificultades tuvo la palabra oportuna que nos animó y nos permitió continuar el trabajo ya iniciado; su fe incondicional en que este libro se publicaría ha sido sin duda el acicate definitivo para que llegase el

día de su culminación; su amistad, el ofrecimiento continuo de su hogar, de su mesa y de su tiempo, ha sido lo que a la postre nos ha obligado a concluirlo. Sin duda, no podíamos defraudar tal derroche de ilusión.

Estas palabras de agradecimiento, dirigidas con toda justicia a su persona, las hacemos extensibles al grupo de jóvenes a los que hemos hecho referencia y que hoy componen la Asociación Cultural Grupo Museo de Liétor, quienes, con todo entusiasmo y generosidad, están comprometidos en conservar, promover y apoyar todas las iniciativas culturales de este pequeño núcleo rural.*

Ojalá surgieran en muchos pueblos grupos similares que fueran apoyados por las instituciones provinciales y regionales, para que fueran levadura que diera esperanza al marginado mundo rural.

* El descubrimiento fue protagonizado por los componentes del «Grupo Museo. Asociación cultural»: Juan Pedro Collados Realid, María Collados Realid, José A° Cortés Hernández, Rafael Díaz Rodríguez, Juan A° García Soro, Rafael Hernández Requena, Eloy López Hitar, Antonio López Jiménez, Teresa López Jiménez, Miguel Miralles Sierva, Javier Moreno Moreno, Pascual Moreno Tébar, Alfonso Sáez Docón y M° Carmen Valenciano Soria.

Es poco frecuente que el estudio de unos simples objetos llegue a confirmar hasta tal punto los datos textuales conocidos. Fueren los que fueren los resultados obtenidos en las futuras investigaciones complementarias que se acometan sobre los materiales procedentes del Peñascal de los Infiernos, al fin disponemos de un conjunto excepcional que contribuye a un mejor conocimiento de al-Andalus.

Tras la crisis del Bajo Imperio que dio lugar al Medioevo, Occidente persigue la seguridad y el sustento, la Cristiandad -heredera del Imperio romano- continúa siendo una nueva realidad y Europa (en el sentido geográfico del término) sigue ligada al Mediterráneo. El Islam, aprovechando las dificultades de Bizancio, representaba un poder novedoso que erigía la Dār al-Islam. El Imperio omeya, y algo más tarde el ^Cabbāsī, llegaría a ser más vasto que el propio Imperio romano, pues se extendió por un inmenso territorio que comprendía desde las Indias asiáticas hasta el Atlántico y desde la Provenza hasta el Sur de Marruecos.

El nuevo poder emergente, fundamentado en el mensaje de la unicidad de Dios (recitado en lengua árabe) se iba a constituir en el vínculo cultural de los continentes africano, asiático y europeo. El imperio islámico abarcó regiones históricas, como Damasco o Isfahan, Bagdad o Kairuán, en las cuales la bondad del clima se aliaba con el agua para configurar un oasis de dimensiones mediterráneas, con un horizonte de aspecto desértico aunque abierto al comercio caravanero.

Fenómenos religiosos y sociales (sunismo y siismo, califato, emirato e imamato) influyeron a escala de la Dār al-Islam, adoptando una complejidad difícil de percibir en Occidente. Al mismo tiempo, Murcia acogía una modalidad de gnosis vinculada a «los Hermanos de la sinceridad» que encuentra su máxima expresión en la obra de Ibn ^CArabī. A pesar de las razias y de la ostentación consumista, propia de toda cultura de carácter aristocrático, la civilización andalusí, enraizada en el agua (como otras lo están en la tierra) disfrutaba de una prosperidad que contrasta con la precariedad generalizada en los tiempos del Medioevo. Las ciudades fueron sus alhajas, piedras preciosas de un asentamiento intensivo, engarzadas en las coronas de verdor que las engalanaban y nutrían. El agua era tan valiosa que llegaría a ser sacralizada, constituyendo el elemento principal de esa civilización y la unidad cósmica de esta historia.

Un nuevo paisaje rural.

Todo ese espacio cultural y comercial favorece un movimiento laborioso ya iniciado en la Antigüedad latina, desde el Lejano

Oriente hasta la bahía gaditana. Se produce una migración de plantas subtropicales y de las técnicas necesarias para su cultivo: sorgo y trigo duro de África, caña de azúcar del sureste asiático llegada a través de Persia, diversos cítricos bajo formas intermedias como la naranja de Sevilla, el limón dulce y la cidra, la sandía, el algodón y la berenjena, esta última, acaso relacionada con la antigua presencia judía. En el Sureste andalusí, junto con el árbol de la vida mediterráneo que es el olivo, se aclimata y extiende la palmera datilera procedente de las civilizaciones africanas y de Palmira. Entre las nuevas plantas, el arroz, un cereal excepcional que sacia el hambre de los humildes, hace una discreta aparición en la España del siglo X.

La lenta itinerancia de los vegetales fue un verdadero puente de creatividad que, desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, modificó la naturaleza, creando paisajes y transformando el marco de la vida cotidiana. Esa unidad civilizadora pudo vibrar al compás del mosaico de culturas y pueblos que configuran la originalidad de al-Andalus y Sicilia. De esa manera se concretaba la fidelidad de los hombres hacia todo aquello que habían conocido en sus lugares de origen y que quisieron reencontrar; el propio ^CAbd al-Raḥmān I, primer emir omeya, hizo llegar a al-Andalus una variedad de granadas famosas en Siria.

La irrigación era el fundamento de los nuevos cultivos y el dominio de su uso representaba una notable experiencia civilizadora que iba más allá de los poderes y de las dinastías. El prototipo de esa institución que se desarrolla a lo largo de varios siglos es el «Tribunal de las Aguas» de Valencia, cuyas reuniones siguen celebrándose todos los jueves ante el templo, el lugar sagrado. El agua pertenece al municipio, pero también a la propia tierra. El territorio está tan estrechamente ligado a las instalaciones urbanas que, en ocasiones, no se sabría discernir si nos encontramos ante unas ciudades con espacios verdes o ante unos auténticos «campos ciudadanos».

Pero esa sociedad también tuvo que aprender a vivir con una obsesión, compartida por todos: el miedo a la sequía, generadora de precariedades y de hambrunas. En la actualidad, es difícil valorar los sentimientos que encierran las invocaciones de los campesinos al cielo, la inquietud ante la sequía o el milagro de la fuente de agua fresca. ¿Puede la Europa de fines del siglo XX captar las inquietudes de aquellos tiempos de precariedad? ¿Qué sabemos hoy del miedo a las noches invernales, de las travesías de montañas y mares, si apenas somos capaces de intuir los efectos dañinos de la contaminación?

Las faenas y los días.

En al-Andalus, ¿cuáles eran los espíritus protectores de las faenas y los días? El campesino dará gracias al cielo si la comida es suficiente y si los recién nacidos, expuestos al frío y a las infecciones, resisten los primeros meses de vida. Labrar la faz de la tierra, ocultarla a los rayos solares y plantar en ella lo más conveniente para la población local y para el comercio es lo que realiza una clase de productores que organiza su vida en función de la estación y de la previsión sobre los recursos principales y que sabe realizar una perfecta simbiosis entre los rebaños y los recursos agrarios. Los sectores vitales del cultivo siempre estuvieron en relación con el genio del agua; a través de los suelos bermejos mediterráneos se buscaba, en superficie o en profundidad, el agua de la supervivencia, elevada con norias y dispensada a través de esos arroyos excavados por el hombre que son las regueras y acequias. Todo ello y el benigno clima del Sur peninsular hicieron posible la trilogía mediterránea: trigo, vid y olivo. El éxito final se debe a la gestión prudente del suelo y del agua frente al fulgor celeste, las plagas, las enfermedades y los cambios imprevisibles del tiempo.

Las grandes capitales fueron en un principio, Isfahan, Damasco y Constantinopla; también Alejandría resplandeció. Más tarde, con la ciencia agrónoma de un lado y una nueva espiritualidad del otro, las ciudades andalusíes proseguían su desarrollo manteniendo el viejo vínculo existente entre la ciudad y el campo. Allí donde los latinos habían unificado bajo la férula del derecho, el Islam instauraba un nuevo orden material y moral que insistía sobre la fuerza unificadora del nuevo monoteísmo y de la lengua árabe. Sin embargo, una profunda simbiosis cultural y material se había iniciado desde la Antigüedad, y el latín, evolucionando en romance, no desapareció allí donde el árabe se convirtió en la lengua de fabulistas, médicos y filósofos.

Los Infiernos, reflejo de una inestabilidad.

¡Revueltas, guerras, golpes de estado...! ¿Qué está sucediendo? El miedo, tal vez la huida... Se ocultan los objetos valiosos en las cavernas y se huye para volver más tarde, aunque en ciertos casos no hubo retorno. En esas circunstancias, al-Andalus revela uno de sus secretos mejor guardados a través del hallazgo acontecido en Liétor.

Los episodios turbulentos que dominan el final del Califato cordobés nos dejaron un legado inestimable: la cueva del Peñascal de los Infiernos, en la que más de un centenar de objetos se convierten en útiles para soñar con esa civilización

excepcional. No obstante, disponemos de testimonios de índole cultural y social, como los textos agronómicos y botánicos, que con frecuencia atestiguan la riqueza agraria, o los gastronómicos acerca del Magreb y al-Andalus, que culminan esta página antropológica. Así, al-Šaqundī relata cómo las vendimias, en la Málaga del siglo XII, se hacían en familia y en las pendientes más soleadas de Sierra Nevada. Fue allí donde la uva no sólo era vinificada sino también transformada por destilación en los elixires más variados. Allí surgió el sorbete (del verbo beber, *šaraba*) y la nieve de Sierra Nevada favoreció la aparición de lo que podría denominarse la primera corporación de la «industria del frío»².

A primera vista parece una paradoja afirmar que al-Andalus culminó lo que en Roma sólo había sido un sueño bucólico devorado por la grandiosidad, lo imperial y lo fastuoso. Los andalusíes retomaron e incrementaron la riqueza y la gloria de los manuscritos científicos y los arcos de triunfo cedieron su lugar a los palacios y a la casa arabo-andalusí, cuyos patios a cielo abierto se convirtieron en jardines.

La ciudad y el río.

La gran provincia de esa división oriental fue Tudmīr, también llamada *Miṣr* (Egipto) en razón de las concomitancias fluviales con ese país. En ciertos momentos del año, la tierra de Tudmīr era inundada y fertilizada por las aguas del río *Wādī l-ʿAbyaḍ*, tal como refieren los textos³. Al-Šaqundī comenta sobre Murcia que era ciudad y corte principesca de Šarq Al-Andalus, cuyos habitantes se significaban por ser muy contestatarios. Mursiya también fue nominada como «el jardín» por su fertilidad y la riqueza vegetal del valle que ocupa, puesto que Murcia también es el río, un curso fluvial prolongado que nace -como el Guadalquivir- en la sierra de Šaqūra. Cuando el Segura escapa de su cauce y expande sus aguas grávidas de limos fertilizantes, se preparan las cosechas que serán recogidas antes de la siguiente inundación. Ahí se encontraban, sin duda, los paisajes más bellos de al-Andalus. Las orillas del río eran auténticos vergeles y jardines con árboles delicados de ramas armoniosas; en el aire se oían al unísono los cantos de los pájaros y el fragor de las ruedas elevadoras de agua; en las orillas, música y fragancias perfumaban el aire cálido de esta región. En ella -igual que en Málaga y Almería- se encontraban numerosas manufacturas y se tejían sedas, alfombras célebres exportadas a todas partes y esas telas mojadas con las que los murcianos cubrían las paredes de las casas para refrescarlas.

La naturaleza era el enigma esencial a descifrar; dominar el río era fertilizar y regar, refrescar y mullir. El aluvión marca los ritmos vitales, como ocurre en todas las civilizaciones con cursos fluviales importantes: Nilo, Éufrates o Guadalquivir. El propio Segura fue descrito por al-Rāzī en el siglo X: nace próximo a la fuente del Guadalquivir, en la región de al-Niška, corre en dirección Este y desemboca en el Mediterráneo. Es un río cuyo curso está encajado entre las montañas en un lugar llamado *Rikūṭ* (Ricote). Sin la presencia de esta zona montañosa, este río inundaría el territorio de Murcia⁴. Esas condiciones orográficas propiciaron la seguridad de los humanos que, pese a todo, ocasionalmente sufrieron los efectos de terremotos, como los acontecidos entre los años 1013 y 1014, que demostraron al orgullo de los hombres que existe una realidad que les domina.

Entre otras zonas murcianas se encuentran Lorca (Lūrqa), cuyo territorio era rico en lapislázuli, Mula (*hiṣn Mīla*), Orihuela (Ūryūla), Alicante (Laqant); todos ellos son los distritos mejor conocidos de Murcia, capital en los siglos V y VI de la Hégira. Fue un estado poderoso, que dependió algunas veces de Valencia y otras de Almería, hasta la conquista del país por los almorávides.

Terruños fértiles donde las plantas crecen rápidamente, magníficos edificios, monumentos... pronto iban a aportar la consagración del éxito por el lujo, la riqueza y el poder. Pero las civilizaciones son mortales... Hoy en día, escribiré al-Maqqarī en el siglo XVII, no son más que ruinas de columnas, de arcadas, de inscripciones, de ídolos, de bustos, de estatuas de hombres y animales gigantes; son unos *dawāmis*, según el geógrafo⁵.

El Peñascal de los Infiernos: el universo de los útiles y de los objetos.

La cueva de los Infiernos, situada en la provincia de Albacete, saca a la luz el tesoro místico de una ruralidad cotidiana. El objeto en sí aporta al historiador una documentación sin igual y la posibilidad de comparación con los textos de la Edad Media que evocan la riqueza de Tudmīr en plata, hierro y plomo. El útil, prolongación del brazo y del tronco leñoso, se enriquece con la extremidad metálica. La rueca, instrumento neolítico, se diversifica en azada o *miṣḥāt* aquí presente en la forma descrita por Ibn al-^cAwwām; multiplicando sus posibilidades de acción, ataca mejor la tierra, se hace más sólida y se adapta a otros tipos de uso.

El lazo entre la tierra y el hombre se cimenta en el conocimiento efectivo, a través de técnicas que superaron las pruebas de adaptación al clima y al suelo, de cosechas esperadas y del saber

botánico. Fue la experiencia agraria la que potenció una de las civilizaciones más urbanizadas de su época.

Como siempre, la moneda metálica (el *dīnār* de oro y el *dirham* de plata) es el intermediario, el símbolo y el objeto venerado, pero también lo fueron la joya, o la simple caracola marina, objetos que llegan desde lejos. Las riquezas arqueológicas del hallazgo letuario residen en la confirmación de los datos que nos ofrecen los textos medievales. Útiles y utensilios de madera, con sus accesorios de hierro forjado, almacenamiento de las reservas y alimentación atestiguan una ciencia prudente del entorno. En ese mundo el pan es el alimento popular, pero bajo una gran variedad de formas que se diversifican, por los contactos intercontinentales, en papillas, cuscús y migas para acompañar las carnes, las verduras y las frutas; pues la región es fuente de esas riquezas.

Las crestas rocosas de Liétor y de los Infiernos, la cueva que acogió durante casi un milenio su tesoro, el curso fluvial de nombre místico (río Mundo) que discurre a sus pies... son elementos que evocan un paisaje mitológico. Panorama legendario en cuyo suelo se otean las señales tangibles de los lazos afectivos que inscriben los paisajes originales -aquellos donde vivieron yemeníes y mudaríes, beréberes y magrebíes, a lo largo de más de cinco siglos- en la memoria de los hombres.

Cuando los jóvenes vinieron a buscar al padre Francisco -de sus labios recojo el relato- entraron también, sin saberlo, en la leyenda, pues este libro es el resultado de una conjunción fuera de lo común: unos niños inspirados, el padre Francisco Navarro y la presencia cercana del Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos de Murcia y de su director Julio Navarro Palazón. En tiempos antiguos, sólo podía vivir ahí un pueblo de filósofos, narradores, sibaritas o poetas. De la vida material organizada, no se conservaba -con ostentación y respeto estético- más que las obras del espíritu o del alma, los bellos manuscritos iluminados embellecidos por su propia caligrafía. Ante esos paisajes de leyenda ¡cómo no evocar la alegoría zoroástrica!: «antes de que el mundo fuera creado, sólo estaba él y su gran Nombre»; *Olam*, «el Mundo» como la cueva de Liétor sobre el río Mundo, es una porción, un principio, a veces un fin de mundo para los que tuvieron que huir dejando todo aquello que había formado parte de sus vidas.

Al comienzo de este prólogo -que reúne algunas reflexiones sobre el conjunto de materiales islámicos que nos da a conocer este libro acerca del ajuar de Liétor (Albacete)- quisiera agradecer, tanto a Julio Navarro Palazón, director del Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos "Ibn Arabí", como a todo su equipo, no sólo su amable invitación para que participe en esta monografía, sino también la calidad, la riqueza y el interés del trabajo que vienen desarrollando en dicho Centro. En algunas ocasiones, se ha destacado el papel desempeñado por el Centro "Ibn Arabí" en el campo de la arqueología islámica española y europea: tanto el prólogo redactado por Pierre Guichard para el libro dedicado a *Una casa islámica en Murcia*⁶, como los comentarios y discursos oficiales pronunciados con motivo de la celebración en Murcia del coloquio *Castrum V*⁷, revelan claramente el peso científico y la dimensión internacional que adquiere, en este sentido como en otros, la capital de la antigua *kāra* de Tudmīr. Los trabajos sobre la cerámica medieval, la casa islámica, los palacios murcianos y los hábitats fortificados (como el *hiṣn* de Cieza o los castillos de Monteagudo) evidencian la labor dinámica y eficaz de este centro en pro de un mejor conocimiento del mundo rural en zonas del interior murciano.

Para una mayor comprensión de la civilización andalusí en esta zona del Sureste peninsular, es preciso incidir en la investigación sobre las ciudades (Lorca y Murcia) que funcionan como polos de desarrollo o, en el caso de Murcia, como capital, y también sobre el «castillo» -el *hiṣn* islámico- que actúa como centro de territorios yuxtapuestos, estructurando su poblamiento a nivel económico y social. El libro que nos ofrecen Julio Navarro y Alfonso Robles va a tener en este marco un papel relevante. Su calidad es evidente tanto desde el punto de vista gráfico como científico y nos demuestra lo que puede llegar a ser la arqueología cuando viene acompañada de una reflexión histórica sobre el mundo rural de los siglos X y XI, su funcionamiento y -lo que no debe olvidar el hombre de hoy- la herencia que nos ha legado. En definitiva, por primera vez, se estudia y se da a conocer un conjunto de útiles, herramientas, armas y materiales varios que atestiguan la diversidad del utillaje y el nivel tecnológico de esa Edad calificada como «Media» y que juega un papel esencial, por ser un eslabón imprescindible en la historia general de la tecnología.

Este prólogo me ofrece la oportunidad de proponer al lector -como una especie de hilo conductor para su viaje a través del escondrijo de Liétor- algunas reflexiones sobre el hombre medieval y el utillaje que ha sabido heredar del mundo antiguo y de la protohistoria, utilizándolo y haciéndolo evolucionar, según sus propias necesidades y siempre en relación directa con las imposiciones del medio ambiente. Más interesantes que las armas

y atalajes militares, son los objetos de la vida cotidiana y lo que, en realidad, es más novedoso: la presentación y estudio del conjunto de herramientas (legones, balanzas, hoces, martillo,...) y otros instrumentos de producción (azuelas, accesorios de molino, hacha, punteros,...) del campesinado de Liétor. En efecto, casi siempre *«el utillaje del agricultor ha sufrido el olvido de los historiadores de la macrohistoria: quizá porque las revoluciones han tenido muy pocas consecuencias sobre su evolución. Sin embargo, la historia del útil es la historia misma de la civilización»*⁸. Si contemplamos el panorama de la arqueología es evidente que aparecen muy pocas referencias en la literatura arqueológica; habría que matizar un poco, pues aunque es cierto que el mundo rural medieval se ha abierto ampliamente a las encuestas arqueológicas⁹, hasta ahora nos hemos interesado más por el hábitat (el caserío, la vivienda, el espacio doméstico) que por el campo y las técnicas agrarias, bastante más difíciles de estudiar¹⁰. Hoy en día sigue siendo reducido el número de arqueólogos dedicados a la historia de las técnicas; la mayoría de ellos considera *«que la presencia del útil es implícita en los productos de la actividad humana, de la cual descubren los vestigios en las excavaciones»*¹¹. No siempre se debe culpar a los investigadores, pues es cierto que cuentan con escasos testimonios (materiales o escritos) que sirvan de referencia: los inventarios notariales, a veces, dejan sitio a descripciones o simples listados de herramientas y objetos de la vida cotidiana¹²; también el hallazgo de armas es bastante frecuente, pero el utillaje aparece en raras ocasiones y casi nunca en cantidad y variedad que permita una buena comprensión del ambiente tecnológico del grupo humano estudiado. Ocultaciones tan significativas como la de Liétor son escasas: quizá sólo cabría reseñar el escondrijo de instrumentos agrícolas de Gettenau (Alemania)¹³, el depósito de útiles de carnicero encontrado en Ehl (Francia)¹⁴, los hallazgos de Vrāac en Yugoslavia¹⁵ y, por supuesto, el lote de objetos de la *Cova dets Amagatalls* en Mallorca.

El hallazgo de Los Infiernos.

El descubrimiento de Los Infiernos viene a cubrir un vacío en el conocimiento de la cultura material de la Edad Media. Al producirse en una cueva de difícil acceso, nos hace recordar el doble papel jugado por el azar en la arqueología: se trata de un hallazgo fortuito -lo que supone oportunidad y suerte- y de unos materiales en excelente estado de conservación, lo que explica la preservación de la madera. Me refería a un doble papel, pero quizás haya que entenderlo como triple, si se tiene en cuenta la oportuna intervención, tras el hallazgo propiamente dicho, de un equipo cualificado para su estudio y su publicación, es decir, para su necesaria difusión científica y cultural.

Los autores tienen toda la razón cuando subrayan que se trata de un depósito sellado, organizado sobre una superficie reducida (alrededor de un metro cuadrado) y que presenta una gran homogeneidad. Además, se hizo con tiempo, pausadamente y con sumo cuidado¹⁶; yo diría que con la diligencia precisa para garantizar una conservación perfecta, encaminada a su ulterior recuperación. «Las herramientas provienen a veces de tumbas; más a menudo, constituyen verdaderos tesoros, que se pueden comparar con los tesoros monetarios o con escondrijos de armas»¹⁷. Ese es el caso del Peñasal de los Infiernos.

A priori, las circunstancias del hallazgo no incitaban a una verdadera labor arqueológica, ya que -en contraste con el aspecto espectacular y de gran interés del depósito, sobre todo para la historia de las técnicas medievales- había sido descubierto fuera del control preciso que debían ejercer unos especialistas en arqueología. El mobiliario escondido había sido salvado, por la intervención eficaz del grupo letuario, pero las condiciones exactas de su puesta a la luz se desconocían¹⁸; y nunca se conocerán, lo que debilita ligeramente el valor y el alcance de las conclusiones. De ello son conscientes los autores, que insisten sobre la necesidad de tener en cuenta esa falta de datos, llamando a matizaciones e interpretaciones alternativas.

Pero cualesquiera que sean las dificultades de interpretación, el hallazgo nos ha proporcionado un material rico y numeroso, compuesto por casi doscientas piezas que muestran una enorme variedad tipológica: desde los peines y otros objetos de higiene personal hasta, por ejemplo, el atalaje de caballo, pasando por todo tipo de herramientas agrícolas o artesanales. Frente a esa situación, la reacción de los autores podría haber sido la desestimación, limitándose a ofrecernos un simple catálogo de materiales. Por el contrario, Julio Navarro y Alfonso Robles nos presentan hoy -acompañado de un necesario y completo análisis y descripción de los materiales- un estudio global del conjunto geográfico, histórico y social de la zona del escondrijo, incluyendo la toponimia, la orografía y la hidráulica; dicho de otra manera, se trata de una verdadera obra de «arqueología extensiva» (o espacial), en la que se manejan los datos de la documentación escrita (medieval -árabe o cristiana- y moderna) y se nos introduce en la complejidad del mundo rural, teniendo siempre como referencia el *hiṣn* (territorio, población y sistemas de explotación)¹⁹; ni siquiera se deja fuera del estudio las condiciones históricas locales de la transición, acontecida en el siglo XIII, entre el mundo islámico y la sociedad feudal cristiana.

Nos encontramos ante un ajuar diversificado, decía yo, sin repetición significativa de los mismos objetos²⁰, lo que indica que lo ocultado no es la producción de un taller o de diversas piezas reunidas (por algún comerciante quizás) solamente por su valor

pecuniario. Se encuentra aquí casi todo lo necesario para una sola familia (mejor dicho una unidad familiar) de campesinos: familia amplia por supuesto, que funciona como grupo productor. Pero, siguiendo esa línea de interpretación, hay que señalar algunas ausencias, concomitantes con las condiciones del abandono: es curiosa la inexistencia de todo tipo de cerámicas (al menos falta el material culinario, el mortero y la maja)²¹, la muela pequeña para la molturación del grano; faltan las cerámicas comunes y de uso cotidiano como alcadafes, ataifores o *qidr* (ollas). También se advierte la ausencia de elementos, no por sencillos menos indispensables, como las piezas de hueso, cobre y cerámica del telar, agujas de cabello, joyas, arquetas, etc. En cambio se han dejado en la cueva materiales que implican una serie de actividades caseras (mesa, almenar, almenara, etc.) o agrícolas-artesanales (reja, azadas, azuelas, punteros, lavija de molino); todos ellos son objetos pesados o incómodos de transportar (almenara, hacha, mesa, barril o acetre). ¿Se puede proponer una explicación? Parece difícil, pero quizá se podría pensar en la huida -no sólo de un personaje sino de todo un grupo familiar, incluidos los padres y hermanos, las mujeres y los niños- con el material necesario para sobrevivir en un contexto aleatorio, más cercano al seminomadismo que a la sedentarización. Habrían intentado llevar consigo lo mínimo (pero suficiente para la vida familiar), dejando en un lugar seguro lo que pudiera permitir, tras un eventual regreso (pero esperado, de lo contrario el hecho mismo del escondrijo no tendría sentido), renovar la explotación campesina, con un material que corresponde a «la totalidad de actividades posibles en una sola explotación», puesta en valor por una familia o elementos del grupo étnico. El conjunto atestigua unas actividades diferenciadas: agricultura, por supuesto, y pesca, pero también artesanado doméstico y minería, a lo que además se podía añadir el ejercicio bélico.

En el plano cronológico, el material no proporciona muchos datos, pues ni las piezas de uso doméstico ni las herramientas ayudan a aclarar la cronología, pese a lo cual coincidimos con los autores cuando afirman que, tanto los elementos bien fechados -los candiles de bronce- como los análisis de carbono 14, indican un período que abarca desde finales del siglo X hasta principios del XI.

Uno de los aspectos más interesantes del libro -y lo que será más útil en un futuro inmediato para los historiadores de la Edad Media- es el intento de restitución morfológica de las piezas encontradas y la búsqueda de su función.

El hombre medieval y el utillaje agrícola.

Tal y como sucede con otros testimonios arqueológicos, el útil no puede escapar de los intentos de clasificación y sistematización. Las categorías más habituales, desde las lecciones metodológicas

de André Leroi-Gourhan, son medios elementales de acción sobre la materia, transportes, técnicas de fabricación, armas (pesca, caza, guerra). Todas estas categorías están representadas en el Peñascal de los Infiernos, donde aparecen por igual las herramientas sencillas -que proceden de las invenciones más primitivas del hombre pero que, sin embargo, hacen posible un lento dominio de la naturaleza- y las de uso múltiple; éste es el caso del hacha grande que sirvió hasta el siglo XII tanto de arma como de herramienta²⁵.

Del conjunto publicado, quisiera destacar algunos ejemplos de objetos llegados de un pasado remoto y que demuestran una sucesión de esfuerzos para su lenta (y poco evidente) mejora a través de los milenios.

- La presencia de una **sierra** en Liétor es importante para subrayar la existencia de actividades artesanales (nº c. 47). Presenta una hoja recta, sin duda corta y perforada en una de sus extremidades para acoger un mango sólido. Se empuja por un solo lado (prototipo del serrucho), y se trata de un instrumento que no corta la madera sino que la desgarr²⁶. Ya adopta su forma, casi definitiva, en la Edad del Bronce y se conoce una tipología completa y variada desde la época romana hasta el siglo XIV²⁴.

- Igualmente de pequeñas dimensiones son **los cuchillos** de Liétor (nº c. 130-145). Presentan la mayor parte de sus rasgos formales clásicos: están habitualmente constituidos por dos partes distintas (la hoja y la espiga)²⁵; a veces -de igual manera que la sierra- aparecen perforados para albergar un mango corto fijado con roblones²⁶; en algunos se aprecia una tendencia a aumentar el peso para cortar mejor la carne, o para tener la doble función de arma y de útil.

- **El martillo** de Liétor es un buen ejemplo de la pervivencia de una función, ligada a la continuidad en los modos de explotación del entorno (nº c. 40). Las condiciones de uso del martillo de carpintero, utilizado tanto para la más primorosa ebanistería como para la construcción de máquinas hidráulicas²⁷, han planteado un problema, que ya fue solucionado desde la Prehistoria y que llegó a establecer normas y formular «unas formas racionales, que las teorías de la mecánica moderna vendrán a justificar mucho tiempo después»²⁸; debe permitir un choque neto, bien controlado por el operario y sin desviaciones laterales. La forma perfectamente equilibrada -con un eje de simetría longitudinal-, que conocemos en Liétor, ya existe desde Hallstatt y se fija durante la Tène III para no evolucionar hasta el siglo XIII²⁹. Su cuerpo consta de dos partes: una cabeza de sección cuadrada que permite un golpe de plano y una boca aplastada en su extremidad con el fin de dar golpes casi lineales. La única modificación efectuada sobre el prototipo protohistórico

-que se transforma así en el clásico martillo de carpintero- es la apertura de la boca en forma de «pie de cierva» para la función de sacar clavos. El ojo es redondo en el ejemplar de Liétor, aunque normalmente sea ovalado, como sucede en el de Oliva³⁰.

- En lo referente a las herramientas empleadas en el campo, nos encontramos con la hoz, la reja y la azada. **La hoz**, en forma de media luna, instrumento antiguo para cortar el trigo³¹, tenía inicialmente dientes para serrar las espigas sin que cayeran los granos. En la Edad Media, con mejor calidad de metal (los dientes se deterioran fácilmente y es más difícil aguzar la herramienta), desaparecen los dientes y se fabrica, como lo muestran los ejemplares de Liétor (nº c. 4 y 5), una hoz alargada, con hoja (de filo fino) encorvada y espiga que permite montar un mango corto, cuya longitud se corresponde con la anchura de la mano³². Sin embargo, la hoz con dientes sigue utilizándose, y a veces -como ocurre en Rougiers³³- se encuentran los dos tipos en el mismo yacimiento; pero «*las hoces del asentamiento siciliano de Brucato son lisas, mientras que las del pueblo borgoñés de Dracy son dentadas, como también las de Polonia*»³⁴. A menudo, al salir del mango, la hoja se tuerce, dejando un pequeño hueco donde se coloca el pulgar³⁵; en este caso, no existe tal vacío sino más bien una deformación local del metal que forma una especie de dedil y que desempeña la misma función.

- **La azada** es, según Leroi-Gourhan «*la más importante de las herramientas de arada; la única que está presente en todas las partes del mundo desde los principios de la agricultura*»³⁶; es el útil para el trabajo manual de la tierra. Su historia resulta penosa puesto que, a partir del mismo tipo de herramienta, con características básicas comunes, han evolucionado varias formas locales, según los países o las sociedades; cada una tiene un aspecto particular³⁷: en Los Infiernos, pese a tener tamaños distintos, las azadas respetan una especie de modelo común (nº c. 7-11). Una de sus particularidades es la orientación del mango respecto de la lámina triangular, que no es de 45°, como suele ocurrir en la mayoría de los casos³⁸, sino de 70°. Se ha dicho que la azada era «*el arado del pobre*»³⁹; no lo creo: más bien es el útil agrícola por excelencia ligado a una técnica arcaica⁴⁰, pero también el más eficaz -mucho más que el arado⁴¹- en las tierras guijarrosas, en los bancales estrechos, a fin de preparar el terreno, dividir los terrones, trazar los surcos para sembrar, limpiar la base de los árboles, escardar las plantas nuevas... Al inclinarse, el campesino cava su tierra, lanzando adelante el útil (sin golpear el suelo verticalmente) de manera que pueda echar la tierra entre sus piernas: «*Ademán milenario, que corresponde a una técnica primitiva: la inserción de un mango en un casquillo del extremo de la hoja*»⁴². La azada -el *mişât* de tierras islámicas- resulta ser el útil de uso múltiple del hombre medieval, tanto del campesino como del albañil o del leñador⁴³.

• ¿Qué decir de **la reja** (n.º c. 1)? Sólo señalar que está concebida para las tierras difíciles, arboladas y con pendiente. No cumple la misma función que la azada y su labor no resulta tan limpia, pero es muy eficaz si se necesita un trabajo en superficie, una arada de plano que permita sembrar el trigo -a muy poca profundidad- sin tocar las raíces de los árboles y sorteando las afloraciones rocosas⁴⁴.

Si se trata de establecer una tipología y de sugerir la función del material encontrado en Los Infiernos, hay que insistir sobre las continuidades morfológicas, sin olvidar que en el mundo medieval, tal y como sucede desde los orígenes de la humanidad, observamos evoluciones técnicas lentas pero continuas: si la reja de Liétor es semejante a modelos tardo-romanos, también es parecida a las rejas protohistóricas. Se inscribe en esa famosa curva de los progresos acumulativos, en la que todas las culturas y civilizaciones se confunden⁴⁵.

Etnología y arqueología se unen para describir las herramientas básicas del campesino, que son: azada, hoz, muela, lagar, etc.⁴⁶; de esta manera el utillaje aparece vinculado al tipo de tierras de cultivo y a las posibles producciones locales. En los países del Mediterráneo⁴⁷, se pueden distinguir unas características comunes, escasamente sujetas a evoluciones tipológicas⁴⁸. Adaptado a campos exigüos, a una explotación familiar de (relativa) poca extensión, a tierras mezcladas con piedras y con una roca madre siempre muy presente, a una policultura básica y a los «mil oficios al margen del trabajo de la tierra»⁴⁹, ese utillaje resulta ser primitivo y sencillo. Por lo tanto, refleja una adaptación perfecta a las condiciones naturales y a las posibilidades de la comunidad. Además, en casi todas las épocas, tiene, a causa de sus potencialidades y de su intervención en los procesos elementales de supervivencia de los grupos humanos, un aspecto mágico y divino⁵⁰, en ocasiones profiláctico.

El hombre y la técnica.

Como subrayaba O. Spengler, «lo que importa, no es la forma de las cosas, tampoco cómo se fabrican, sino más bien lo que se hace con ellas, su utilización»⁵¹; y es verdad que no es la manufacturación del útil lo que importa, sino su uso⁵². En este trabajo, Julio Navarro y Alfonso Robles siguen esos principios cuando intentan definir la función exacta de las herramientas halladas en Los Infiernos o describir, en un intento global de restitución del paisaje y de las condiciones del medio natural -es decir, «lo que concretamente se encuentra alrededor del hombre: medio geológico, climático, animal y vegetal»⁵³, el medio externo-, los modos de utilizarlas y cuál es su finalidad.

La técnica del utillaje «personal, imaginativa e inventiva...», puede ser aprendida y, sobre todo, perfeccionada; sin embargo, sólo conoce evoluciones lentas a causa de un ambiente exterior que no se modifica y que no cambia su estímulo sobre los grupos humanos, como consecuencia también del fenómeno de inercia que conlleva cada proceso técnico. Está claro que «se conservan sin límites temporales, o con las adaptaciones mínimas, los aspectos técnicos cuyo reemplazo no es imprescindible»⁵⁵. Eso explica que no haya que buscar en un conjunto como el de Liétor indicios de verdaderas evoluciones formales y que, por el contrario, si intentemos comparar sus materiales con otros conocidos a través de publicaciones arqueológicas. Son interesantes las figuras o tablas tipológicas que nos ofrecen los autores, pero no reflejan mutaciones morfológicas, sino que vienen a indicar las particularidades locales (nacidas del capital intelectual y mental, de las tradiciones del grupo que ha fabricado esas herramientas), respecto a las formas -poco diferentes, y que conservan las mismas funciones- que aparecen en otros lugares, en otras regiones de Andalucía o del mundo perimediterráneo. Eso también revela la importancia, durante toda la Edad Media y quizás hasta el siglo XX, de los fenómenos de inercia y conservación.

En el conjunto de Liétor son relevantes las herramientas de percusión, útiles de minero, leñador, campesino y albañil: instrumentos abigarrados⁵⁶ y pesados «que requieren del trabajador un gasto de energía considerable»⁵⁷. La azada sirve tanto para el cultivo de la tierra como para el desfonde de los suelos mediocres, la roturación y el desempedrado del campo o la excavación de fosos, tareas menos nobles pero muy necesarias. En esas categorías se incluyen los pequeños útiles de uso múltiple, con mango perpendicular (bastante bien representados en el escondrijo de Liétor), tales como las arcaicas azadas o esas azuelas bicéfalas con una parte cortante y otra en forma de martillo.

Por tanto, nos encontramos ante un conjunto de herramientas perfectamente adaptadas a las condiciones «locales» de explotación agrícola -que en realidad son las mismas en todo el área mediterránea desde el Neolítico⁵⁸- y que no sufrieron evoluciones fundamentales, ni siquiera diferencias significativas entre los diversos grupos humanos, cualesquiera que sean su religión y su sistema político. «Tanto la forma de las herramientas, como las condiciones mismas del trabajo rural, se han perpetuado hasta hoy»⁵⁹. Pese a todo, quizás haya que matizar esas palabras; por ejemplo, parece atestiguado que la reja ha sufrido una cierta evolución durante la Edad Media⁶⁰, en cambio la azada o la hoz apenas han evolucionado a lo largo de los siglos, y parecen ser las dos herramientas agrícolas más antiguas nacidas al mismo tiempo que la agricultura⁶¹.

¿Cómo explicar unas evoluciones tan lentas? ¿Cómo entender el uso de un mismo útil durante más de veinte siglos? Es un tópico hablar de «*la mentalidad rutinaria del mundo rural*»; hay otros motivos que mencionar: la ausencia de medios financieros, la microparcelación de las tierras, el estado de la técnica metalúrgica (y la debilidad de la producción), la fabricación local de instrumentos adaptados al terreno y de calidad suficiente,⁶² la profusión de mano de obra, también la benignidad del clima mediterráneo. Algunas de esas razones son específicas de la Edad Media, pero otras son comunes tanto a los campesinos que escondieron sus herramientas en el Peñascal de los Infiernos, como a los agricultores del siglo XIX⁶³.

El hallazgo de Los Infiernos y su magnífica publicación por parte del Centro Ibn Arabí nos permiten entender las condiciones materiales de la vida cotidiana de unos campesinos que vivieron en los siglos X y XI. En el marco de la sociedad hispano-musulmana (sociedad segmentaria, a menudo basada en divisiones clánicas, especialmente en el mundo rural andalusí) se organizaba la comunidad campesina; y Liétor es una de ellas. En su seno, viven varias entidades familiares, responsables de sus huertos y de su ganado. Para entender bien el cómo (si no el por qué) de la ocultación de Los Infiernos, hay que situarse en este ambiente social. Pues, a mi juicio, queda claro que, con este escondrijo, no estamos frente al «colectivo» campesino en su totalidad, ni tampoco ante un «individuo» aislado, sino más bien ante un grupo familiar -seguramente compuesto por varias parejas- que intenta ocultar -esto es, proteger y preservar para un futuro- los instrumentos y objetos necesarios para su vida en el campo letuario. Ese linaje disponía sin duda de una de esas casas rurales, grandes y organizadas alrededor de un corral interior. Pocos datos arqueológicos pueden movilizarse respecto a este tema, salvo quizá los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en el asentamiento altomedieval del Mollet (Villafames, Castellón de la Plana): allí existían (¿en el siglo IX?) casas pluricelulares de 16 por 24 m (o sea 400 m²), con un corral (de 11 x 13,60 m), un pequeño cuarto trastero, un establo y cuatro habitaciones (cada una con su hogar) donde vivían las parejas y sus hijos⁶⁴. Podemos pensar que cada una de esas casas podía abrigar entre 15 y 20 personas; los jefes de familia eran perfectamente capaces de dirigir una explotación diversificada. Esta producción diferenciada -agricultura, pesca, actividad artesanal doméstica y minería- queda atestiguada en Los Infiernos por la variedad del utillaje encontrado: esta modalidad de explotación permitía una gran autosuficiencia⁶⁵ -no se trata de autarquía- pero supone ciertos intercambios, quizás una verdadera actividad comercial, que señalan las balanzas. Además,

se puede suponer que esta familia disponía -a través del papel que había podido jugar uno o varios de sus miembros en el ejército estatal- de unos medios económicos superiores a la media⁶⁶. ¿Sería éste un caso aislado?, pienso que no. El estudio del utillaje de Los Infiernos, como testigo de las formas y de los modos de explotación agrícola durante la Edad Media, nos proporciona una serie de datos que me parecen extrapolables a otras zonas rurales de al-Andalus.

Una arqueología agraria era inconcebible hace sólo unas decenas de años: para que «*el más banal y el más cotidiano de los objetos sea digno de interés, para que por fin la arqueología se dedique a la casa rural, a la reja, al árbol o a la planta, y que sean estudiados con la misma intensidad que el monasterio o el castillo*», fue necesario que toda la arqueología medieval dejase su único dominio de actividad, demasiado «artístico» o «estético» para dedicarse «*a la memoria de los más humildes, la memoria de los campesinos*»⁶⁷. Desde hace unos años, a partir de un movimiento de investigación que tiene su origen en las décadas de los sesenta y los setenta⁶⁸, varios trabajos, cada día más numerosos, contribuyen a rehabilitar el paisaje antiguo y medieval, estudian las tierras de cultivo, el funcionamiento técnico-social de las comunidades rurales, y se interesan, en fin, por el testigo esencial de la cultura material medieval que es el utillaje agrícola. Este libro forma parte de ese gran movimiento.

1ª PARTE

**EL AJUAR DE «LOS INFIERNOS»
EN SU MARCO HISTÓRICO**



INTRODUCCIÓN.

Al iniciar el presente estudio, creemos necesario advertir que la forma fortuita como se produjo el hallazgo no pudo más que impedir una pertinente intervención arqueológica que, con toda seguridad, hubiera proporcionado información más precisa sobre algunas circunstancias genéricas a toda ocultación. El registro de la deposición original de todos los artefactos no sólo habría facilitado el conocimiento pormenorizado de su deterioro progresivo, sino que nos hubiera permitido documentar la asociación física de algunos de ellos, lo que sin duda habría hecho innecesarias buena parte de las tareas de restitución acometidas. A pesar de todo, debemos tener en cuenta que nos encontramos ante un depósito cerrado o «sellado», con escasas posibilidades de que, en algún momento, sufriera una distorsión o aporte intrusivo de consideración. Esos argumentos son los que nos hacen considerar que se puede y se debe restar relevancia a la inexistencia de una intervención arqueológica. Dicha circunstancia que, en un principio, podría entenderse como una grave deficiencia ha sido parcialmente subsanada, gracias a los precisos testimonios orales de aquellos jóvenes que involuntariamente se convirtieron en los verdaderos protagonistas del descubrimiento.

1.- Problemática y condicionantes.

Antes de entrar en materia, no quisiéramos dejar de significar los problemas interpretativos que fueron surgiendo a medida que se abordó el estudio de este lote de casi dos centenares de piezas. El primer inconveniente fue nuestro desconocimiento del área que acogió el escondrijo. La percepción de ese medio físico donde, con toda seguridad, habían sido empleados los objetos, nos parecía trascendental a la hora de abordar la comprensión del conjunto.

No cabía duda de que la mayor dificultad se desprendía de la excesiva -casi exagerada- cantidad y variedad de los elementos que debían ser analizados (basta con una simple consulta del catálogo de materiales o de la tabla tipológica que se adjunta). La amplia gama de aspectos a tratar desbordó toda previsión inicial e idea preconcebida, además de impedirnos abordar todos ellos con la misma intensidad y rigor. A este respecto, somos conscientes de que todas las cuestiones planteadas en el presente trabajo se encuentran sujetas a las matizaciones y aportaciones pertinentes e, incluso, a explicaciones alternativas que puedan enriquecer o variar sensiblemente las conclusiones que hemos alcanzado.

Antes de interpretar el ajuar hubo que solventar una serie de interrogantes por nosotros formulados, y que trataremos de sistematizar y enunciar brevemente.

Ámbito espacial.- Dejando a un lado la limitada información disponible que nos ofrecen las realidades físicas consustanciales a

Figura 1. Localización de Liétor en el Sureste peninsular.



los propios artefactos (composición, morfología, dimensiones, tratamiento ornamental, huellas de uso, etc.), el único dato tangible y objetivable que se puede argumentar ante este conjunto es de índole geográfica: ha aparecido en el interior de una cueva con una topografía demasiado intrincada para permitir la existencia de un hábitat. Esa cavidad se emplaza muy cerca de Liétor, pequeño municipio del Sur de la provincia de Albacete, en la Comunidad castellano-manchega (fig. 1). Si bien ese dato en sí mismo no constituye una prueba definitiva de que los artefactos depositados en ella se encontraran estrechamente vinculados al medio físico donde han aparecido, desde luego ha de ser un punto de referencia permanente que no deberíamos perder de vista.

En ese sentido, una iniciativa de investigación irrefutable era el estudio etnoarqueológico de los aperos empleados en la explotación de los recursos, con el que fuera posible inferir si el utillaje agrícola y las herramientas artesanales del ajuar son el reflejo de una modalidad de explotación agraria generada en un reducido ámbito rural. A nuestro entender, esas incógnitas solamente tendrían respuesta a partir de un estudio local en el que se diera a conocer si, en efecto, quedan vestigios en el paisaje o en la economía y agricultura tradicionales que, frente a idénticos condicionantes naturales (en especial los topográficos y los hidrográficos) evidencien la persistencia de unas pautas de explotación. En efecto, creemos poder adelantar el origen islámico del diseño y de los espacios agrícolas irrigados que han llegado hasta nosotros, lo cual ha favorecido el mantenimiento tecnológico y cuantitativo del utillaje tradicional, tal como hemos tenido la oportunidad de comprobar en la «huerta de la Alcadima». Una vez ratificada la íntima conexión del ajuar andalusí con el medio en el que fue encontrado, sería el momento de plantearse si los datos obtenidos son extrapolables a

Figura 2. Panorámica de la villa y huerta de Liétor en el valle medio del río Mundo (Albacete).



cualquier grupo familiar que habitara en un *hišn* o en una alquería rural de al-Andalus o sólo a aquellos asentamientos de montaña que jalonan la Sierra de Segura, en pleno corazón de Šarq al-Andalus.

Ámbito material.- Todos estamos de acuerdo en que el carácter homogéneo del ajuar debe ser aceptado sin la menor reserva. El estudio de los materiales nos ha permitido alcanzar una visión global del conjunto, a partir de la cual deducimos que su homogeneidad ha de quedar fuera de toda duda razonable. Si hubiéramos concluido que se trataba de series dispares, no habría sido posible crear una imagen histórica congruente, generando un número limitado de imágenes sesgadas y fundamentadas en datos inconexos. La constatación de la uniformidad de un ajuar, contextualizado en el tiempo y en el espacio, y ligado a un determinado tipo de propiedad y modalidad de explotación agrícola familiar, permite la explicación satisfactoria de todas y cada una de las propuestas por nosotros formuladas.

Una cuestión diferente, pero colateral, sería establecer la manera de interpretar el atesoramiento de un número tan elevado de objetos. *A priori*, sólo serían admisibles dos hipótesis: o bien es el reflejo de una economía familiar muy diversificada o, simplemente, es la consecuencia de una asociación plurigremial de carácter circunstancial. Somos conscientes de que esa cuestión quedaría irresoluta, de no despejar la gran incógnita que plantea la ocultación: ¿se trata de un escondrijo llevado a cabo por un clan familiar? (no confundir con la familia nuclear), o más bien, ¿nos encontramos ante los objetos atesorados por una comunidad rural?

Ámbito temporal.- Se debe tener en cuenta en todo momento que contamos con un grave inconveniente: carecemos de un fósil director cerámico o numismático entre los materiales ocultados.

Ello hizo necesaria la adopción de una perspectiva multidisciplinar que facilitara el establecimiento de una cronología fiable con unas fechas aproximativas bien acotadas, coincidentes o contrastables con los hitos cronológicos certificados en los análisis de Carbono 14. Al margen de esa datación, también cabría cuestionarse -siempre en el terreno de la hipótesis- si es viable relacionar este repentino atesoramiento de objetos con una inestabilidad socioeconómica local o general de al-Andalus o, lo que es lo mismo, si es posible reunir un *corpus* de noticias suficiente, por parte de los autores árabes que, tras una crítica desinteresada, arroje cierta luz sobre la esencia misma del conjunto. Por supuesto, la dificultad es enorme -quizás insalvable- ya que nos movemos en una fase histórica de al-Andalus caracterizada por la «transición» del Califato a los reinos de Taifas, en la que convergen problemas y dislocaciones sociales que hasta ese momento habían permanecido latentes.

2.- Metodología.

Para solventar los problemas planteados no bastaba con una simple identificación tipológica de los artefactos, razón por la cual fueron adoptadas una serie de medidas metodológicas, a fin de conseguir una imagen integradora de todos los elementos colaterales que hacen referencia, directa o indirecta, al conjunto que aquí tratamos:

La cavidad.- En primera instancia, tomamos contacto con el entorno y el lugar elegido por quienes actuaron como agentes ocultadores, para tratar de intuir la imagen de aquel momento histórico preciso en el que se produjo la ocultación. Se tuvieron en cuenta los factores configuradores del paisaje y se prospectó el paraje, conocido entre los lugareños como el «Peñascal de los Infiernos», donde se encuentra la cueva. Con ese mismo fin, fue elaborado un plano topográfico de la cavidad y se prestó atención a los factores bioclimáticos y estratégicos que reúne la misma (fig. 5).

La arqueología extensiva.- De la misma manera fue acometido un estudio de arqueología espacial, a fin de lograr una familiaridad con el medio que propiciara la comprensión de los objetos muebles del ajuar. En el decurso de esa tarea fueron recopilados la mayor cantidad posible de datos de índole histórica, filológica, antropológica, arqueológica y etnológica, a partir de los cuales se identificaron topónimos árabes, se definieron las pautas de comportamiento seguidas en la elección de los asentamientos andalusíes, y se estableció la génesis de unos sistemas hidráulicos y unos espacios agrarios herederos del *ma^cÿil* árabe que, hasta cierto punto, permanecían fosilizados (fig. 2).

Las fuentes.- Nuestro esfuerzo por profundizar en el conocimiento de los restos materiales no habría sido suficiente si éstos no se hubieran cotejado con la documentación textual. Entre

otras fuentes cabe reseñar la recopilación de textos bajomedievales sobre Liétor, especialmente la documentación generada por los visitantes santiaguistas, recientemente transcrita⁶⁹. Muy esclarecedora resultó la consulta de documentos más tardíos, como las *Relaciones Topográficas de Felipe II*, elaboradas en 1579⁷⁰, o las *Reales Ordenanzas de la Villa de 1583*; ambas se transcriben y comentan en la revista de la «Asociación de Amigos del Museo»⁷¹.

Especial relevancia alcanzó el análisis iconográfico de miniaturas medievales que proporcionan información tipológica sobre algunos artefactos y, lo que es más importante, posibles matices cronológicos, sobre todo en lo referente a los ataharres. Para la identificación de los objetos más comunes, resultó muy útil la consulta de trabajos que interpretan la iconografía de las Cantigas alfonsíes en sus diferentes versiones⁷². Las escenas caballerescas de finales del siglo X y principios del XI que ilustran los beatos del Escorial y de Geroná, la arqueta de Leyre, etc., permitieron la identificación de buena parte de las armas y atalajes militares presentes en el ajuar⁷³. También el tratado de caballería que incluyera el sevillano Ibn al-^CAwwām en su obra agronómica nos parece de enorme interés por lo explícito de sus consignas y por el contexto agrícola en que se insertan⁷⁴.

Los materiales.- Asimismo, realizamos un análisis tipológico con el fin de alcanzar una clasificación funcional que tuviera la operatividad suficiente para detectar las interacciones existentes entre los útiles, las conexiones y complementariedades de los grupos funcionales. El examen exhaustivo de las piezas, en algunas ocasiones, nos permitió vincular algunos objetos de madera con sus accesorios metálicos (acetres, barrica,...etc.), en otras, las improntas producidas por el uso nos proporcionaron las claves interpretativas (escudo, astiles,...etc.).

Desde una perspectiva multidisciplinar, son esenciales los análisis realizados sobre algunos aspectos específicos del ajuar, que proporcionaron datos complementarios:

- Análisis de C-14 de cinco muestras de madera.
- Análisis metalúrgico de una muestra del lingote de hierro.
- Análisis y estudio de las especies botánicas de los objetos de madera.
- Estudio zooarqueológico de los objetos óseos.

La etnología.- Como complemento al estudio tipológico y con el fin de identificar la función de buena parte de las piezas, fue necesaria una labor etnológica en la zona, centrada sobre todo en la Tecnología Comparada, disciplina auxiliar de la Antropología, hoy en pleno desarrollo⁷⁵. Entre los muchos trabajos publicados, cabe reseñar el estudio de las piezas seleccionadas con motivo de una exposición de hierros antiguos celebrada en 1919⁷⁶; también de interés es una monografía sobre algunos materiales que sirven de base para la formulación de los planteamientos generales de la

tecnología popular española⁷⁷, los trabajos sobre los aperos depositados en el Museo del Pueblo español⁷⁸ o el catálogo de una reciente exposición del Museo turolense sobre la forja tradicional⁷⁹.

No podemos dejar de reseñar el papel desempeñado por los vecinos encuestados que siempre estuvieron dispuestos a hacernos partícipes de su acervo cultural⁸⁰.

LA OCULTACIÓN DEL «PEÑASCAL DE LOS INFIERNOS».

1.- La cavidad.

Se sitúa en un paraje conocido entre los lugareños con el nombre de Peñascal de los Infiernos al este de la villa de Liétor, de la que dista tan sólo 3 km. Forma parte de la vertiente de solana, es decir, de la ladera que discurre paralela a la margen izquierda del río Mundo (fig. 3)⁸¹.

El orónimo, generado desde la perspectiva de la mentalidad popular, sintetiza por completo las condiciones medioambientales del lugar y su aspecto agreste, pedregoso y carente de vegetación arbórea, en el que abundan unas oquedades que son refugio ocasional de diversos animales. Las características físicas que hoy definen el paisaje fueron similares en el período altomedieval, pues no son el resultado de una feroz y acelerada degradación ecológica provocada por la sobreexplotación humana de los recursos, sino de complejos procesos kársticos, que se prolongan en el tiempo.

La cueva propiamente dicha se localiza en una leve hondonada existente en una plataforma amesetada intermedia que alcanza los 600 m de altitud. El acceso a la misma es dificultoso y sólo existen dos vías asequibles: la meridional parte desde la huerta de la Retuerta y sigue a través de una senda que conduce hasta el pedregal; la septentrional presenta una pendiente más suave que incluso permite el ascenso a lomos de un animal. Sobre el terreno y oteando el horizonte, hemos tenido la oportunidad de comprobar cómo desde esa plataforma amesetada donde se ubica la cueva se domina visualmente buena parte de la estrecha vega del río Mundo (las huertas de Dítar, la Retuerta, Santa Bárbara, etc.)

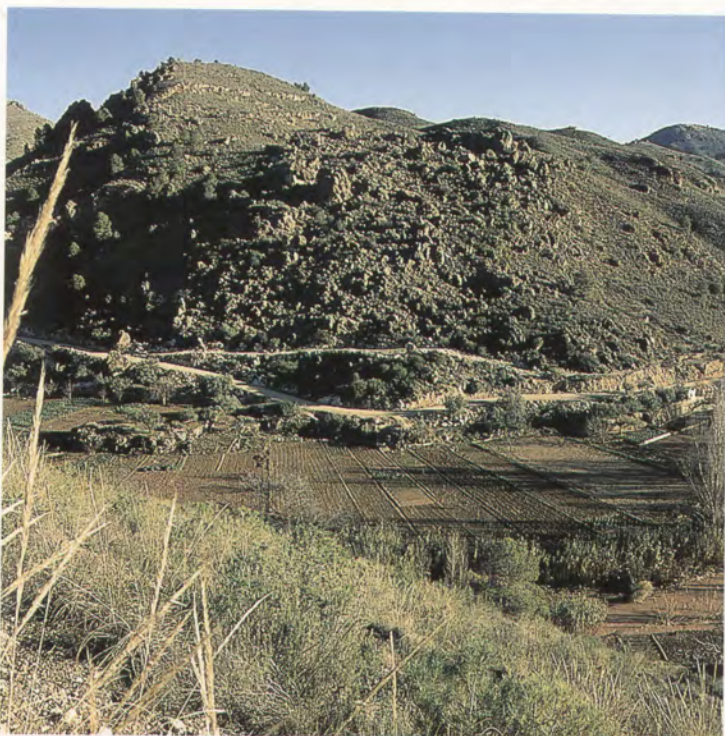


Figura 3. Vista general del paraje donde se produjo la ocultación (Peñascal de Los Infiernos, Liétor).

y también se aprecia con una nitidez considerable el caserío de Liétor (fig. 4).

Tras realizar una sencilla exploración visual de la cueva, puede afirmarse que en la actualidad se encuentra en fase de derrumbe, detectándose en ella varios desprendimientos en los techos y paredes, ocasionados por un avanzado proceso de descalcificación. Su topografía se conforma a partir de dos pequeñas diaclasas que adoptan una orientación perpendicular, tal como se aprecia en la figura nº 5.

La entrada es estrecha y con una pronunciada inclinación descendente hacia el sector que está sumido en la oscuridad. Seguidamente, y a través de un paso angosto y de corto recorrido, se accede al primer corredor que da lugar a una galería de 12 m de longitud y una anchura media inferior a 1 m, aunque en algunos tramos llega a alcanzar 1,50 m. Sigue una orientación Sur-Norte y se conforma sobre un caos de bloques y paredes fracturadas. Si se sigue el recorrido de la galería en dirección septentrional, se llega al lugar de la ocultación de los objetos, que carece de abertura al exterior y cuya superficie apenas alcanza 1 metro cuadrado.

La segunda galería sólo tiene 9 m de longitud, adopta una dirección Este-Oeste y se bifurca aproximadamente en la mitad de su recorrido, dando lugar a otra sala (1,75 m de anchura por 7 m de longitud) cuyo extremo distal se estrecha progresivamente hasta hacerse impenetrable⁸².

2.- Reconstrucción del proceso deposicional: una ocultación planificada.

Parece obvio que el paraje y la cueva reunían unas condiciones naturales que hicieron de ella un lugar propicio para llevar a cabo

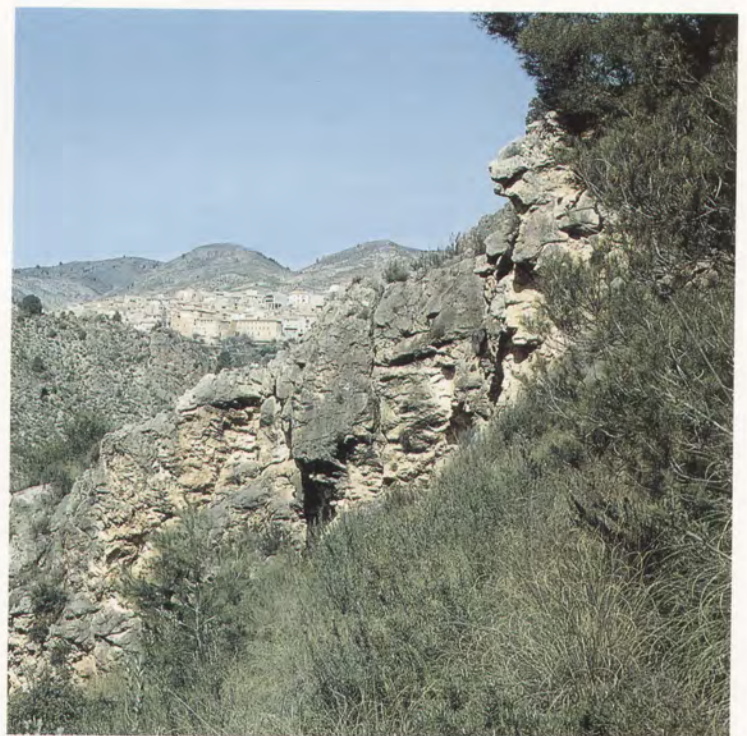
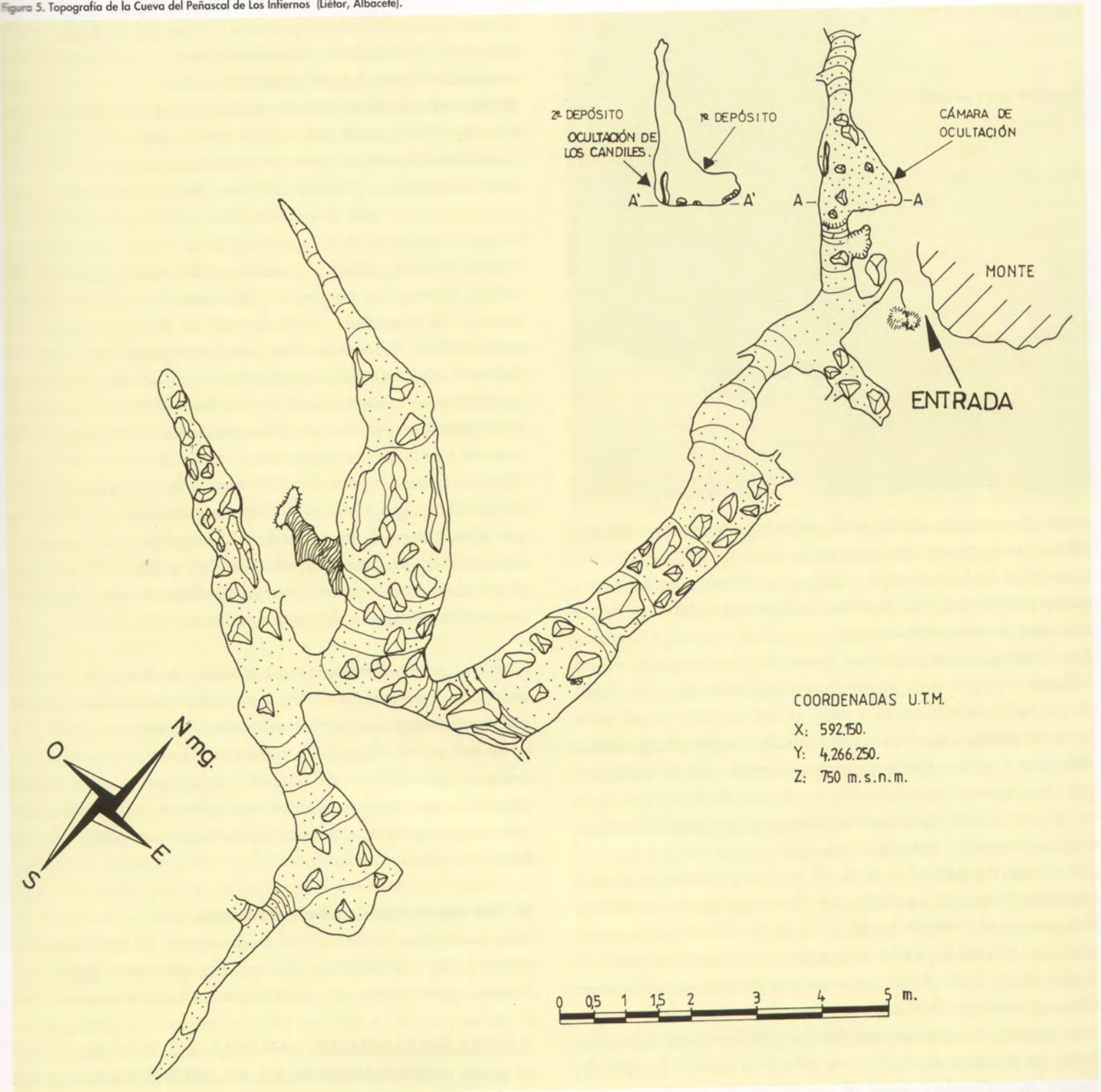


Figura 4. Vista del casco urbano de Liétor desde el lugar donde se produjo la ocultación.

Figura 5. Topografía de la Cueva del Peñasal de Los Infiernos (Liétor, Albacete).



un depósito, siguiendo una estrategia diseñada por el ocultador. Algunas de esas condiciones se pueden entender como casuales (el microclima de la cueva protegió los materiales y no contribuyó a su deterioro), pero otras sólo pueden interpretarse como fruto de una reflexión de alguien que tenía un gran conocimiento del terreno.

Factores estratégicos.- Todo parece indicar que la ocultación no fue realizada de forma apresurada; por el contrario, quienes la llevaron a cabo probablemente eligieron el lugar con pleno

conocimiento del terreno, tras una detenida reflexión y tomando toda clase de medidas precautorias.

Ya hemos señalado que una de las características de este paraje es la existencia de numerosas oquedades que dificultan enormemente la localización de la cueva en cuestión, a no ser por quienes la eligieron para depositar su ajuar. Pero además, hemos comprobado que la entrada a la cueva es descendente y describe una ligera caída que impide el apoyo de los pies, con lo que la persona que intentara penetrar en ella tendría momentánea-

Figura 6. Interior de la «cámara de ocultación» (Foto A. L. Martínez Ferrín).



mente la sensación engañosa de poder precipitarse al vacío. Por último, todo parece indicar que la entrada a la cámara fue paciente y cuidadosamente cegada con una serie de bloques y cantos pétreos que, tras depositar los materiales, debieron de ser recogidos de las inmediaciones⁸³

Por fortuna, la narración por parte de los protagonistas del hallazgo nos permite acometer la reconstrucción de cómo debió de producirse la ocultación. A nadie escapa el hecho de que en el proceso seguido para la extracción de las piezas, se vieron obligados a realizar los movimientos inversos a los desarrollados por el propio agente ocultador. Por tanto, en el interior de la cámara de ocultación es posible distinguir dos depósitos consecutivos y separados espacialmente.

-El *primer depósito*. Sin duda, el ocultador realizó un primer depósito de piezas en el interior de una pequeña hendidura existente en el fondo de la sala, entre la pared de la cueva y una gran laja vertical (fig. 5 y 6). No puede entenderse como casual el hecho de que fuera precisamente en este angosto lugar donde se concentraban los objetos domésticos de menor volumen, que eran también los más valiosos: los dos platillos de cobre y el de latón, las botellitas de vidrio y los peines, el cacito y la cajita de hueso, la vajilla de madera, la espabiladera (¿unida por una cadena al candil zoomorfo?), las bisagras y los refuerzos de una cajita de madera.

Según los testimonios orales, una de las primeras piezas en aparecer fue la tapadera de bronce perteneciente a un candil (nº c. 68 y fig. 52). Al fondo de la hendidura fue recuperado el candil menos suntuoso (nº c. 65 y fig. 52) y a más de 60 cm de profundidad apareció el ejemplar zoomorfo que fue la última pieza que pudo ser rescatada (nº c. 64 y fig. 50)⁸⁴. Ello

demuestra un empeño especial a la hora de esconder estos objetos y sobre todo la última pieza que, no en vano, puede considerarse como la más valiosa del lote⁸⁵.

-El *segundo depósito*. El resto de los objetos fueron hallados en el centro de la cámara, tras la tapia que la cegaba (fig. 5 y 6). Se aprecia en ellos un carácter más impersonal, a *grosso modo* son más voluminosos y sólo tienen el valor de la materia con la que fueron forjados. Allí se encontraban todos los componentes leñosos y metálicos de los aperos agrícolas (la reja, las hoces, los legones y el almocafre), los accesorios del molino (la lavija y la sonaja), las balanzas, los plomos y flotadores de una red, el hacha forestal, las cuatro azuelas, el martillo, la sierra y la lezna, las cuatro tijeras, el peine de telar y el templen, las dos agujas de pleita, el almenar y la almenara, las nueve aldabas, los cuatro candados y los dos cerrojos, la badila, los cuchillos, los atalajes y armas militares (el bocado y los pinjantes decorativos de la montura y las armas de un jinete)⁸⁶.

Ante estos datos, parece razonable pensar que el individuo o los individuos que ocultaron el ajuar pretendían que, en el caso de que algún intruso lograra acceder al escondrijo, los objetos del segundo depósito sirvieran de señuelo y pudieran desviar su atención, de forma que no llegara a descubrir el primero, en el que se encontraban los objetos más valiosos.

Factores microclimáticos.- El interior de la cavidad reúne excelentes condiciones al disfrutar de una humedad reducida y de una temperatura que permanece más o menos constante a lo largo del año⁸⁷. Además, la cámara de la ocultación estuvo siempre a salvo de las aguas pluviales, al disponer de dos entradas superiores, que siempre han desempeñado la función de galerías colectoras, por las que se encauza de forma natural el agua de lluvia hacia el sector inferior.

3. Un atesoramiento selectivo.

Como acabamos de reconocer, la deposición de los materiales parece haber sido diseñada escrupulosamente, pero quizás esa dinámica planificadora se podría retrotraer hasta el momento en el que se procedió a atesorar todas las piezas⁸⁸. La presencia de determinados objetos indica que este proceso se planificó hasta tal punto que permitió el desmantelamiento sistemático de la mayor parte de los bienes inmuebles. No parece que hubiera una discriminación de los enseres atendiendo a su valor, ya que encontramos objetos suntuosos como el espléndido candil zoomorfo junto con unos simples clavos y alcayatas. El tiempo disponible tuvo que ser relativamente amplio; no cabe pensar en una acción precipitada, sino meditada y organizada, tal como se deduce del abundante ajuar doméstico atesorado, que se aproxima prácticamente a la totalidad del que podía existir en una vivienda rural andalusí.

Parece evidente que aquellos que ocultaron el ajuar debieron de desplazarse hasta la instalación molinar, con el fin de hacerse con los accesorios metálicos (¿atesoramiento del metal?). La abundancia de objetos de seguridad -aldabas, cerrojos y candados- presentes en el ajuar parece indicar que los inmuebles de que disponía el clan familiar (vivienda, molino, explotación agrícola,...) fueron despojados de los objetos más valiosos y quedaron a merced de aquellos que quisieran tomar posesión de ellos⁹¹.

Las ausencias.- Conviene señalar que la siguiente valoración debe ser tomada en cuenta con reserva, pues no se puede excluir que aquello que falta no esté escondido en lugares de la cueva que hayan sido sepultados debido a los desprendimientos provocados por la descalcificación de paredes y techos. Sin embargo, una vez que hemos convenido que nos encontramos ante un ajuar homogéneo compuesto por objetos seleccionados, es difícil dejar de considerar algunas ausencias.

La falta de algunos objetos podría deberse a la simple imposibilidad física de trasladarlos allí. En unos casos, pudo ser su excesivo volumen y peso, como ocurre con el mobiliario, los armazones del telar y del arado, los accesorios de madera y las ruedas del ingenio molinar, mientras que en otros pudo ser la fragilidad de la materia componente, tal como ocurriría con la vajilla cerámica⁹².

La ausencia de otras piezas nos proporciona algunas nociones acerca de cómo se produjo la huida de los miembros del clan familiar⁹³: no existe ningún indicio de algunos elementos del atalaje, como la silla, los estribos o las propias herraduras de la cabalgadura, lo que parece indicar que nuestros personajes escaparon con su montura, pero se despojaron de las piezas que significaban una «ostentación social»⁹⁴. La inexistencia del elemento numismático y de alhajas, que hubieran sido trascendentales para la datación, podría indicar una huida con un destino a media o larga distancia. Si se hubiera pretendido buscar refugio en las proximidades de Liétor, no hubiera sido necesario llevar consigo una «reserva pecuniaria a la que, por otra parte, habrían tenido fácil acceso de ser depositada en la cueva.

EL ENCLAVE DE LIÉTOR: CONDICIONANTES NATURALES Y EJES DE COMUNICACIÓN.

1.- El medio natural.

Si se quiere lograr una correcta comprensión de los fenómenos históricos acontecidos en un área tradicionalmente vinculada a Murcia, aunque en la actualidad desligada administrativamente de ella, es necesaria una aproximación al espacio donde se produce el hallazgo y a las peculiaridades del medio natural que han condicionado su devenir histórico.

Hemos de llamar la atención sobre una serie de condicionantes geográficos que, pese a no ser exclusivos del período andalusí,

adquieren verdadero valor histórico, al constituir un elemento de cohesión interna que favoreció el mantenimiento de relaciones muy estrechas con la vega media y baja del Segura, sin olvidarnos de la Meseta castellana, los Llanos de Albacete o la propia Sierra de Alcaraz⁹⁵.

El relieve.- El asentamiento de Liétor se sitúa en el sector nororiental de la Sierra de Segura. Es una extensa comarca natural que forma parte de las últimas estribaciones montañosas prebéticas y se caracteriza por tener un relieve accidentado y montañoso. Su evidente uniformidad física no parece ser un obstáculo para que, en el presente, sus tierras se integren en cuatro provincias que, a su vez, forman parte de tres comunidades autónomas: el sector albaceteño pertenece a Castilla-La Mancha (Liétor, Híjar, Socovos, Férez, Letur, Nerpio, Elche de la Sierra, Yeste); el Sur, a la Región de Murcia (Moratalla); y una porción jienense (Segura de la Sierra, Beas de Segura) y otra granadina (Huéscar), a la Comunidad de Andalucía.

En el siglo XVI, los propios habitantes de Liétor nos proporcionan una imagen sobre cómo percibieron las condiciones orográficas en las que se desenvolvía su vida. En el capítulo 19 de las R.T. afirman que «...este pueblo esta fundado entre dos sierras que la vna dellas se dize la Sierra de Balberde j la otra la sierra de las Hoyas j que este pueblo participa con anvas sierras j que las sierras salen corriendo j bienen de la sierra que dizen de la çiudad de Alcaraz j se van alargando hazia dentro de la villa de Hellin»⁹⁶.

La hidrografía.- Precisamente el rasgo de mayor influencia en la ocupación de este territorio que forma parte de la cuenca del Segura es la abundancia de recursos hídricos, procedentes de pequeños cursos fluviales, torrentes y ramblas.

La vega alta del Segura dispone de aportes permanentes que proceden de afluentes como el Madera, el Tus, el Zumeta, el Taibilla o el propio Mundo⁹⁷. Este último es un afluente de la margen izquierda y tiene un recorrido tortuoso que, normalmente, discurre estrangulado entre paredes rocosas. Su cuenca, en algunos tramos, se abre, dando lugar a fértiles y pequeñas huertas, bastante individualizadas. El caudal en general es escaso, con un estiaje acentuado en verano y un máximo primaveral en marzo⁹⁸. A él se suman una serie de aportes hídricos ocasionales, procedentes de las ramblas que desembocan en ambas márgenes (Híjar, Ramblón, Albaneda o Albanea, Dítar, entre otras). No obstante, el caudal del Mundo es suficiente como para permitir un represado y posterior aprovechamiento energético de sus aguas en instalaciones molineras y tahonas⁹⁹. Debido a las excelentes condiciones que reunían los emplazamientos de esos edificios, a principios de siglo fueron transformados en «fábricas de luz» (Liétor y Tortolón)¹⁰⁰.

La cuenca del río Mundo, siempre en estrecha relación con la del Segura -en especial su espectacular nacimiento-, fue motivo

de admiración entre los geógrafos árabes, siendo descrita con toda suerte de detalles por al-Zurhī (s. XII): «*El río va descendiendo y toma las aguas del río Mīšūniš, que brota del interior de la montaña en un lugar llamado Faḥḥ al-maḥḥin o «garganta de la mina» y cae sobre unas rocas, formándose una catarata. El curso de este agua se dirige hacia el Este (sic). Después de Ḥalq al-Ayyil el río desciende hacia la «Torre del Cadí» (Burḥ al-Qāḍī) conocida también por Burḥ al-Aḥbir. En este punto tiene lugar la confluencia de sus aguas con las del Wādī Armānā cuyas aguas fluyen por debajo de los castillos fronterizos de al-Kursī (Tugūr al-Kursī). Las aguas de estos ríos dan como resultado el río al-Aḥmar, y a su vez todos ellos desembocan en el río Tandābir (Segura), cuya corriente va hacia Murcia»⁹⁹*

Ya en el siglo XVI, los habitantes de Liétor describirían el curso medio del río Mundo a su paso por la villa, en el capítulo 20 de las R.T.: «...dixeron que esta villa tiene un rrio junto a ella que se dize el rrio el Mundo j pasa a la parte del medio dia j que es un rrio comun que se badea sin barcos j que tiene junto a el vnas rriberas muj estrechas de guerta vinnas j frutales j que tiene dos puentes j que se cria en el algunos peçes»¹⁰⁰. La última afirmación permite pensar en la existencia de una cierta actividad pesquera como complemento de la dieta alimenticia. La presencia en el ajuar descubierto de una red de pesca fluvial (n.º c.16-19), equivalente a la que hoy conocemos como «trasmallo», corrobora lo que acabamos de comentar.

Tanta importancia o más que el curso fluvial tuvieron los afloramientos naturales que permitían el abastecimiento de la población y el riego de las terrazas de cultivo, exentas de las inundaciones periódicas sufridas por la vega. Este recurso -aprovechado de forma exquisita por el campesinado andalusí- también mereció la mención en el capítulo 21 de las R.T.: «... este pueblo es abundoso de agua por que tiene muchas fuentes y que en el termjno della ay algunas fuentes donde beben los ganados y las bestias della j las fuentes que estan en el pueblo son la rrambla j la fuente principal de la plaça j la Canaleja j los Salbercones j las fuentes que estan en el campo son Hontal Villa j Mariscote la Fuente j Bete...»¹⁰¹.

2.- Las vías de comunicación.

Los factores físicos que acabamos de describir condicionaron el trazado de las vías de comunicación. Tanto las rutas amplias que seguían el trazado de las calzadas romanas, como los simples caminos locales, imbricados con las primeras, jugaron un destacado papel en el ordenamiento del territorio.

Los caminos locales.- En lo que se refiere al ámbito local, habría que señalar el auténtico corredor que discurría paralelo al Mundo y daba cohesión a los territorios castrales altomedievales. El camino que recorría el alfoz de Liétor, según el tramo de que se

tratara, ha recibido diversas denominaciones a lo largo del tiempo.

Para la población de Liétor se trata del «camino viejo de Liétor a Híjar», hoy semiabandonado y convertido en una senda, pero que se ha venido utilizando hasta época reciente¹⁰². Era éste un estrecho y tortuoso camino que remonta el río hacia poniente, discurriendo por su margen derecha y, en muchos casos, junto a la acequia que riega esa vega, sobre todo desde la presa del Buarro hasta poco antes de la del Tortolón en donde, al producirse un estrangulamiento insalvable del valle, asciende por una loma dejando atrás el río para bordear la montaña hasta llegar al asentamiento de Híjar.

Río abajo de Liétor, el camino se dirige hacia Hellín, pasando por el puente de Isso. En el capítulo 13 de las R.T. se comenta que «...ay quatro leguas dende esta villa hasta la dicha villa de Hellin j que ba derechamente hazia donde el sol sale j queste camjno por algunas partes ba derecho y por otras tórçido por ser la tierra fragosa j que las leguas son comunes»¹⁰³. Esa misma ruta, pero con el nombre de «camino de Liétor», debe de ser aquella que aparece mencionada en el capítulo 37 de las R. T. sobre la villa de Hellín¹⁰⁴. Debió de discurrir por la margen izquierda del río, flanqueando la Huerta de Talubia y conectando con la rambla de Dítar, frente al Peñascal de los Infiernos.

Durante el período bajomedieval, en el que Liétor formó parte de la Encomienda de Socovos, cobró una importancia especial el «camino de Socovos» mencionado en la visita de 1494, cuando se procedió a deslindar un terreno de viñas arrendado por la Orden¹⁰⁵.

Las vías de tradición romana.- Los caminos secundarios del territorio castral letuario conectaron con una red viaria de primer orden que, durante el período medieval, sigue el trazado de las calzadas romanas. Recientemente, ha sido estudiada la red viaria romana en la comarca de Hellín-Tobarra¹⁰⁶ y se ha planteado la hipótesis de que la llanura de Hellín fuera una encrucijada de comunicaciones de cierta importancia en el sureste peninsular, lo que de algún modo explicaría el emplazamiento de los puentes romanos de Isso sobre el río Mundo.¹⁰⁷ La proximidad de esas rutas viarias debió de romper con el aparente aislamiento de esta región montañosa, permitiéndole una comunicación más fluida y el mantenimiento de ciertas relaciones comerciales con áreas de Andalucía Oriental, del Levante y con Tobarra y Hellín. Los autores que han estudiado esta comarca enuncian dos rutas que afectan indirectamente a los asentamientos del valle medio del Mundo (fig. 9).

El primero de esos ejes viarios discurre en dirección norte-sur, comunicando el sureste con el interior peninsular. Se trata de la conocida vía romana «Carthago Nova-Complutum»¹⁰⁸. Su pervivencia medieval queda testimoniada en el itinerario de «Qarṭayanna a Ṭulayṭula», desarrollado por al-ʿUdrī, autor que

enumera sus hitos más reseñables: «La primera etapa del itinerario de Cartagena a Toledo es la que va de Cartagena a Murcia, a unas 30 millas de distancia; hasta Mulina hay 8 millas; a Siyasa, 25 millas; a la ciudad (madina) de Iyyu(h), 30 millas; a Tubarra, 10 millas; a Šintiŷala, 35 millas, y, por fin, a Qaşr cAŷiya...»¹⁰⁹.

El trazado del otro eje viario que, en dirección Oeste-Este, uniría Córdoba y Sagunto -«Cástulo-Valentia»- fue descrito de la siguiente manera: «...en la provincia de Albacete, vuelve a pasar a la margen izquierda del Guadalimar. Sigue por el Camino Real de Andalucía pasando a 1 km. al S. de Villaverde de Guadalimar y (sic) entra en la Cuenca del río Mundo, pasando a 2 km al E. de Riópar y por las proximidades de las fábricas de S. Juan de Alcaraz continúa por la margen izquierda del río Mundo, al que cruza y sigue por el Camino Viejo de Ayna, el que luego dejará para continuar en dirección a Hellin hasta enlazar con la vía Alcalá-Cartagena»¹¹⁰.

TERRITORIO Y POBLAMIENTO DE LIÉTOR EN ÉPOCA ISLÁMICA.

1.- Precedentes del poblamiento andalusi.

Los datos disponibles sobre el poblamiento preislámico de este enclave son escasos, dada la ausencia de intervenciones arqueológicas y de prospecciones sistemáticas. Sin duda se podrían extrapolar las conclusiones obtenidas en la cercana comarca de Hellín-Tobarra, tanto en trabajos de arqueología espacial, como en las diferentes campañas de excavación que se vienen realizando en el despoblado del Tolmo de Minateda.

Conocemos una posible *villae* romana en el término municipal de Liétor en un lugar conocido con el revelador topónimo latino de

Fuentealbilla. En ella los componentes del grupo «Museo» han recogido abundantes muestras cerámicas de época ibérica y romana. Ello parece tener relación con el modelo de asentamiento documentado en Hellín y Tobarra, compuesto por numerosas *villae* con cerámicas de tradición ibérica que perdura hasta época tardorromana, lo que parece indicar una continuidad de un modo de vida agrícola y artesanal.

Aunque la topografía urbana que ha llegado hasta nosotros evidencia una estructura de origen islámico, es muy probable que en Liétor existiera un núcleo de población prerromana, como indica el topónimo «Litur», documentado por vez primera en el año 1243. Si salvamos las probables deformaciones fonéticas latinas, árabes y romances, el término podría corresponderse con el ibérico «ili-iturri», en el que sería fácil reconocer la partícula inicial «ili», reveladora de la existencia de un núcleo de población, y la partícula final «iturri», muy similar a una palabra del euskera con la que se designa una fuente o manantial de agua¹¹¹. Por lo tanto, el resultado final sería «lugar de la fuente», significado que se identifica plenamente con las características hidrogeológicas del lugar. Esta hipótesis queda reforzada por el hecho de que ese mismo fenómeno acontece durante el período andalusí, con el término árabe con que se conoce a la cercana población de Ayna «*ʿayn*», cuyo significado es «fuente»¹¹².

Disponemos de algún indicio material que prueba la existencia de un núcleo preislámico sobre el solar de Liétor. Aunque la superposición de la trama urbana islámica -que sin duda fue un asentamiento más relevante que el precedente- hace irreconocible su presencia, algunos hallazgos arqueológicos avalan esta idea. Entre ellos cabe reseñar la presencia de un recipiente de superficie bizcochada, cuerpo piriforme, cuello desarrollado y estrecho característicos de época visigoda (fig.7)¹¹³. Precisamente si se observa el entramado urbano que cubre el cabezo, en el sector suroriental se puede intuir la existencia de un núcleo de perímetro más reducido que habría sido ampliado en época bajomedieval (fig. 10). Pudiera tratarse de un pequeño núcleo visigodo que habría constituido el embrión de un primer asentamiento andalusí.

2.- Liétor en la *kūra* de Tudmīr.

La parquedad de los autores árabes nos impide determinar con plenas garantías cuáles fueron los límites de la *kūra* de Tudmīr en época altomedieval. No obstante, sabemos que, algún tiempo después de la firma del celeberrimo Pacto de Teodomiro, el peso específico de la cora oriolana respecto al resto de al-Andalus era más bien escaso¹¹⁴. Durante todo el emirato cordobés el sureste peninsular no dejó de ser considerado como una zona periférica carente de recursos naturales susceptibles de una rápida explotación. A esa falta de interés de la autoridad estatal habría que añadir dos aspectos de índole local: el primero se refiere al escaso

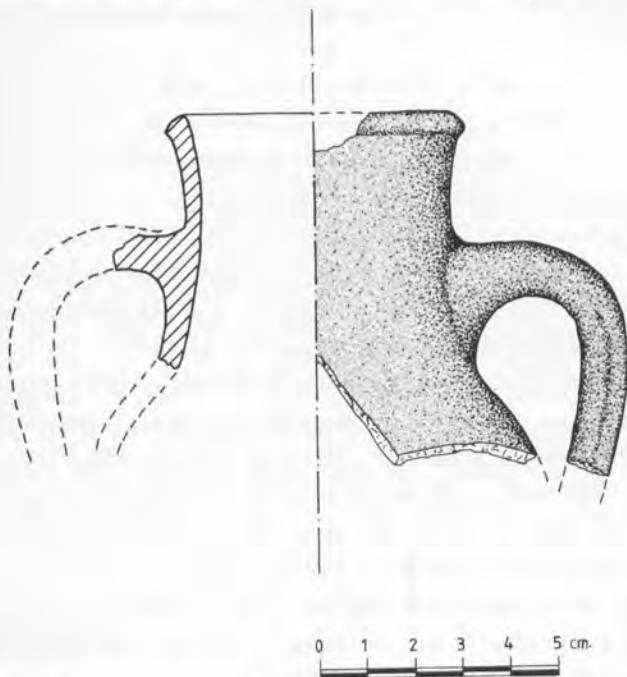


Figura 7. Vasija visigoda aparecida en el casco urbano (Liétor, ss. VI-VIII).

desarrollo urbano del sureste, fenómeno constatado desde la crisis de la tardoantigüedad¹¹⁵; el segundo a las prolongadas inestabilidades políticas y convulsiones sociales protagonizadas por los clanes árabes y la población indígena, que a la postre impedirían una rápida vertebración del territorio¹¹⁶.

Este panorama cambia sensiblemente durante el emirato independiente Omeya, bajo el cual Murcia pasaría a ostentar la capitalidad de la *kūra*, tras su fundación por orden de 'Abd al-Raḥmān II, en el año 825. Este hito sólo se entiende en el marco general de un amplio programa de reorganización administrativa de la región, con el que se pretendería consolidar definitivamente el territorio y estimular su economía¹¹⁷.

En lo que se refiere al asentamiento de Liétor¹¹⁸, poco o nada conocemos sobre cuál fue el *iqḷīm* o distrito agrícola al que perteneció, y mucho menos sobre cómo se establecieron los lazos de dependencia administrativa. Lo que sí sabemos con certeza es que la ubicación fronteriza de este asentamiento, situado en el extremo noroeste de la *kūra* de Tudmīr pero muy cerca de la jienense, debió de condicionar la vida de sus habitantes. Una vez desmoronada la organización administrativa califal, en sucesivas fases de la historia de al-Andalus, en especial durante las *Taifas* y sobre todo con la alternancia de poderes que se produjo bajo el gobierno de Ibn Mardanīš, la tenue línea divisoria existente entre estas dos regiones fluctuó con mucha frecuencia¹¹⁹. No obstante, existen algunas razones geopolíticas que inducen a pensar que este enclave formaba parte de la *kūra* murciana. Los arabistas Joaquín Vallvé y Emilio Molina han abordado esta problemática en diversas ocasiones, sobre todo a partir de las noticias recogidas por al-^cUḍrī (1003-1085), quien

enumera y describe con cierto detalle los *aqālīm* de la *kūra* murciana, lo que ha permitido la elaboración de una cartografía aproximativa, a lo largo de la centuria (fig. 9). Según la tesis expuesta por el profesor Emilio Molina, el geógrafo almeriense recopiló en sus escritos una documentación más antigua entre la que cobran protagonismo los textos de al-Rāzī, lo que en buena lógica autoriza el trazado hipotético -pero bastante fiable- de las fronteras de la *kūra* murciana, en cuyos límites quedaría integrada la mayor parte de la cuenca alta del Segura y, por lo tanto, la totalidad del valle del río Mundo, donde se encuentra el territorio castral de Liétor.

Es precisamente la documentación cristiana, generada a mediados del siglo XIII, la que nos proporciona los datos más fiables, pues es del todo previsible que la organización político-administrativa adoptada por la Orden de Santiago, inmediatamente después de la conquista, siguiera un patrón anterior. En este momento Liétor, junto con el resto de los grandes asentamientos fortificados (*ḥuṣūn*) de la Sierra de Segura, depende de Segura de la Sierra, según queda corroborado en la misiva del infante don Alfonso, en la que, con fecha de 5 de julio de 1243 y a petición del nuevo maestre don Pelay Pérez, fueron confirmadas las posesiones santiaguistas de la villa de Segura: «... cum omnibus terminis suis novis et antiquis; cum castellis hic connumminatus videlicet: Muratalla, Socouos, Bueycorto, Gutta, Letur, Priego, Féritz, Abeiuela, **Litur**, Aznar...»¹²⁰. Sabemos que esta primitiva organización administrativa perduró durante algún tiempo. En el año 1246 el maestre de Santiago, en una carta dirigida a Pelay Pérez, vuelve a mencionar los enclaves de Híjar y Liétor entre los términos que formaban parte de Segura de la Sierra: «E sobre esto damos e otorgamos términos departidos a Segura (sic) como parte Liétor con Felin y con Touarra (sic), e como parte Yxar con Ayna...»¹²¹.

La organización político-administrativa que existió en la primera mitad del siglo XIII parece tener su correspondencia en una coherente estructuración del territorio de Segura de la Sierra; así parecen indicarlo autores árabes como Zuhrī. Como acabamos de ver, el mayor centro político-administrativo lo constituye Segura de la Sierra, enclave del que muy probablemente dependiera Liétor, al menos en los períodos almohade y hūdī que preceden a la conquista castellana del sureste peninsular en 1243¹²².

A pesar del mutismo que mantienen los autores árabes sobre Liétor, en su entorno existían asentamientos de cierta entidad en el contexto urbano de la *kūra*, tales como Hellín, Chinchilla, Peñas de San Pedro, o Tobarra¹²³. Sin duda, el asentamiento mayor y más cercano a Liétor fue Hellín del Llano o «Iyyu(h) al-Saḥl» que parece corresponderse con la población que al-^cUḍrī significara como *iqḷīm* de la *kūra* de Tudmīr¹²⁴. Si tenemos en cuenta que sólo dista 15 km del término municipal de Liétor y que la división administrativa de al-Andalus prácticamente no

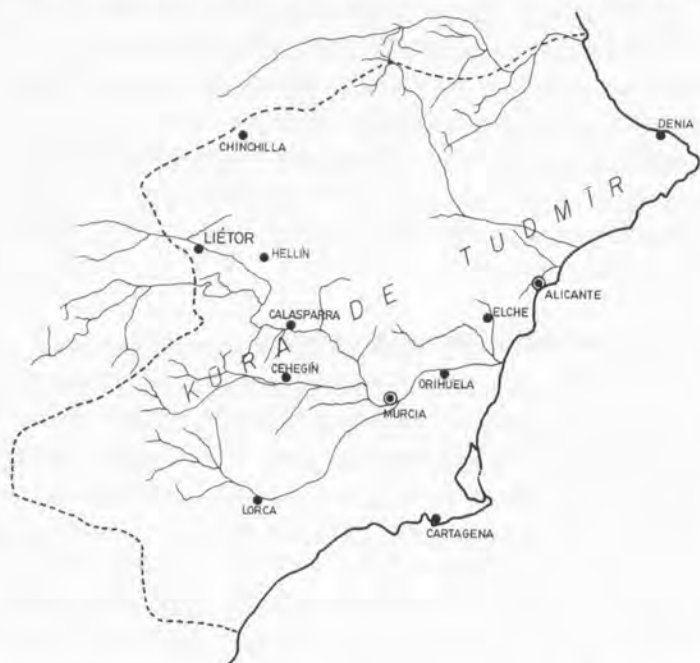


Figura 8. Límites hipotéticos de la *kūra* de Tudmīr en los siglos X y XI (sobre plano de E. Molina).

sufrió variaciones significativas, es muy probable que, en algún momento, esta *madīna* hubiera ejercido cierta influencia sobre Liétor.

3.- Organización del territorio castral de Liétor.

El enclave de Segura, documentado desde el siglo IX, aparece pues como el núcleo dominante en el valle alto del río Segura. La breve descripción que sobre estas tierras realizara el geógrafo al-Zuhrī adquiere gran valor, pues de sus palabras se deduce que antes del siglo XII existía un alto grado de colonización de la zona: «Junto a la montaña llamada *Faḡḡ al-Daylam* se encuentra la montaña del Segura, llamada también *Iblīr*, poblada de fortalezas, castillos y alquerías y muy rica en plantas y árboles

frutales. En lo alto de esta Montaña está situada la ciudad de Segura...»¹²⁵

En principio, no existe inconveniente alguno para que este panorama pueda ser extrapolado al sector nororiental de la sierra segureña. El enclave de Liétor fue, al menos en los siglos XII-XIII, un *ḥiṣn* de cierta entidad -cabeza de distrito- con un amplio territorio castral o alfoz que, aproximadamente, coincidiría con su término municipal actual¹²⁶. Las dificultades orográficas propiciaron que este territorio se extendiera unos 20 km a lo largo de la vega del río Mundo (fig. 9 y 18).

La prospección toponímica y arqueológica de la zona ha permitido la localización de varios asentamientos islámicos, como Híjar, Alcadima (*al-qadīma*), Talave o el propio Liétor¹²⁷. Todos ellos disfrutaban de un emplazamiento en altura, por encima del

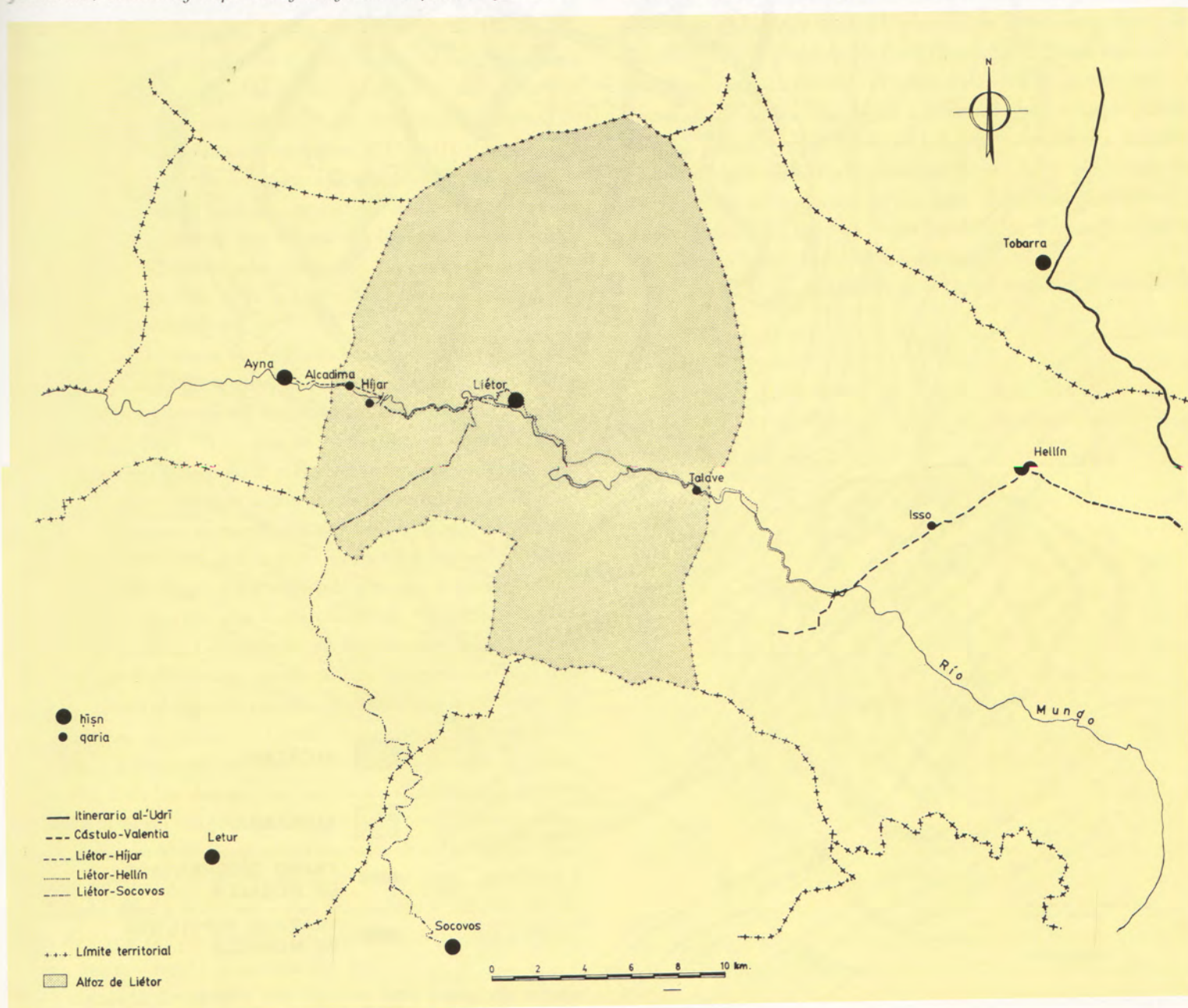


Figura 9. Alfoz del ḥiṣn letuario y principales asentamientos de época Islámica.



Figura 10. Restitución de la trama urbana del asentamiento islámico de Liétor. Restos de la muralla en la medianería del actual Ayuntamiento.

... punto de rigidez del sistema que se estima en torno a los 600 m de altitud. El agua de las fuentes naturales más cercanas abastecía a la población, siendo también aprovechada para el cultivo dispuesto en terrazas. Asimismo, es significativo el hecho de que todos los enclaves coincidan con áreas de máxima apertura de la vega, lugares donde el campesinado se ve favorecido por una mayor disponibilidad de tierras de cultivo.

El bien letuario. La villa de Liétor se extiende sobre una cresta mesosa a 600 m de altitud y se localiza a 38° 32' 30" N. y 1° 43' 36" E.¹²⁹ Existen factores diversos que fueron determinantes para la elección de ese asentamiento, pero quizá el más decisivo fue el hecho de que se situase sobre una extensa fuente de aguas subterráneas, que facilitó el suministro estratégico.¹²⁹

En lo referente al núcleo islámico, el silencio de los autores árabes nos permite suponer que no debió de ser un enclave importante para denominarlo *madīna*, pero sí tenemos indicios de que pudo constituir una población de cierta entidad, cabeza de distrito, al menos durante los siglos XII y XIII (fig. 10). Un análisis de la topografía urbana nos lleva a estimar una superficie potencial del núcleo habitado, en torno a los 25.500 m² hábiles, extensión considerable que rebasa ampliamente la de algunas alquerías rurales fortificadas conocidas, tal como ocurre con el despoblado de la Villa Vieja en Calasparra (Murcia), que tan sólo dispone de unos 4.500 m².¹³⁰

En el solar de Liétor se intuye el modelo organizativo de un asentamiento rural andalusí, en el que se distingue un primer recinto fortificado, emplazado en la zona más elevada, y un segundo, adosado a aquél, en el que se encuentra el caserío. En la documentación bajomedieval, el primero queda bien identificado, cuando se hace mención a una pequeña fortaleza (*el alcazar vieja*) en el extremo noroccidental del cabezo, el más vulnerable. Esta fortificación, tras la conquista, perdería su anterior función defensiva, hasta llegar a ser asimilada por una ampliación de la primitiva iglesia. En una visita efectuada en 1468 por Don Francisco de León, Comendador de Bastimentos del Campo de Montiel, se describe con cierto detalle la cerca murada, que correspondería al segundo recinto, y se menciona la existencia de una pequeña fortaleza: «...Liétor, que és buen lugar de fasta doscientos e cincuenta vecinos, e tiene este lugar una fortaleza pequeña, e és las dos tercias partes de ella cercada de una pequeña peña sin ningún combate, e la otra tercia parte és llana. Tiene buena cerca de tãpias rãcias aceradas de cal lo mas de ella a trechos torrejonos en ésta cerca de la misma tãpia, petrilados y almenados ellos y la cerca».¹³¹ Del documento se desprende que sólo un tercio del perímetro urbano necesitaba defensa artificial, tramo que fue dotado de muralla (fig. 10).

Pero quizás la descripción más rigurosa de la topografía urbana bajomedieval sea la realizada en la visita de 1494, cuando

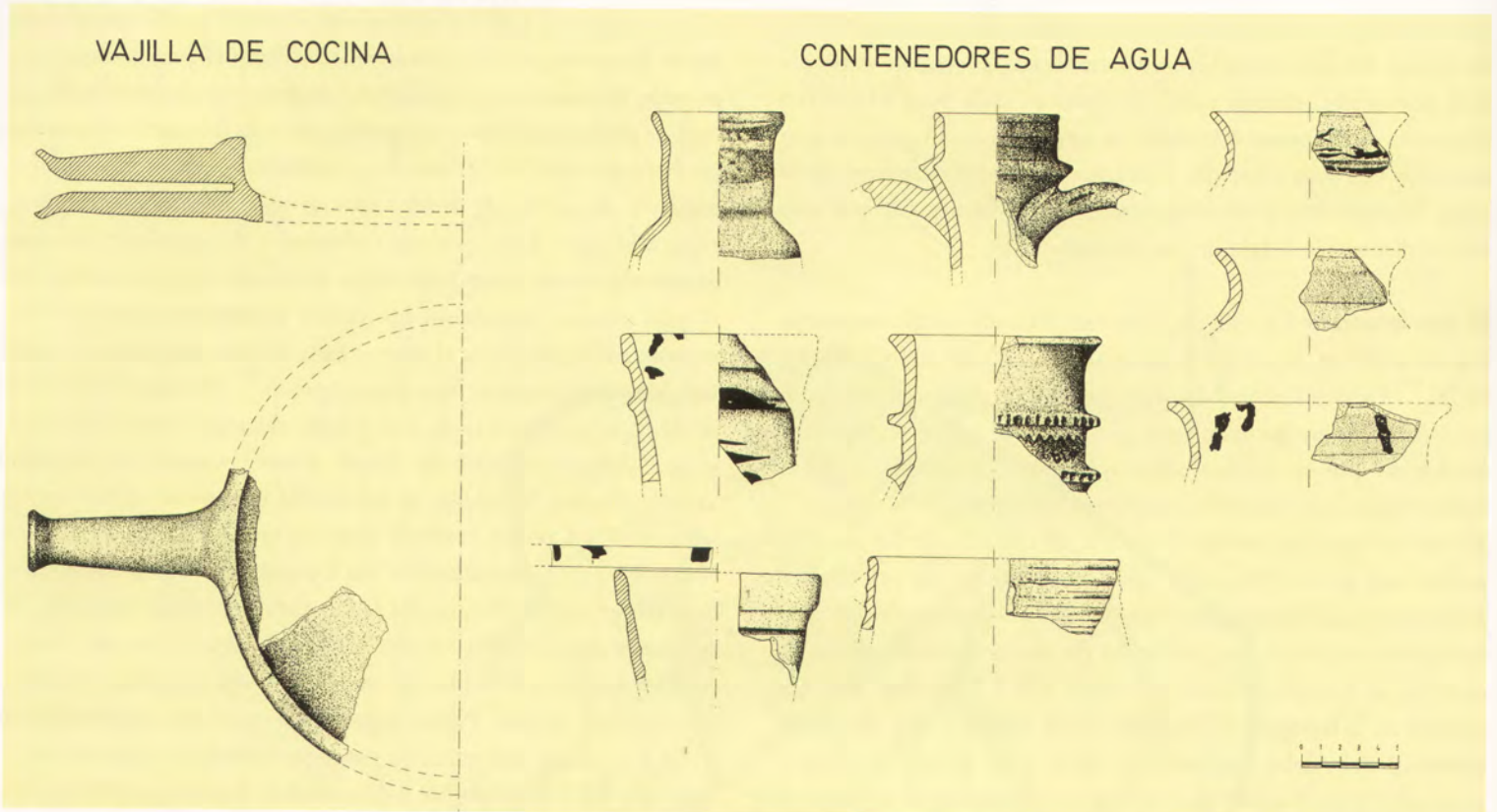
«...començaron los dichos visitadores a visitar los dichos adarves desde la puerta principal de la villa, en la qual puerta avia vnas puertas herradas, en la qual esta ençima vna camara conçeçgil ençima de la camara una garita, en que avia delante de la puerta vn baluarte con sus troneras y saeteras, junto con el dicho baluarte de partes de dentro vn torrejon, lo qual estaua bien reparado (sic). E asi andando alrededor de la villa a la mano yzquierda commo salen fasta llegar al alcaçar viejo que dizen, en el qual alcaçar mandaron los dichos visitadores que desde la esquina del ospital fasta el adarue fasta la torre nueva y en medio del dicho lienço que se faga vn torrejon...».¹³² De este documento se deduce la presencia de una puerta de acceso que, en buena lógica, debería situarse en donde desembocan las principales arterias viales. También se evidencia una continuidad en la ubicación del poder concejil, pues es en este sector donde se encuentra en la actualidad la Casa Consistorial. Como hipótesis a confirmar en un futuro, el texto también deja entrever la presencia de una *torre coracha* o *torre del agua*, a la que parece hacerse mención al hablar de un baluarte -torre exenta- frente a la puerta de la villa. Podría tratarse de una torre construida en torno a la fuente que mana en ese lugar (detrás del abrevadero) y que ya a fines del siglo XV había perdido los dos pretilos que la unían con la fortificación del asentamiento.¹³³

En el año 1480, los visitadores de la Orden tratarían de recuperar



Figura 11. Localización de los hallazgos cerámicos en el casco urbano de Liétor.

Figura 12. Cerámica andalusí aparecida en el casco urbano (Liétor, ss. XI-XII).



el antiguo espacio defensivo de época islámica ordenando la construcción de una torre albarrana: «...mandaron que en el alcazar vieja que se faga la torre albarrana, la qual mandaron que faga el conçejo de la dicha villa...»¹³⁴. Pero esa construcción nunca vió la luz, pues en 1494 los propios visitadores tuvieron que reducir sensiblemente sus pretensiones respecto al mandato anterior: «...andando alrededor de la villa a la mano yzquierda commo salen fasta llegar al alcazar viejo que dizen, en el qual alcazar mandaron los dichos visitadores que desde la esquina del ospital fasta el adarue fasta la torre nueva y en medio del dicho lienço que se faga vn torrejon, lo qual mandaron al conçejo que lo haga en satisfacion de vna torre albarrana queran obligados a hazer por mandato de los visitadores pasados porquesto era al presente mas neçesario...»¹³⁵. Está claro que los intereses del Concejo debían ir por otros derroteros, ya que en la siguiente visita se comprobó que no se había llevado a cabo construcción alguna. Los señores del Concejo se excusaron explicando que «...aquello non se avia fecho porque entendían de alargar la capilla prinçipal de la dicha yglesia fasta el dicho muro, lo qual era muy neçesario para la dicha villa por la estrechura que tenían de la dicha yglesia, e alargandosele la dicha yglesia suple por muro adonde se avia de hazer el dicho torrejon...»¹³⁶.

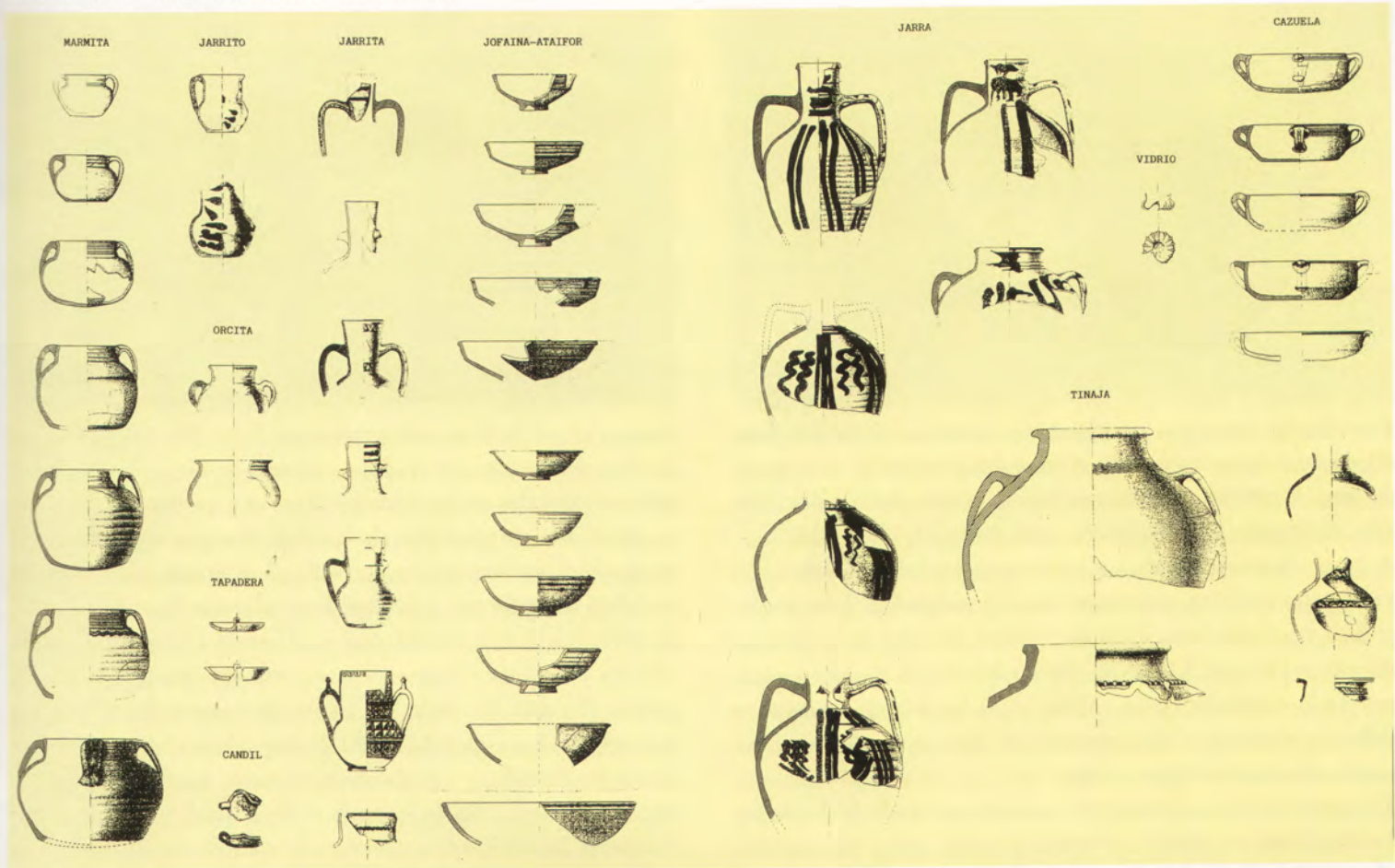
Un siglo después, en el año 1579, aún se mantiene en pie algún tramo de la muralla, pero los lugareños ya habían perdido la memoria histórica sobre su antigua fortaleza, tal como se comenta en el capítulo 28 de las R. T.: «...dixeron queste pueblo esta metido e asentado entre dos sierras ques tierra aspera y en parte

vaxa j que esta fundado encima de vna peña i que la parte de la villa esta çercada de tapia real con su costra y que junto a la yglesia desta dicha villa ay vna torrezilla antigua rrompida la qual dicha torrezilla era de tiempo de moros (sic). No hay fortaleza ni castillo ninguno»¹³⁷.

La ruina definitiva de la antigua fortificación musulmana hizo que, en momentos de máxima inestabilidad -frecuentes debido a la proximidad de la frontera con el Reino naşrí-, la población se viera obligada a refugiarse en una sima subterránea sita en el cortado. En la actualidad su acceso es difícil y peligroso -también lo debió de ser para aquellos que en su día buscaron refugio en ella- y las condiciones de habitabilidad son infrahumanas. Se alude a ella en la visitación de 1507: «Ay en la dicha villa vna que dizen fortaleza, es vna peña tajada hueca, esta debaxo de las casas de la villa, no tyene que reparar»¹³⁸.

El hallazgo reciente de un tramo de muralla que permanecía oculto como medianera en el edificio concejil viene a enriquecer los datos que de ella proporcionan los documentos. Su técnica constructiva consiste en un sobrio tapial, compuesto de mortero de cal y canto. En otro solar conocido como «El Corralón» también se exhumaron restos que se corresponden con la anterior descripción y podrían formar parte de la cerca que, en su tramo más oriental, quiebra ligeramente para orientarse hacia el SE. La cronología de la muralla no podrá concretarse mientras no se excaven algunos de los tramos que todavía quedan en pie, formando parte de las fachadas y medianerías de algunas viviendas. Su espesor delata su primitiva función defensiva y nos ha permitido elaborar un intento de restitución de su trazado.

Figura 13. Vajilla cerámica aparecida en El Corralón (Liétor, ss. XII-XIII).



A juzgar por las descripciones de los visitantes, la puerta principal debió de abrirse en el frente septentrional de la muralla, exactamente en el tramo donde confluyen las vías principales (Cal Nueva y calles de la Encomienda, de la Travesía de los Pilonos y del Pósito). La trama urbana denota un origen islámico (la disposición de calles y manzanas) y pese a las distorsiones sufridas desde la conquista cristiana hasta nuestros días (apertura de las plazas Mayor y del Conde, cegado de adarves y patios,...), puede ser recreada con bastante aproximación. El flanco oriental de la población, ocupado por la Orden de Santiago, sufrió una profunda renovación del caserío, que hace irreconocible el primitivo trazado islámico. El resto del entramado, sobre todo los sectores central y occidental, ha sufrido menos transformaciones, pues aún se advierte la existencia de unas arterias principales de trazado rectilíneo, de las que parten pequeños adarves en forma de «L», que, a su vez, dan acceso a un número no superior de cuatro o cinco viviendas.

De la *maqbara* o almacabra de Liétor poco o nada sabemos. Sólo podemos tener en consideración los hábitos funerarios de los musulmanes, que, por lo general, fundan sus necrópolis en aquellos lugares donde no se ocupa superficie de cultivo, a extramuros y en una zona periférica cercana¹³⁹. Sólo conocemos la ubicación de los dos cementerios mencionados por los

visitadores de la Orden. En la visita realizada en 1498, tras partir de la puerta de la villa «...los dichos visytadores fueron al adarve adelante donde fallaron luego entrel torrejon del çimenterio y el postigo esta cayda vna torre...». Ese cementerio se situó en el flanco noroccidental de la cerca y debe diferenciarse del cementerio de la iglesia (y quizás de la anterior mezquita) que se menciona en el párrafo siguiente y que se encuentra en el flanco oriental, junto al Postigo de la iglesia: «E de alli fueron fasta vna torre en cabo del çimenterio de la yglesia donde esta vn postigo abierto...»¹⁴⁰.

La ausencia de fuentes árabes que nos ilustren sobre la existencia o no de poblamiento altomedieval en Liétor puede ser parcialmente mitigada, a partir de algunos hallazgos casuales que se vienen produciendo durante la construcción de nuevos inmuebles (fig. 11-15)¹⁴¹. Entre ellos cabe reseñar las cerámicas recogidas en un desfonde realizado en la «calle de Pilonos», en el que se alcanzó una cota de más de 2 m, circunstancia que, por sí sola, justifica el hecho de que hayan aparecido los materiales andalusíes más antiguos descubiertos en Liétor (fig. 12).

Sin embargo, el hallazgo cerámico más numeroso se produjo en el año 1981, en el transcurso de las tareas de desfonde de un solar conocido entonces como El Corralón, situado en el extremo nororiental del casco urbano. Junto a unos gruesos muros pertenecientes a la muralla e intramuros de la villa, fueron puestos al

Figura 14. Jarritas decoradas con la técnica de «cuerda seca», El Corralón (Liétor, s. XIII).



descubierto dos pozos contiguos de sección ovalada, con unas dimensiones aproximadas de 2 m de profundidad y 1 m de diámetro de boca. Excavados en la roca de base, han sido identificados como silos amortizados de una vivienda andalusí (fig. 11, 13, 14 y 15)¹⁴².

A pesar de encontrarse fuera de contexto arqueológico, los materiales reflejan una cierta homogeneidad. A falta de un análisis tipológico más preciso, el grueso del conjunto podría ser datado en los siglos XII y XIII. Su localización en el casco antiguo prueba la existencia de un hábitat en dicho período, aunque no debemos olvidar que, al encontrarse en un contexto de abandono, podría retrotraerse algunos años.

Las cerámicas aún se encuentra en fase de estudio y documentación, pero es posible avanzar algunos datos de interés: -La *vajilla de cocina* es numerosa, pero en ella se registran escasas variaciones morfológicas; las pastas son de color rojizo y grisáceo, y la cocción es reductora. Un rasgo común a toda la serie es la ausencia de vedrío. Las marmitas tienen formas globulares con cuellos cilíndricos y dos o cuatro asas; los bordes son rectos -excepto un ejemplar que es exvasado- y los labios redondeados, mientras que la base es convexa; a lo largo del cuello y de la pared se observan motivos decorativos incisos a peine, que también suelen aparecer en algunas cazuelas. Estas últimas participan de las mismas características: los bordes son rectos y ligeramente reentrantes, los labios son redondeados y abundan las bases convexas, aunque también encontramos algunos fondos planos.

-El grupo empleado en el *almacenamiento* de líquidos se encuentra representado por varios fragmentos de tinaja con decoración incisa y algunas jarras de acarreo de cuerpo piriforme, en las que se aprecian motivos decorativos digitales pintados al manganeso. El único borde de tinaja conservado es recto, y el labio triangular, siendo las pastas empleadas de color rojizo.

-Entre la *vajilla de mesa* contamos con jarritas y jarritos de pasta grosera y bizcochada, que presentan las típicas digitaciones pintadas a la almagra y al manganeso. Cabe destacar la presencia de dos jarritas decoradas con la técnica de la «cuerda seca» parcial, cuya presencia es muy significativa, ya que nos encon-

Figura 15. Fragmentos cerámicos con decoración esgrafiada, El Corralón (Liétor, s. XIII).



tramos en un ámbito eminentemente rural (fig. 14). Entre las formas abiertas, se aprecia la existencia de algunos atafiores y jofainas vidriados en verde, de perfil curvo o quebrado, en los que se observa cierta gradación de tamaños. Sus pies son anulares y, en general, evidencian una cronología avanzada, dentro de lo andalusí. Otras formas y técnicas decorativas también demuestran la mencionada modernidad; éste es el caso del candil de cazoleta abierta y de varios fragmentos esgrafiados, pertenecientes a jarritas (fig. 15). Sin duda, los materiales comentados se pueden adscribir a los siglos XII y XIII, documentando algunos el momento inmediato a la conquista cristiana. Tanto las cerámicas esgrafiadas como las de «cuerda seca» parcial, y posiblemente también las vidriadas, señalan la existencia de circuitos comerciales a través de los cuales llegaban las piezas más elaboradas a Liétor.

El asentamiento de Híjar.- Se encuentra en la margen derecha del río Mundo, sobre un pequeño cerro rocoso de fácil acceso, a unos 600 m de altura. En la actualidad forma parte del término municipal de Liétor, del que sólo dista 11 km (fig. 16). El topónimo posiblemente sea un orónimo que proceda del árabe «*al-hi'jār*», plural de «*ha'jār*» (el peñasco), muy común en al-Andalus, que se ajusta a las características físicas del enclave¹⁴³. Como ya se ha mencionado más arriba, sigue las mismas pautas de poblamiento de la comarca: fortificación en el cabezo más elevado, minúsculas alquerías dispersas que se sitúan junto a nacimientos de agua, escasa disponibilidad de tierras de cultivo, y huertas irrigadas con un sabio sistema de aprovechamiento hidráulico.

Aparece documentado por primera vez junto a Liétor en el siglo XIII. La caída de Híjar en manos castellanas fue decisiva en la conquista del territorio murciano al dejar expedito el corredor del río Mundo. Una mención de esta fortaleza se encuentra en el capítulo 29 de las R.T. de 1579: «... no ay fortaleza nj castillo njninguno sino es vn eredamjento questa vna legua desta villa que se dize y por que es termjno y jurisdijcion desta uilla en el qual ay vn edifiçio de castillo que paresçe aver sido fecho de tiempo de

moros y que parece estar hecho de cal j arena y tapia rreal»¹⁴⁴.

La propiedad de la dehesa de Híjar fue motivo de pleitos por parte de los visitantes de la Orden de Santiago que en 1480 la reclamaron a un vecino de Alcaraz llamado Gonçalo Muñoz: «Estando en la vysiataçion de la dicha villa de Liétor, los dichos señores vysiadores ouieron ynformaçion de Yjar, que fue lugar en tiempo antiguo poblado, el qual es de la Horden e de la dicha encomienda de Socovos (sic) nos somos ynformados que vos teneys e poseeyz la heredad e suelo de vn lugar despoblado ques de la Horden de Santiago que se llama Yjar...»¹⁴⁵.

La fortificación, que en la actualidad se encuentra en un lamentable estado de conservación, parece haber sufrido reparaciones en época bajomedieval, lo que nos impide apreciar su estado original. La planta presenta una forma pentagonal, adaptada conforme a la topografía del cabezo. El ingreso debió producirse a través de una entrada acodada abierta en el flanco septentrional. Restos de varios torreones cuadrangulares, de diferentes tamaños, se asientan sobre los escarpes rocosos y jalonan los lienzos de muralla, compuestos de una mampostería de factura popular (fig. 17).

Los materiales cerámicos recogidos en superficie son muy diversos, pero la mayor parte de ellos parecen corresponder a un horizonte cultural paleoandalusí, aunque también se detectan materiales del siglo XIII¹⁴⁶. Recientemente, los jóvenes del «Grupo Museo» han recuperado fragmentos cerámicos de un desmonte realizado bajo el castillo en la zona donde se localizaría la alquería. Su cronología es difícil de precisar dentro de lo andalusí, pues se trata de materiales comunes.

El asentamiento de la Alcadima.- En la actualidad, es un pequeño cortijo despoblado que, pese a encontrarse más cerca de Ayna, pertenece al término municipal de Liétor. Su topónimo árabe «*la antigua*» se reitera en la surgencia más cercana, situada sobre el caserío de la propia Alcadima y en la presa que se encuentra a los pies de esa población¹⁴⁷. El enclave, ubicado en la

margen izquierda del río Mundo, sirvió, según la documentación bajomedieval, de mojón separador de los términos de Ayna y Liétor, y es muy probable que en época islámica también deslindara ambos territorios¹⁴⁸.

La villa de Liétor en la encomienda de Socovos¹⁴⁹.- Como ya hemos mencionado, poco después de la firma del Tratado de Alcaraz en 1243, el alfoz de Liétor -incluido el asentamiento de Híjar- pasó a depender de la Orden de Santiago, formando parte de la Encomienda de Socovos¹⁵⁰. Ello, sin embargo, no vino acompañado de un impulso repoblador por parte de los conquistadores en una zona que por su carácter fronterizo se vió desprovista de sus efectivos humanos. Aunque buena parte de la población mudéjar -sobre todo la de menor poder adquisitivo- permaneció durante la segunda mitad del siglo XIII, finalmente, animada por la proximidad de la frontera granadina, huyó para dejar de sufrir la creciente presión fiscal de los señores feudales. Las tierras montañosas, que eran las más propicias para la existencia de pequeños núcleos de población dispersa, serían las primeras en quedar despobladas. Asimismo, la política de repoblación cristiana siguió otro patrón de asentamiento más concentrado en grandes villas fortificadas. Todo ello daría como resultado que en el año 1440 Híjar y Talave fueran aldeas que, paulatinamente, quedaron despobladas. Este clima de inseguridad generalizada produjo una drástica reducción de la superficie cultivada y la pérdida de los tradicionales sistemas de aprovechamiento agrícola, dando lugar finalmente a un aumento del terreno dedicado a pastos. Una evidencia de este proceso la encontramos en el «Campo de Moriscote», directamente relacionado con Liétor, que permanecía yermo en 1493. Ello parece deducirse de las palabras de los vecinos cuando afirmaban que parecía «...*haver avido acequias y labores antiguamente*»¹⁵¹. En el año 1335 se terminó por implantar en Liétor un concejo cristiano que, ante tan lamentable situación, pretendió estimular la repoblación promoviendo el reparto de aquellas tierras que -es

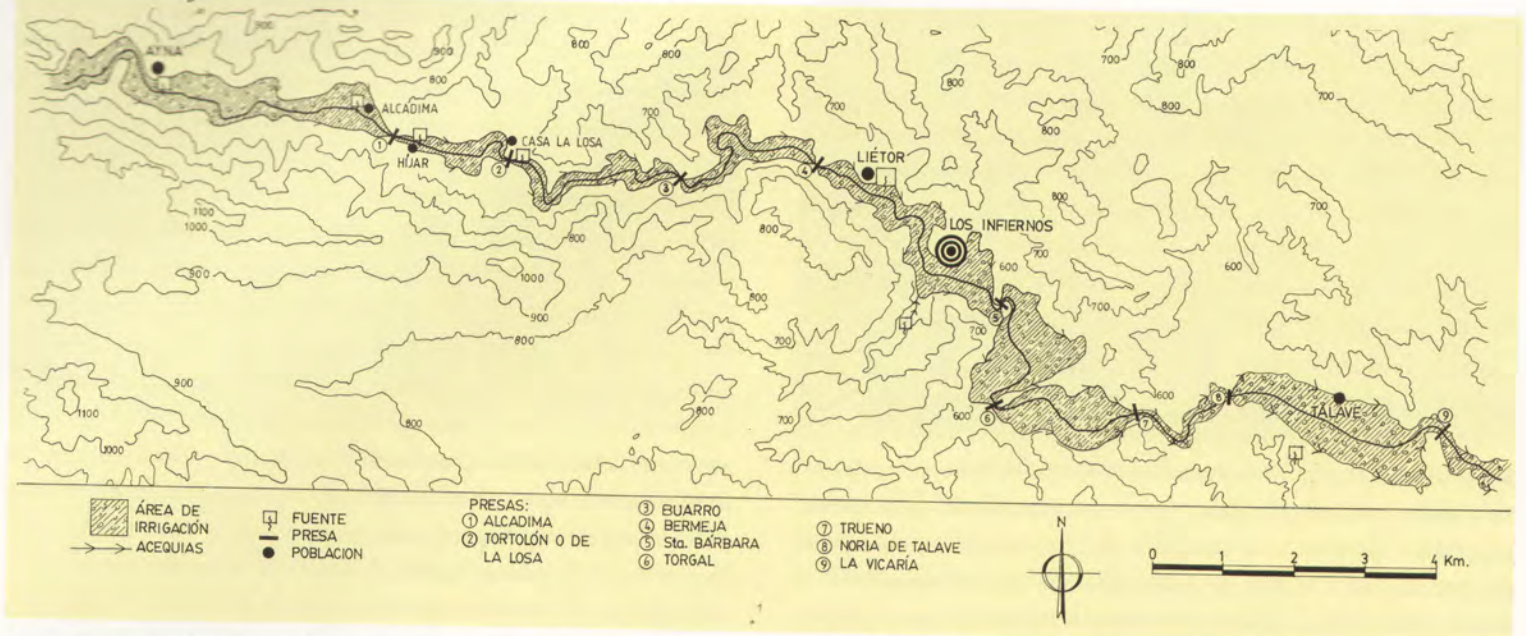


Figura 16. Panorámica del hīsn y alquería rural de Híjar (Liétor, Albacete).



Figura 17. Detalle de uno de los paños del flanco meridional del castillo de Híjar (Liétor, Albacete).

Figura 18. Sistema de riego de la vega del río Mundo a lo largo del término municipal letuario.



de suponer- habrían quedado abandonadas por los mudéjares, para que «...todos aquellos que de fuera de tierra de nuestra Horden vinieren a morar e poblar el nuestro lugar de Lietur damosles e otorgamosles los heredamientos que en dicho lugar auemos segun que Gonzalo Yáñez, comendador de Socobos, se lo partiere a cada uno...»¹⁵².

PAISAJE Y RECURSOS NATURALES.

1.- Paisaje de una economía rural diversificada.

En núcleos rurales de montaña y relativamente mal comunicados como el que venimos tratando, las formas de vida tradicionales han perdurado hasta mediados del presente siglo, momento en que la creciente emigración, y el lógico desarraigo de las generaciones más jóvenes, provocaron cambios en los hábitos de comportamiento social, dando lugar a la formación de nuevos ámbitos económicos ajenos a aquellos que caracterizaron la cultura local.

Sin embargo, y salvando las distancias culturales, buena parte de las actividades económicas representadas por los objetos de la ocultación medieval han permanecido en uso hasta hace bien poco. Tradicionalmente, se ha venido practicando una economía rural con labores diversificadas con las que se procuraba un aprovechamiento intensivo de los recursos. Es evidente que un cierto fenómeno de determinismo medioambiental existente en Liétor y, en general, en toda la Sierra de Segura, ha favorecido la continuidad en la manera de explotar los recursos¹⁵³. Ello no lleva implícito un continuismo en esas formas de aprovechamiento, hecho que sería difícilmente asumible ante acontecimientos tales como la conquista y repoblación cristianas que introdujeron estructuras socioeconómicas feudales. Sin embargo, la aceptación de esos hechos no excluye el mantenimiento de ciertas formas de

vida tradicional, observables cuando cotejamos el utillaje andalusí con el contemporáneo.

La descripción que hoy en día podríamos hacer de Liétor apenas diferiría de la que redactó sobre Ayna el cardenal Francisco de Lorenzana, eclesiástico de mediados del siglo XVIII, que llevó a cabo una recopilación de datos, obtenidos buena parte de ellos a partir de testimonios orales de los lugareños. El paisaje y los recursos económicos de Ayna no difieren de los documentados en los trabajos de campo realizados en Liétor: «...La parte de huerta más estimable es la que se halla a la vista del pueblo y su situación parte es en cuesta y parte en llano y a toda ella la domina la población conteniendo unos terrenos feracísimos y proporcionados para toda clase de frutos por su excelente calidad. La vega o parte de huerta situada en llano se fecunda con las aguas del río Mundo, las cuales extraídas por medio de una presa que esta a la parte inferior de dicho puente sirve para dar movimiento a un molino arinero de mucha fuerza y de los mayores que existen en estas circunferencias y un batán pertenecientes ambas a los propios de este concejo y despues de completar el servicio de estas maquinas sirve para dicho riego de la parte de vega de la huerta pues la otra parte que está en cuesta se riega con las aguas de la fuente ya citada (la Fuensanta). Asimismo existe otro molino arinero a la parte de poniente de esta población el qual logra su curso con las aguas del arroyo del Gargantón en los tiempos de erucción (sic) verificandose que como la población esta dominando toda la huerta y sigue la parte de esta en cuesta, luego la vega, después las corrientes del río, despues otra porcion de huerta que ay al lado opuesto y en seguida la montaña elevada de que se ha hablado poblada de pinos, carrascos, savinas, lentiscos, romeros y otras matas y yervas...»¹⁵⁴.

La explotación minera.- La riqueza de la zona es indudable. Abundan los recursos mineros, entre los cuales destacan el hierro, el cobre de Riópar y, como ya se ha mencionado más arriba, los yacimientos de azufre, cuya explotación se remonta al menos al siglo XII: «En el lugar llamado Pajares (Balýanš), recibe el aporte del río Mundo. En esa confluencia hay un yacimiento de azufre rojo, que no se encuentra igual en ningún otro lugar de la tierra habitada. Se exporta a todos los países del mundo: a Iraq, al Yemen, a Siria. Desde este punto a la ciudad de Murcia hay 12 parasangas»¹⁵⁵.

En esa época, y probablemente con anterioridad, existieron unas infraestructuras mínimas para el desarrollo de pequeñas industrias extractivas que, en general, no alcanzaron una gran importancia (salvo el azufre, a causa de su extremada escasez), pero que a nivel local debieron de ser esenciales para el desarrollo socioeconómico. La relativa abundancia del mineral ferroso permitió un comercio con otras zonas deficitarias y su consumo frecuente a nivel local.

Algunos recursos mineros pudieron ser aprovechados al menos desde los siglos X-XI. Ese podría ser el caso de una mina de hierro que se localiza a unos 500 m al Este de la fortificación y alquería de Híjar¹⁵⁶. Desde el enclave se domina el antiguo camino de Híjar a Liétor que, en ese tramo, abandona la margen derecha del río, debido a su estrangulamiento, para pasar por el flanco derecho de la rambla. Parece tratarse de una explotación en superficie con una boca rectangular cuyos bordes y paredes se han desprendido, cegando con los derrubios la entrada. En los alrededores encontramos escoria de fundición y algunos fragmentos de cerámica común de cronología difícil de precisar.

La explotación forestal.- De su existencia en el Sureste peninsular nos deja constancia al-Zuhrī que, al describir el curso del Segura a su paso por Calasparra, comenta la presencia de la Fuente Negra y de cómo «... pasa la madera que desciende por el río hasta la ciudad y las comarcas de Murcia»¹⁵⁷.

A pesar de la riqueza forestal de la zona, la documentación de época bajomedieval refleja el empeño de las autoridades locales por proteger ese bien económico, en previsión de la deforestación que podía provocar la tala indiscriminada del arbolado. Es muy significativo el hecho de que las únicas excepciones en la normativa protectora se hagan para favorecer la obtención de madera por parte del campesinado. Sin ir más lejos, en las R. O. de la Villa de Liétor, aunque se penaliza y se trata de evitar la tala indiscriminada del arbolado, se hace una clara excepción, cuando en el artº 9 se comenta «...que los labradores de esta villa puedan cortar por el pié carrascas y ramas para el aderezo de sus arados sin pena alguna». En el artículo 3º, también se hace una salvedad para favorecer una serie de obras de interés público: «...que ninguna Persona pueda cortar pino ninguno desde el mojon de la Alcadima de una parte

ni de otra del Río Mundo en todas las vertientes del dicho Río hasta la Rambla de Talubia, término de esta villa, si no fuere para Puentes, Canales, Presas y Azudes y con Licencia del Concejo, so pena de cien maravedies por cada pino,...».

2.- Aprovechamiento de los recursos hídricos: sistemas hidráulicos de tradición andalusí.

Como acabamos de ver, en todas las descripciones del área siempre se enfatiza la fertilidad de las huertas irrigadas con unos sistemas hidráulicos que, con mayor o menor fortuna, han permanecido inalterados desde el período islámico. La génesis de esas infraestructuras es difícil de precisar, pero en todas ellas predominan los topónimos árabes y los aportados por la repoblación cristiana, que a lo largo del tiempo se yuxtaponen a los primeros¹⁵⁸.

Existen dos factores físicos que determinan los modelos de aprovechamiento económico: la abundancia de agua, que posibilita el desarrollo de varios sistemas hidráulicos adaptados a las necesidades de riego, y las dificultades orográficas, con la consiguiente limitación de tierra cultivable¹⁵⁹. Esos factores trajeron consigo una racionalización y planificación del espacio agrícola, observándose un acondicionamiento intensivo de las terrazas de cultivo, a partir de una sedimentación de origen antrópico efectuada por acarreo.

Tras una somera observación del terreno, se aprecia la existencia de varios sistemas hidráulicos que permiten la irrigación de la vega del río Mundo en toda su extensión¹⁶⁰. En los alrededores de Liétor, buena parte de las acequias existentes en la actualidad han sufrido modificaciones en su trazado



Figura 19. Emplazamiento actual de la Presa Bermeja en el río Mundo.

Figura 20. Sistema de cultivo aterrazado en la huerta de Liétor.



original, introduciéndose también en ellas técnicas constructivas y materiales modernos¹⁶¹.

La combinación de los sistemas hidráulicos o, lo que es lo mismo, la procedencia y método de captación del agua, y el régimen de propiedad de las tierras han dado origen a una diferenciación terminológica (bancal, huerta y huerto) atestiguada documentalmente desde la última década del siglo XV. No parece aventurado retrotraer tal diferenciación al período de colonización agrícola andalusí.

En la actualidad los campesinos llaman «bancales» a los terrenos más bajos de la vega del río Mundo (de 535 hasta 539 m de altitud), irrigados por medio de las acequias que hay en cada una de las márgenes fluviales.

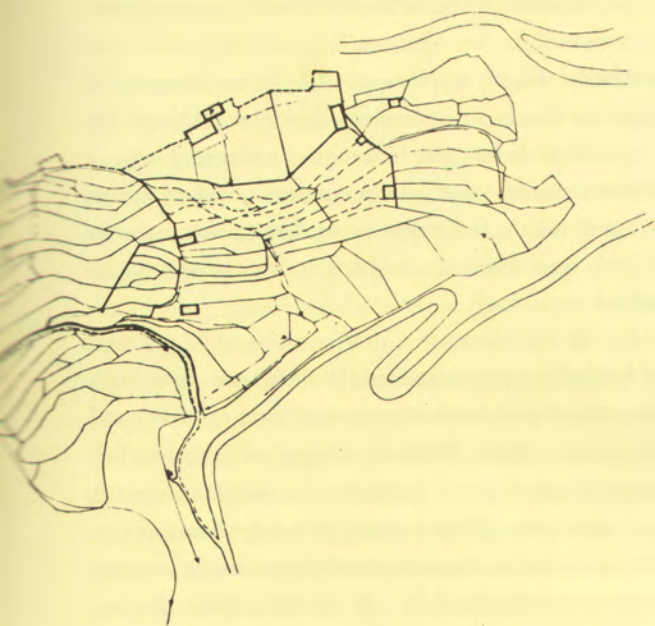
Se conoce como «huerta» a las terrazas de cultivo regadas con agua procedente de las surgencias naturales (desde los 643-635 m de cota máxima hasta los 540 m de los ribazos inferiores). Esas tierras, que aproximadamente salvan 100 m de desnivel, por lo general, no se encuentran cercadas y pertenecen a varios propietarios, de los que cada uno tiene una porción de terreno.

Por último, se llama «huerto» a la porción de huerta cercada que normalmente pertenece a un solo propietario. Su extensión es mayor; se emplaza normalmente al pie del afloramiento y goza, por lo tanto, de mayor disponibilidad de agua.

El sistema de regadío de los terrenos de la vega.- El empleo de presas para retener el agua del río Mundo aparece tempranamente testimoniado en el área de Segura donde, según al-Zuhrī «...el río Segura, sigue su curso hasta llegar al desfiladero llamado al-Ḥalq al-Ayyil. Siendo Abū Isḥāq b. Hamušk visir de la ciudad de Segura, quien consolidó las murallas, quiso también establecer en dicho desfiladero un dique como el que había en el Yemen, a fin de convertir esta llanura en un pantano y poder desviar las aguas hacia otros lugares; pero ni las circunstancias ni el emplazamiento se lo permitieron...»¹⁶². Con toda probabilidad, las concepciones gubernativas y orientalistas que se deducen de este texto debieron de tener su réplica en comunidades rurales de tipo clánico que, durante el período andalusí, colonizarían las tierras más cercanas al curso fluvial y al propio asentamiento¹⁶³.

El territorio castral de Liétor, debido a su abrupto relieve, se extiende por la estrecha y alargada vega del Mundo. Río arriba y más allá de Ayna, se observa la existencia de un complejo sistema de presas que, normalmente, aprovechan un acusado estrechamiento del río, lo que lógicamente conlleva el estrangulamiento de la vega. En la actualidad esa clase de barreras se suceden de forma regular con una cadencia aproximada de 1,5 km, excepto en la vega de Liétor donde la distancia es algo mayor (fig. 18)¹⁶⁴.

De cada lado de la presa parten dos pequeñas acequias que siguen el contorno rocoso de la ladera y, por medio de unos brazales, riegan toda la vega hasta el siguiente azud. En los tramos de acequias más cercanos a los núcleos de población, se



observa cómo han sido rehechos con materiales modernos; en otros, aún se puede advertir la existencia de fabricas tradicionales e incluso la talla de algunos tramos en la misma roca madre.¹⁶⁵

La Presa de la Alcadima es la primera dentro del término municipal de Liétor; sin embargo, el pago del mismo nombre era regado con el agua recogida en el azud de Ayna. En este cortijo encontramos un ejemplo de degradación de los regadíos y abandono de tierras de cultivo como consecuencia de la considerable distancia que le separa de los centros de población (Liétor o Ayna). Tanto es así que, en la actualidad, sólo sigue utilizándose la acequia que transcurre por la solana, mientras que la de la umbría ha quedado totalmente abandonada hasta la fuente de Híjar, bajo el asentamiento del mismo nombre. La continuidad en el uso de esta parte del sistema (el de la margen izquierda) se debe a un modelo hidráulico mixto gracias al cual la acequia de la vega recibe los aportes adicionales de tres fuentes que surgen en el entorno del asentamiento al que nos referimos. Una de ellas se encuentra en la parte superior del cortijo y su agua es almacenada en una gran alberca, las dos restantes se emplazan a unos metros del caserío, una hacia el Este y la otra hacia el Oeste.

El caudal recogido por el siguiente azud conocido como la Presa del Tortolón, sito a 1 km de Híjar, es distribuido por dos acequias que riegan la estrecha vega de igual nombre. La siguiente barrera fluvial es la Presa del Buarro o de la Losa, azud directamente relacionado con otra posible alquería islámica, la llamada Casa de la Losa. Es un cortijo que se sitúa sobre un pequeño cabezo rocoso en la margen izquierda del río; a su pie, brota una fuente natural cuya agua es captada en una pequeña alberca cuadrangular (1,5 m de lado) que está cuidadosamente tallada en la propia roca. Como ocurre con la fuente de la Alcadima, el agua sobrante de la alberca rebosa y es encauzada por la misma acequia que parte de la presa mencionada anteriormente.

El azud que riega la vega de Liétor es la Bermeja (fig. 19), que se encuentra conectado con el aprovechamiento de una *rahâ* (pl. *arhâ*) en la margen izquierda, del que hablaremos más adelante. El sistema de acequias para riego ha sufrido recientes modificaciones, pero todavía se pueden rastrear algunos tramos que conservan su trazado original. La presa, sin duda, se corresponde con la mencionada en las visitaciones de la Orden, de fines del siglo XV, cuando se arrienda para la Orden una «*viña de la Presa*»¹⁶⁶.

La siguiente barrera del río es la Presa de Santa Bárbara, que sigue las mismas pautas que las anteriores. La Presa del Torgal riega el pago del mismo nombre. Seguidamente, el valle se ensancha y se suceden varios azudes: la Presa del Trueno, la Presa del Talave o de la noria de Talave y la Presa de la Vicaría

(esta última ya en el término municipal de Hellín), que fueron anegadas a principios de siglo por las aguas del embalse del Talave¹⁶⁷.

El sistema de regadío de los terrenos aterrazados.- Es lógico pensar que las tierras cultivadas más cercanas a una surgencia de agua se remontan a época preislámica. Tales terrenos no precisan de complejos sistemas de regadío, cuyo mantenimiento trae consigo una serie de esfuerzos por parte de todos y cada uno de los miembros que forman parte de una comunidad campesina. Pero el diseño, perfeccionamiento y ampliación del sistema sólo se pudo producir en época islámica, con la colonización agrícola del territorio por parte de un campesinado que introdujo nuevos modelos de explotación orientales. El sistema hidráulico de Liétor tiene su origen en el *ma'âjil*, modalidad que ha sido estudiada en el sur de Arabia y en el asentamiento mallorquín de Banyalbufar¹⁶⁸. La existencia de múltiples nacimientos naturales de agua en el área, normalmente, resulta ser decisiva para el desarrollo socioeconómico, llegando la fuente -en algún caso- a dar nombre a la población (Ayna - *ʿayn*). El agua es almacenada en albercas y luego distribuida mediante pequeñas acequias que siguen el contorno interior de las terrazas artificiales. Como ya hemos mencionado, esas tierras reciben dos denominaciones, huerto y huerta, pero es más significativa la asociación toponímica existente entre fuente, alberca y huerta, que responde a una estrecha relación funcional y económica (fig. 20)¹⁶⁹.

-La *ladera occidental*. Como se observa en la figura 20 es en la ladera occidental en donde se concentra la mayor parte de los afloramientos naturales, de los que tenemos constancia gracias a los arrendamientos censales santiaguistas que se incluyen en las visitaciones. El señorío de la Orden no se limita a la extensa huerta oriental, sino que abarca varias parcelas arrendadas en las huertas de la ladera occidental.

La propia rigidez de los elementos que componen el sistema hidráulico y el hecho de que nos encontremos ante un diseño unitario, global e interdependiente, hacen que todo cambio en el sistema original sea muy difícil. Tanto es así que, en la actualidad, predomina la toponimia árabe y persisten los emplazamientos primitivos de la mayor parte de las fuentes, albercas y huertas que ya fueran mencionadas en las visitaciones santiaguistas de los años 1498 y 1507: huertas de *Potiche*, de la *Alcadima*, de los *Albercones*, de la *Canaleja* y de la *Horden vieja*. Sin embargo, no ha quedado rastro toponímico ni memoria histórica sobre la «*fuentes de fuera*» y «*la huerta tras las torres*» (fig. 20). La labor de restitución más delicada se concentra, por tanto, en estos últimos elementos del sistema que no han dejado rastro debido a la expansión de la villa fuera del antiguo recinto, afectando así las áreas de cultivo más cercanas. Si observamos el plano donde

intentamos restituir los regadíos, veremos que es muy posible que la calle de la Canaleja fuera, antes de su urbanización, un camino para acceder a las terrazas superiores.

Entre los terrenos arrendados por la Orden se mencionan unas tierras situadas «*tras las torres*», cuyo topónimo ha desaparecido. Si, como parece, la enumeración efectuada por los visitantes sigue un orden de Oeste a Este, se debería ubicar entre la huerta de la Canaleja y «*la fuente de fuera*». Esa localización quedaría reforzada por la cercanía de la fortificación antigua (*el alcaçar cieja*) y de varias torres en el flanco noroccidental y occidental de la cerca, a las que se refieren en varias ocasiones los propios visitantes. Este espacio agrario de referencia sería irrigado, probablemente, con agua surgida de otro afloramiento desaparecido con posterioridad, tras la expansión de la villa y el nacimiento del arrabal.

- La *ladera septentrional*. Hacia este flanco, y en estrecha relación con la población de Liétor, persiste el *Pilar*, alberca que recoge el agua de una surgencia situada en la montaña y que posiblemente se corresponde con la que en la documentación bajomedieval se conoce como «*fuentes de fuera*». Ese término lleva implícito una proximidad y cierto aire de familiaridad por parte de los habitantes de Liétor, rasgos que no se detectan en el resto de la toponimia sobre surgencias. Hemos tenido la oportunidad de constatar que la alberca más antigua (el emplazamiento original) se encuentra integrada en la planta baja de la vivienda del Sr. Cura Párroco, y no debe confundirse con el abrevadero público. El agua de ese afloramiento natural se ha abierto camino por el roquedo a través de dos vías subterráneas que atraviesan el cabezo sobre el que se asienta la población. Finalmente desembocan al pie del cortado, una en la parte meridional donde se encuentra una alberca (en el *Pilancón*), que almacena el agua empleada en la irrigación de los ribazos de este sector bastante alejado de otras fuentes, y la otra, en la parte suroriental, donde también sirve para regar las terrazas de ese área (fig. 20).

-La *ladera meridional*. Un caso muy significativo es el que se ha detectado en la «huerta de Alfajete». Se trata de un vasto terreno que se extiende desde la presa Bermeja y discurre entre el canal de reciente construcción y el camino, hasta más allá del emplazamiento del molino viejo (fig. 18 y 20). Se riega con las aguas traídas desde el «Ramblón» (en la ladera oriental) por una acequia cuyo trazado, con una dirección noroeste, llega a las proximidades de la citada presa Bermeja. Es un interesante testimonio de cómo en el diseño de unos espacios agrícolas se persigue la solución que resulta más práctica. En este caso la acequia que parte de la presa Bermeja y discurre por la solana disponía de un caudal insuficiente para compatibilizar el regadío de los terrenos de la vega y servir de fuerza motriz al molino, por lo que sólo estuvo en función de este último. Pero no por ello se

tuvo que dejar incultas las tierras de este sector de la vega que finalmente recibirían el caudal de la rambla.

- La *ladera oriental*. En la ladera oriental tenemos constancia documental de la *Huerta de la Horden*, cuyas tierras se regaban con el agua recogida en la *Balsa del Olmo*; es mencionada con cierto detalle en 1498: «...fallaron los dichos visytadores vna balsa delante de las casas de la Horden, donde se junta el agua para regar la huerta de la dicha Horden, e fallaron que echauan vasura en la dicha balsa e que la tenían çiega, mandaron a los dichos alcaldes que luego la hagan alinpiar commo non tengan vasura ninguna e linpiamente se allegue el agua...»¹⁷⁰. Es muy sintomático que ésa sea la única huerta cercada, documentada a fines del siglo XV, hecho que debe de responder a su carácter de feudo de la Orden de Santiago. Es decir, aunque por su extensión se trate de una huerta, su forma de explotación se asemeja más a la realizada en un huerto. En el mismo documento, encontramos la única mención del uso de tandas que, quizá, se deba a la menor disponibilidad de agua existente en esta ladera. En la visitación de 1507, es descrita como «...vna buena huerta çercada de tapias con sus arboles, tyene dos dias de agua en cada semana que son miercoles e sabado, estan fechas las tapias que los visytadores pasadores mandaron hazer...»¹⁷¹.

También conocemos la existencia de unos «*molinos de pan*» que aprovecharían el caudal intermitente de una rambla conocida hoy como el *Ramblón*, y el de varias surgencias. De su existencia hay constancia en 1498. El documento afirma que «dos molinos de cubo en que tyene la dicha Horden vn quarto de lo que renta en cada vn año. El vno dellos es de Pedro de Bedmar e el otro de Gonçalo Gallego, que son en la rambla. Los quales fallaron bien reparados de todo lo neçesario a ellos». En la visita de 1507 se vuelve a revisar el estado de los dos molinos de cubo: «... los visitadores visitaron vn molino ques çerca de la dicha villa, el qual tyene Pero de Velmar, mostro del confirmaçion, paga el quarto de lo que renta a la Horden, esta bien reparado. Visitaron otro molino quel conçejo tyene del qual da el quarto a la Horden, esta fecho lo que los visitadores pasados mandaron, esta bien reparado»¹⁷².

El sistema de irrigación mixto.- Deriva de los anteriores y lo encontramos en aquellos lugares donde existen manantiales, pero el terreno no tiene la pendiente necesaria y, por lo tanto, era técnicamente imposible la adopción de un cultivo por aterrassamiento. En este caso, las fuentes surten de agua a las acequias del río, lo que nos permite clasificar a este sistema hidráulico, presente a lo largo de la vega del río Mundo, como mixto¹⁷³.

Un ejemplo de sistema mixto lo encontramos en la propia vega de Liétor, donde se localiza la Fuente de Dítar, ubicada en una rambla frente al *Peñascal de los Infiernos*. El agua era

almacenada en una alberca y distribuida a partir de una acequia excavada en la roca que sigue la margen derecha de la rambla del mismo nombre¹⁷⁴. Más allá de Liétor, bajo el castillo y alquería de Híjar, se encuentra la Fuente de Híjar que, sin duda, abasteció de agua a la propia población de la alquería, pero que también aporta un caudal adicional a la pequeña acequia que, procedente de la Presa de Híjar, riega toda la vega de la umbría.

A unos 3 km de Híjar, está el cortijo conocido como La Casa de la Losa, situado en la margen izquierda del río y relacionado con la presa del mismo nombre. Se ubica sobre un manantial del que toma esa denominación, pues en castellano losa es sinónimo de fuente (fig. 18).

HACIA UNA INTERPRETACIÓN SOCIOECONÓMICA DEL HALLAZGO.

1.- El marco cronológico.

A la hora de dotar de una cronología al conjunto de objetos encontrados en la cueva de Los Infiernos y, por lo tanto, de interpretar el hallazgo, se plantea un grave problema: la ausencia de materiales que proporcionen una cronología fiable. En el ajuar de Liétor no disponemos de los objetos cerámicos que, en ocultaciones como *Cova dels Amagatalls* de Mallorca, han facilitado la datación del resto de los materiales. Quizás podríamos exceptuar los candiles, pero su valor es relativo a la hora de proporcionar precisiones cronológicas por tratarse de objetos suntuosos cuyo período de uso puede dilatarse. Esta dificultad hace que, a la hora de datar el conjunto, se hayan barajado varios datos convergentes que toman especial relevancia ante la ausencia de informaciones contradictorias o anacrónicas que puedan perturbar la interpretación. Llegar a una datación fiable del ajuar de Liétor, aunque sea relativa, se hubiera convertido en empresa harto difícil y arriesgada, de no haber adoptado una perspectiva multidimensional que nos ha llevado a valorar y contrastar un cúmulo de datos que convergen en la misma dirección: el ajuar se encontraba en uso a finales del siglo X y fue abandonado a principios del XI¹⁷⁵.

Cronología relativa.- De especial relevancia son los paralelos materiales procedentes de yacimientos que no sobrepasan ese período. Por ejemplo, las piezas de Medina Elvira publicadas por Gómez Moreno a fines del siglo pasado¹⁷⁶. Pese a tratarse de una ciudad de tradición romana, sus materiales medievales adquieren un gran valor, debido a su destrucción violenta y repentina a principios del siglo XI. Tales circunstancias explican la aparición de tantos y tan magníficos materiales, algunos de los cuales tienen sus paralelos en el ajuar que nos ocupa.

El armamento y los atalajes de Liétor constituían un grupo que, en principio, no parecía propicio a facilitar datos cronológicos;

pero, al profundizar en su estudio, se fue definiendo todo un conjunto de armas y arneses de origen califal. Sólo en la iconografía altomedieval (arqueta de Leyre, Biblia de San Isidoro) hemos detectado paralelos de jinetes armados y atalajes militares¹⁷⁷. En representaciones más tardías, como las Cantigas alfonsíes, se muestran unas armas y arneses tipológicamente muy lejanos a los de Liétor¹⁷⁸.

Las piezas agrupadas por su uso doméstico no aclaran la cronología del conjunto. Los únicos objetos que pueden desempeñar el papel de fósil director, a pesar de su larga perdurabilidad, son los candiles de bronce y, en especial, el candil zoomorfo (nº c. 64). El gran inconveniente de la mayor parte de este tipo de piezas es que, al no encontrarse contextualizadas estratigráficamente, no tienen una cronología clara, sólo la que se les concede en los estudios tipológicos. El único paralelo del candil zoomórfico de Liétor procede de Madīnat Ilbīra, lo que nos ofrece una fecha *post-quem*, siempre hipotética; el ejemplar granadino se encuentra mucho más degradado, pero su factura parece ser más pobre que la del letuario¹⁷⁹. Como hipótesis -en modo alguno probada- habría que proponer una cronología de pleno siglo X para la pieza de Liétor, y quizá una fecha algo más tardía (finales del siglo X o principios del XI) para el otro ejemplar (nº c. 65). Somos conscientes de que los candiles de bronce, por su carácter de objetos suntuarios, son susceptibles de ser empleados y heredados por varias generaciones. De hecho, las picaduras reparadas que presentan los dos candiles demuestran esa continuidad en el uso, aunque los arreglos no parecen ser tan numerosos como para abogar por un prolongado período de actividad. Se ha de señalar también que la figuración zoomórfica de la tapadera (nº c. 68) en la que se representa un ave tiene su más claro paralelo en los apéndices de un candelabro de pleno siglo X (fig. 48-52).

Sin abandonar el conjunto de objetos doméstico, hemos detectado algunos paralelos contemporáneos de las llaves de candado de Liétor (Mesas de Villaverde de Málaga, el Castellón de Granada, entre otros). Existe un cambio morfológico en las llaves de fines del siglo XII y del XIII que evolucionan hacia formas más modernas. Los paralelos más claros del templeón de telar (nº c. 56) los encontramos también en horizontes cronológicos que van del siglo IX al XI (Conimbriga, Elvira, Vascos, el Castellón de Montefrío, etc.).

El utillaje y los aperos del conjunto apenas proporcionan precisiones cronológicas. La continuidad morfológica de buena parte del utillaje se debe a la pervivencia de la función que a su vez viene dada por la pervivencia en las formas de explotación del medio. Tras la comparación tecnológica y tipológica del utillaje medieval de Liétor con otros aperos, se puede afirmar que se encuentra más cerca de modelos del mundo tardorromano y paleoandalusí que del período bajomedieval. Buena

parte de los útiles tienen paralelos en la época visigoda -es el caso del hacha y las azuelas- o en otras épocas: tardoantigua, romana o incluso celtibérica e ibérica. También existen paralelos con el utillaje básico -y sencillo- del mundo tradicional mediterráneo: buen ejemplo a la vez de las pervivencias tecnológicas en sociedades humanas que, cualquiera que sea el particularismo político o religioso, evolucionan por préstamos e imitaciones, y de la verdadera ósmosis técnica que corresponde a los pueblos preindustriales.

Cronología absoluta.- La cronología de las muestras procedentes de la Cueva del Peñasal de los Infiernos, que han sido sometidas a datación por radiocarbono y dendrocronología, demuestra una gran homogeneidad¹⁸⁰.

-En concreto, para el fragmento de la mesa (nº c. 75) han sido obtenidas unas fechas¹⁸¹ que concuerdan con la cronología relativa de pleno siglo X propuesta a partir de criterios tipológicos (candil zoomorfo).

-El intervalo de tiempo que se ha obtenido para el fragmento del escudo (nº c. 148) parece evidenciar un período algo más antiguo¹⁸².

-El análisis de los fragmentos del astil de azuela (nº c. 46) y del posible vástago de lanza -objetos que se reponían con regularidad, lo que garantiza una mayor efectividad a la hora de su datación- ha ofrecido un intervalo de confianza coincidente con la cronología que aquí se postula¹⁸³.

Por lo tanto, no existe inconveniente alguno para que, a partir de los resultados obtenidos, pueda concluirse que estos cuatro objetos (mesa, escudo, astil de azuela y vástago de lanza), y por extensión el resto del ajuar ocultado, ya se encontraban en uso entre los siglos X y XI, descartándose definitivamente fechas más tardías¹⁸⁴.

2.- Análisis de la ocultación.

La primera reacción al observar tal cantidad y variedad de objetos muebles es pensar que no puedan pertenecer a un sólo ámbito familiar. Ello quizás se deba a una cierta deformación profesional por parte de los arqueólogos que periódicamente excavamos ámbitos domésticos mejor o peor conservados, en los que sólo nos es posible recrear la planta y las funciones de las salas, porque apenas encontramos restos de esa vida doméstica. Dicho de otro modo, casi siempre entramos en contacto con facies o niveles de abandono o de uso residual, y en pocas ocasiones con los momentos de plena actividad. Con el conjunto de materiales aparecidos en Liétor se cubre el vacío existente hasta ahora, puesto que no estamos ante un horizonte estratigráfico de abandono, sino ante un conjunto de objetos ocultados voluntariamente que representan todas y cada una de las actividades de un ámbito doméstico y económico en pleno funcionamiento, siendo la ocultación el testimonio de su interrupción forzada. Las excelentes condiciones microclimáticas de la cueva han permitido

que, tras un somero tratamiento de restauración, las piezas hayan recobrado su estado original y podamos concluir que se encontraban en pleno uso¹⁸⁵.

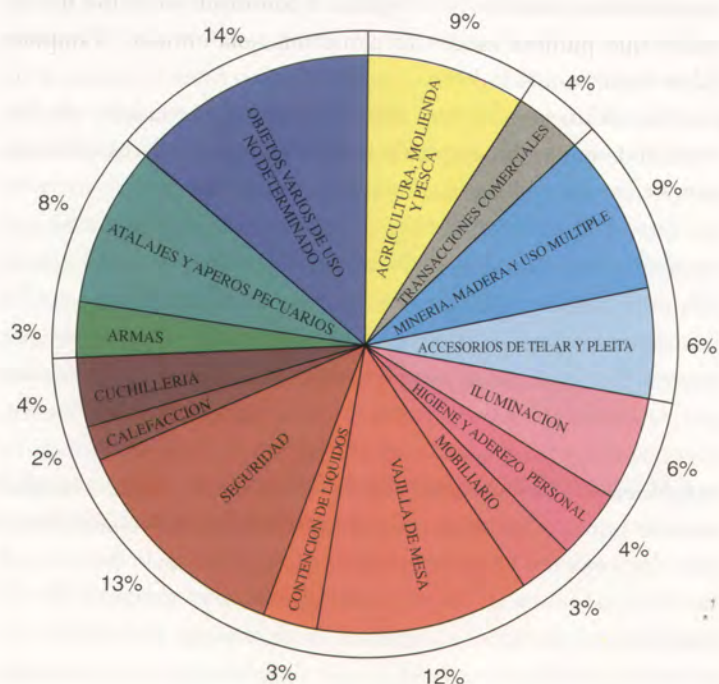
También debe quedar muy claro que la heterogeneidad de los materiales atesorados responde a la diversidad de las actividades económicas representadas y nunca a una pluralidad de agentes que consumaran la ocultación. El análisis de los materiales nos conduce a desechar la posibilidad de que nos encontremos ante una ocultación comunitaria y, por consiguiente, se debe desestimar la hipótesis sobre una propiedad colectiva de los objetos. Es cierto que el amplio abanico de labores representadas podrían inducirnos a pensar en una hipotética asociación intergremial, pero la idea no se sostiene si nos apercebimos de la ausencia de los instrumentos específicos de cada grupo artesanal.

A juzgar por la gama de materiales encontrados en el área letuaria y por extensión en los asentamientos de la comarca de Segura y el medio rural andaluz, la economía familiar es autosuficiente, basada en el dominio y ejercicio de diferentes actividades. A partir del utillaje ocultado, se puede deducir un intenso aprovechamiento de los recursos naturales: la huerta de Liétor como base de la explotación agrícola; el río Mundo utilizado como energía motriz o como fuente alimenticia; la extracción del mineral de hierro necesario en la confección del utillaje; la madera del bosque imprescindible para los trabajos de reparación y mantenimiento de la explotación agrícola; el esparto y otros materiales textiles, etc.

Tanto la madera con la que se ha fabricado la vajilla como el hierro del lingote podrían proceder de las inmediaciones de Liétor o de áreas cercanas, máxime si tenemos en cuenta que esa zona es rica en hierro y disfrutaba de una abundante masa boscosa. La presencia del lingote (nº c. 172) nos permite suponer la existencia de una forja en la que se manufacturaban la mayor parte de los objetos de hierro del ajuar¹⁸⁶.

La ocultación de un solo clan familiar¹⁸⁷.- Un análisis crítico del ajuar en Liétor lo vincula a un propietario perteneciente a un clan, que explotaba una hacienda. Es la única interpretación que favorece una articulación de forma armoniosa de toda la información extraída de los objetos ocultados; también permite profundizar en las implicaciones sociales que se intuyen en el propio ajuar de Liétor y entender el atesoramiento y ocultación, no como algo aislado y casual, sino como un hecho que podría ser contextualizado dentro de un proceso generalizado en al-Andalus, en un período acotado que se encuentra documentado textualmente. El elevado número de objetos y actividades representadas hace posible una recreación y reconstrucción histórica sin precedentes, ya que se pueden perfilar algunos rasgos del modelo de explotación rural y los procesos de trabajo desarrollados en la misma.

Figura 21. Análisis porcentual del ajuar de Liétor.



El primer aspecto a considerar es el carácter diversificado del ajuar, con unas funciones complementarias, sin que se detecte una significativa repetición de objetos dentro de cada grupo, rasgo que caracterizaría una ocultación colectiva o de varios propietarios.

En el aspecto individual, se registra la presencia de un hombre que, ocasionalmente, ejercía o ejerció como jinete en el ejército. Otro rasgo que conduce a pensar en un atesoramiento individual (este término debe entenderse no como referencia a un individuo, sino más bien a un grupo productor, una familia amplia) es la presencia en el ajuar de objetos de escaso o nulo valor material, como ciertos objetos de madera: los peines, la vajilla, los acetres, la paleta, etc.; o el caso de algunos objetos de hueso como el cacito. Es impensable que alguien que no fuera el propietario de estos objetos tuviera interés en ocultarlos, máxime si tenemos en cuenta que la mayor parte de los mismos debieron de ser fruto de una producción local.

Las armas y los atalajes que forman parte de la ocultación se complementan perfectamente, no registrándose ausencias ni reiteraciones ostensibles. Con este conjunto se documenta la existencia de un grupo familiar con el potencial económico suficiente para armar como mínimo a un jinete, con armas ofensivas (lanza y espada) y defensivas (escudo)¹⁸⁸.

El ajuar estrictamente doméstico también es un claro testimonio de una sola unidad familiar¹⁸⁹. Es en el aspecto del hogar donde con más claridad se plasma la dicotomía existente en una serie de piezas que funcionalmente se complementan. El ejemplo más evidente lo constituyen aquellas que están relacionadas con la iluminación de la vivienda: en primer lugar

tenemos los objetos de carácter funcional, manufacturados localmente, como son la almenara y el almenar, que debieron de servir para iluminar el salón y la cocina respectivamente; en segundo lugar disponemos de objetos exógenos como los candiles de bronce que, traídos desde un ámbito urbano, tienen cierto carácter ostentoso y decorativo. En el caso de la calefacción, es suficiente una sola badila, utensilio que ha pervivido en nuestra cultura tradicional. Para la extracción del agua potable -posiblemente a partir de un pozo excavado en la roca- se empleaban un número reducido de acetres, cantidad apropiada para el uso de una sola familia.

Es muy significativo el fenómeno de duplicidad percibido en aspectos tan variados, como son la higiene (peines), el aderezo personal (ungüentarios) o el servicio de mesa (platos, cuencos y vasos de madera), que podría apuntar hacia un número de miembros reducido, quizás una familia nuclear, aunque los datos disponibles no permiten aseverarlo.

También el mobiliario es escaso y de pequeño tamaño aunque, en este caso, de existir muebles de gran volumen hubiera sido difícil su traslado¹⁹⁰. Sólo fueron ocultados los objetos de menor porte y menos peso que, como la mesita con decoración de acanto espinoso y varias cajitas de hueso y madera, nos ofrecen una imagen de cómo sería el mobiliario de una vivienda rural.

En línea con la hipótesis acerca de una familia también está el reducido número de útiles empleados en actividades textiles (tradicionalmente domésticas): el templén, las agujas y el peine de un telar de tipo horizontal y las dos agujas de pleita sólo pueden señalar la existencia de un único grupo familiar. El ámbito más representado es el doméstico, que sobrepasa el 50 % en el conjunto¹⁹¹, proporción que no se puede explicar por la pertenencia del ajuar a varias familias, ya que la diversidad y la complementariedad que reflejan los subgrupos funcionales son evidentes (fig. 21).

Una explotación agrícola.- Los objetos directamente relacionados con el aprovechamiento agrícola del medio atestiguan la totalidad de actividades posibles en una explotación familiar. Su autosuficiencia es evidente, pues no se limita a la producción sino que también se ocupa de la transformación y comercialización de lo producido. Todas las actividades agrícolas quedan representadas por una reja de arado, dos hoces, cinco legones y un almocafre (fig. 22-25). Tal número de objetos no es excesivo en una finca de pequeño o mediano tamaño, máxime si tenemos en cuenta que el trabajo de la tierra precisa de una roturación previa, representada por la reja de arado; de la cava del terreno y de la configuración de los caballones -cuyo tamaño depende de aquello que se quiere plantar- atestiguada por la presencia de cinco legones con gradación en tres tamaños diferentes¹⁹²; por último, también precisa de unos trabajos de escarda, plantación y

documentados por un almocafre y dos hoces respectivamente. Como ya hemos dicho con anterioridad, la transformación y elaboración de ciertos productos agrícolas está probada por la presencia en el ajuar de los accesorios de un pequeño molino hidráulico (fig. 27)¹⁰³.

El siguiente paso en el proceso productivo es la actividad comercial, necesaria en una economía rural basada en intercambios y en el comercio local. Son testimonio de ella la balanza de áridos, en estrecha relación con el molino, y tres balanzas de diferente tamaño, que sin duda servirían para pesar los productos de la huerta, así como elementos pequeños o productos finos (nº e 20-33 y fig. 29).

El grupo de labores artesanales complementa perfectamente al anterior; en él se encuentran representadas todas y cada una de las actividades que debieron de ser imprescindibles en una explotación agrícola andalusí en el contexto de una economía rural. Los útiles de carpintería son necesarios en los trabajos de reparación de las maderas empleadas en las infraestructuras hidráulicas¹⁰⁴. Algunas de las piezas de carpintería (barrena) o de uso múltiple (lezna) son frecuentemente nombradas en tareas agrícolas por los agrónomos andalusíes¹⁰⁵.

3.- Ambiente socioeconómico y contexto político.

Relación entre la actividad agrícola y la militar en el medio rural.- Entre la gran cantidad de objetos domésticos y útiles agrícolas del conjunto de Liétor, a todos nos sorprende la presencia de unas armas y atalajes que debían de pertenecer a un grupo familiar o clánico que las utilizaba cuando ocasionalmente se debía enviar a uno de sus miembros a servir en las milicias tribales (locales) o en el propio ejército califal (fig. 67-77). Hemos de convenir que, de no encontrarse las piezas señaladas en el ajuar, la interpretación que se pudiera hacer del mismo habría variado sensiblemente. Algo análogo habría ocurrido si los materiales de la ocultación hubieran aparecido en las proximidades de un importante núcleo urbano, pues se podría pensar que formaban parte del ajuar de algún hacendado con un considerable poder adquisitivo. Todo ello parece harto difícil en el ámbito rural donde realmente nos situamos, una vez demostrada la estrechísima relación existente entre los útiles, las actividades económicas que representan, y las limitaciones y características del medio físico donde han aparecido.

Si se acepta la vinculación del ajuar a un medio rural, la interpretación más simple del mismo será la de su pertenencia a una comunidad muy cohesionada debido a sus fuertes vínculos de carácter agnaticio. Ésta, dentro del territorio relacionado con el *hişn*, se organiza bajo las órdenes de la *aljama*. A pesar de esos lazos de cohesión de las diferentes familias pertenecientes a un

grupo clánico, éstas nunca llegaron a constituir un grupo homogéneo que pudiera funcionar como una sola entidad. Tampoco había lugar para el individuo como tal, si no es en el marco de la familia en un sentido amplio, que, como verdadera unidad mínima de población, se articula en torno a la figura del patriarca que es responsable (colectivamente, ante la aljama o ante las autoridades estatales) de todo el grupo familiar. Creemos que tener en cuenta las armas y atalajes militares e interpretar el conjunto como perteneciente a una sola familia no entra en contradicción con el panorama mencionado anteriormente. Con este escondrijo no nos encontramos ante un «colectivo», tampoco ante un «individuo», sino frente a un grupo familiar (que incluso pudo estar formado por varias parejas), capaz de llevar a cabo una explotación diversificada del campo (incluyendo la actividad minera), que podía disponer de ciertos recursos económicos y uno de cuyos miembros -quizá el propio jefe tribal- debía servir periódicamente en el ejército.

Desde nuestro punto de vista, la interpretación del ajuar no ofrece duda alguna, pues las armas y atalajes se complementan perfectamente y se ajustan a las representaciones iconográficas y a las descripciones literarias. El aparente divorcio existente en el Occidente cristiano, entre el ejercicio castrense y las actividades campesinas, no se produjo en al-Andalus tal y como lo prueba la documentación árabe y ahora la arqueología. El dato más decisivo nos lo ofrece el *Tratado de Agricultura* del agrónomo del siglo XII Ibn al-^cAwwām, en el que se compaginan y quedan estrechamente ligadas las actividades agrícolas y las militares. Así, tras largos capítulos dedicados a temas agronómicos, en el artículo undécimo desarrolla un auténtico «Tratado de caballería» que titula de esta manera: «*Del modo de montar el caballo con armas y sin ellas*». Para mayor interés, las fuentes de las que bebe este agrónomo son los libros de Ibn Şufra e Ibn Ĥazm, lo que nos permite retrotraer algunos de los datos mencionados hasta el período califal. La existencia de estos tratados plantea la duda de a quienes iban dirigidos, o lo que es lo mismo: ¿qué persona o personas contaban con la suficiente cultura como para permitirle la consulta de ese tipo de obras? El que de manera nada forzada, se incluya en ellas un verdadero «tratado de caballería» podría explicarse como producto de un anacronismo del autor que, de forma rutinaria continuaba una tradición agronómica anterior. Sin embargo, el hecho de que, al parecer, durante los períodos almorávide y almohade sigan existiendo militares adscritos a tierras evidencia lo contrario; da la impresión de que el agrónomo sevillano continúa una tradición que, al menos, se puede remontar al período califal e iba mayoritariamente dirigida a la población letrada que participaba activamente en los trabajos del campo, características que sólo encontramos en la figura de los «*jinetes-agricultores*» andalusíes.

Ejército y fiscalidad califales.- Dentro del propio ejército andalusí, los cuerpos de caballería desempeñaron un papel preponderante, a la hora de desplegar una serie de estrategias militares que lo convirtieron en, táctica y técnicamente, superior al cristiano. Los cuerpos de caballería siempre predominaron frente a los de infantería. Sin embargo, a fines del siglo X, con la incorporación de importantes contingentes beréberes, en su mayor parte jinetes, el dominio de la caballería en el ejército fue abrumador.

Tras la caída del Reino Visigodo, poco o nada se sabe sobre cómo se produjo el establecimiento de los nuevos elementos militares en el territorio conocido como la *kūra* de Tudmīr. Los conflictos iniciales fueron protagonizados por los baladíes (primeros árabes asentados en al-Andalus) y los sirios. Diversos autores refieren cómo el gobernador de al-Andalus Abū l-Jaʿfar para terminar con las disputas, en el año 743, decidió distribuir los contingentes militares sirios por todo al-Andalus, correspondiendo a Tudmīr una parte del *ʿjund* de Miṣr. Según Ibn al-Jaʿfīb «*los distribuyó y les concedió dos tercias de los bienes de los protegidos (cristianos), que quedaban o permanecían en dichas provincias. Y salieron las tribus sirias de Córdoba*». El asentamiento de los sirios en Granada -que sin duda se puede extrapolar a la *kūra* murciana- mereció el comentario del autor Ibn al-Jaʿfīb, que llega a ofrecernos algunos detalles muy sugerentes «*Cuando se establecieron los musulmanes en esta generosa provincia (Granada o Ilbīra), el emir Abu l-Jaʿfar asentó las tribus de los Árabes Sirios en esta cora y les concedió (aqṭa ʿahum) una tercia (sic) de los bienes de los sometidos. Continuaron aquéllos (los Sirios) viviendo entre la masa de los cristianos. Éstos se dedicaban al cultivo de la tierra y explotación de las alquerías. Al frente de ellos estaban los ancianos de su religión, hombres dotados de prudencia, astucia y disimulo. Conocían además los impuestos que debían pagar a sus jefes*»¹⁹⁷.

Para evitar las luchas endémicas entre las tribus árabes (yemeníes y mudariés), ʿAbd al-Raḥmān II promueve la destrucción de Iyyu (h), verdadero foco de tensiones, y la centralización geográfica y administrativa materializada en la fundación de la ciudad de Murcia, surgida a partir de un campamento militar y cuya erección se enmarca en un proceso de reorganización de la antigua *kūra* de Tudmīr. Sin embargo, una vez ultimada la centralización del poder de la *kūra*, era necesario un control o al menos una fijación de elementos militares en lugares lejanos pero igualmente estratégicos. Este proceso se produjo sin duda a partir de la *iqṭāʿ* o concesión de tierra, fórmula jurídica dirigida a la vivificación de terrenos, pero también a la fijación de elementos militares; se trata de tierras separadas, seccionadas del dominio público, concedidas a particulares para su vivificación y puesta en cultivo, o bien a soldados, en compensación de servicios militares¹⁹⁷.

De la forma de explotación nada sabemos, pero lo más probable es que, ocasionalmente, sobre todo durante el período de duración del servicio militar, se llevaran a cabo las «*musāqāt*» o contratos de aparcería en tierras de regadío¹⁹⁸. Desde luego, con los datos con que contamos es difícil llegar a averiguar qué extensión tenía la hacienda a la que perteneció el ajuar. Sin embargo, a juzgar por el tamaño medio de las parcelas irrigadas de Liétor no debió de ser muy extensa. Salvando las distancias, en la actualidad el Huerto de la Alcadima, espacio agrícola fosilizado, es aún una explotación familiar en la que se emplea un utillaje muy similar (tipológica y cuantitativamente) al de la ocultación medieval. A pesar de todo pudo emplearse ocasionalmente mano de obra asalariada, como refieren los tratados agrícolas¹⁹⁹.

La degradación socioeconómica de fines del siglo X.- La información que nos proporcionan las fuentes árabes sobre el soldado-agricultor que compagina sus deberes bélicos con el cuidado de las tierras parece coincidir con la información arqueológica deducible de la ocultación de Liétor. Esta doble actividad quedó interrumpida momentáneamente después de la reforma militar y fiscal de Ibn Abī ʿĀmir. Durante su gobierno, se incrementó sensiblemente la presión militar frente a los reinos cristianos, lo que probablemente hizo necesaria una mayor eficacia del ejército, razón por la cual tuvieron que ser reclutados de manera intensiva guerreros beréberes que actuaron como mercenarios. Si damos crédito a las palabras del emir ʿAbd Allāh, todo ello supuso que los súbditos andalusíes paulatinamente dejaran el ejercicio de las armas, quizá no del todo voluntariamente como parece expresar el texto, sino obligados por la nueva situación, para emplearse por completo en el cuidado de sus tierras. Es decir, se produjo una progresiva sustitución de los componentes militares del ejército califal adscritos a la tierra, que tradicionalmente eran los encargados de recaudar la tributación. Según esta fuente: «*Los súbditos de las tierras de al-Andalus se declararon, sin embargo, incapaces de participar en ella, haciendo valer ante Ibn Abī ʿĀmir que no se hallaban preparados para combatir y, por otra parte, que su participación en las campañas les impediría cultivar la tierra. No eran, en efecto, gente de guerra, y en vista de ello, Ibn Abī ʿĀmir los dejó emplearse en la explotación del suelo, a cambio de que todos los años le entregasen sus bienes y los subsidios necesarios para equipar tropas mercenarias que los sustituyesen. Les fijó, pues, tributos, ingresó en las cajas del Tesoro aquellas sumas que le entregaban las gentes, y les sacó (todo el dinero que podía darle), con lo cual equipó su ejército. Dichos tributos continuaron pesando sobre los andalusíes*»²⁰⁰.

Las reformas ʿĀmiríes rompieron con el *status quo* preexistente. Se promovió una masiva introducción de elementos militares beréberes y, para afrontar el creciente gasto estatal, fue necesario

umentar hasta extremos insospechados la presión fiscal. Posiblemente la recaudación directa de los tributos quedó a cargo de los nuevos militares a los que ahora se pagaba un sueldo en metálico o «soldada», que ellos mismos debían recaudar.

Se recuerda con nostalgia la figura de ese soldado-agricultor, reputado representante de la legalidad, que se encontraba perfectamente integrado en el ámbito que le rodeaba, y que la mayor parte del tiempo participaba en los medios de producción. Los nuevos militares se han convertido en representantes del «tirano» que esquilma a la población y ejecuta una mayor presión fiscal con introducción de nuevos y gravosos impuestos en metálico ilegales de los que él mismo obtenía beneficios. La evolución degenerativa que sufrió la figura del militar, a partir de las reformas de Ibn Abī Ḥāmir, queda perfectamente descrita por los testimonios contemporáneos de al-Ṭurṭūšī e Ibn Ḥazm.

En opinión del primero, la supremacía musulmana se mantuvo hasta las reformas de Ibn Abī Ḥāmir. Al-Ṭurṭūšī reseña la negativa incidencia de las reformas en las tierras: «Oí decir a algunos ancianos de al-Andalus, unos que habían sido guerreros de profesión y otros que no lo fueron, que preponderaron los musulmanes sobre el enemigo, y el poder de éste se vio abatido y quebrantado, mientras las tierras estuvieron repartidas en poder de las tropas, las cuales les hacían producir y trataban benignamente a los campesinos cuidándose de ellos como se cuidaba el negociante de su mercancía. De este modo, estaban las tierras cultivadas, abundaban los recursos, los ejércitos eran muy numerosos y se disponía de ganados y armas en cantidad superior a la requerida por las necesidades. Así continuaron las cosas hasta los últimos tiempos de Ibn Abī Ḥāmir, el cual substituyó el pago de las tropas por una soldada mensual que se percibía en dinero e impuso un tributo sobre las tierras, de cuya cobranza se encargaron las mismas tropas. Estas esquilmaron al pueblo, devastaron sus haciendas y lo dejaron arruinado. Ahuyentáronse las gentes y no fue posible a las tropas seguir explotando los campos y como consecuencia, disminuyó la cuantía de los tributos que el sultán recaudaba, se redujo el número de las tropas y dominó el enemigo sobre el territorio musulmán, apoderándose de él en su mayor parte. A partir de aquí continuó acentuándose la decadencia de los musulmanes y la preponderancia enemiga...»²⁰¹.

El texto de Ibn Ḥazm completa la imagen que nos proyecta el anterior. En esta ocasión, el autor narra en tiempo presente y, por ser testigo ocular de los acontecimientos, es bastante más explícito: «...todo el que gobierna una ciudad o una plaza fuerte en cualquier región de este nuestro país de al-Andalus, desde el primero al último, es un salteador de caminos, que (bajo color de obrar) por Dios y su Profeta guerra y siembra el desorden en el país, haciendo, como lo veis con vuestros mismos ojos, continuas incursiones o algaras contra los bienes de los musulmanes, súbditos de cualquier príncipe que le sea hostil, permitiendo a sus

ejércitos que los asalten por los caminos de las regiones contra cuyos habitantes están en guerra, imponiendo contribuciones indirectas (*mukās*) y personales (*ḡizya*) sobre los cuellos de los musulmanes, dando a los judíos jurisdicción para que en las más frecuentadas vías de los musulmanes les cobren el impuesto de capitación (*ḡizya*) y el tributo (*ḡarība*), con la excusa de que a ello les obliga una necesidad que haría lícito aquello que Dios mismo ha prohibido... (El dinero puro, procedente del trabajo de los mineros) no queda mucho tiempo en poder suyo, sin que lo tengan que entregar a la fuerza, violentamente y contra toda justicia en forma de tributo (*qatī*) que los tiranos imponen sobre sus cabezas, al modo del impuesto de capitación (*ḡizya*) para los judíos y cristianos... porque los tributos (*magārim*) que cobraban los diversos gobiernos (anteriormente a la *fitna* y a Ibn Abī Ḥāmir) cargaban exclusivamente sobre las tierras, y eran por ello muy parecidos (*janāḡ*) que Ḥumar impuso sobre los campos. En cambio, hoy, esos tributos son los siguientes: uno de capitación (*ḡizya*), impuesto sobre las cabezas de los musulmanes, que llaman *al-qatī* y se recauda mensualmente (en metálico); otro, *ḡarība*, impuesto sobre los bienes, es decir, sobre el ganado lanar y el vacuno, las bestias de carga y las abejas, que consiste en un tanto fijo por cabeza; y además, ciertas alcabalas que se pagan por todo lo que se vende en los mercados... Todo esto es lo que hoy recaudan los tiranos, y ello es un escándalo infame, contrario a todas las leyes del Islam... Vosotros veis, efectivamente, en vuestra región al ejército, cuyos soldados no cobran sus haberes sino de ese impuesto (*ḡizya*) que los tiranos exigen a los musulmanes...»²⁰².

Poblaciones beréberes y comienzo de la *fitna*. El autor Ibn Ḥayyān, en su obra *Muqtabis*, ya anunció las causas que poco después conducirían al desenlace de la *fitna* e intuyó los problemas que iban a plantear los nuevos elementos beréberes fuertemente militarizados que pronto usurparían las tierras de los campesinos andalusíes: «...Ibn Abī Ḥāmir los siguió colmando de bienes (a los beréberes), pues se sirvió de ellos en provecho propio al apoderarse del mando, los elevó sobre las restantes categorías de los ejércitos, los convirtió en fuerza personal suya, y se hundió con ellos en las tinieblas mientras vivió. Tras él mostraron enemistad contra el Califa... y esta enemistad les ha conducido a la situación actual, en la que están a punto de anular el Califato, quebrantar la unidad del Estado, preparar el camino a la guerra civil y poner a la Península en trance de muerte...»²⁰³.

Un observador de excepción fue Ibn Ḥazm, activo partidario omeya que sufrió en las propias carnes la usurpación de todas sus propiedades y fue perseguido y declarado convicto. Poco después del año 1035, realiza el siguiente comentario sobre la secular manera de ocupar las tierras en al-Andalus: «... no hemos dejado jamás de oír en boca de todo el mundo, y que por eso engendra ciencia cierta; es a saber: que en al-Andalus jamás se reservó el

quinto ni repartió el botín, como lo hizo el Profeta en los países que conquistó, ni los conquistadores se avinieron de buen grado a ello ni reconocieron el derecho de la comunidad de los musulimes, como lo hizo en sus conquistas ^cUmar; antes bien, la norma que en esta materia se practicó fue la de apropiarse cada cual aquello que con sus manos tomó. Sobre al-Andalus cayeron, victoria tras victoria, los berberiscos (léase beréberes), los afāricas y los egipcios, y se apoderaron de un buen número de pueblos, sin reparto. Entraron después los sirios al mando de Balġ b. Bišr b. ^cIyād al-Qušayrī y expulsaron de las tierras que ocupaban a la mayoría de los árabes y berberiscos (léase beréberes), conocidos con el nombre de baladíes, tal y como ahora veis que lo hacen los berberiscos (léase beréberes), sin diferencia alguna, pues bien público y notorio es lo que veis hacen ahora con las bestias de carga de las algaras y con los frutos del olivo: que los berberiscos (léase beréberes) y tiranos se apoderan de todo cuanto poseen, salvo lo poco que les parece bien dejarles...! Injusticia pōr injusticia!...»²⁰⁴.

La crisis del Califato llegó a su punto álgido con la llegada al poder de ^cAlī b. Ḥammūd, primer califa beréber que gobernó entre los años 1016 y 1018. Su política fue derivando progresivamente hacia una serie de represalias contra la población que había apoyado de forma incondicional la causa de Sulaymān al-Musta^cīn²⁰⁵.

Es en este período de gobierno de la dinastía de califas ḥammūdīes cuando se agudiza la crisis y se generalizan las usurpaciones de tierras del campesinado andalusí con el objeto de asentar a las tropas de mercenarios beréberes. Con la información proporcionada por al-Ṭurṭūšī es posible situar a principios del siglo XI el momento de inestabilidad, durante el cual unas familias campesinas -incluso las más poderosas- tuvieron que huir, abandonando sus tierras que nuevos elementos incontrolados y deseosos de asentarse en al-Andalus ocuparon ilegalmente. En este período se agudiza el vacío de poder y la anarquía militar que propicia este fenómeno de abandono y usurpación de las tierras de las primeras décadas del siglo XI, datos que concuerdan con los registrados en la ocultación letuaria. En el ajuar estudiado se detecta, sin lugar a dudas, un desmantelamiento casi total de la vivienda y de los medios de producción, quizá porque por parte del agente ocultador se esperaba, y no sin razón, una acción violenta de pillaje que no estaba en sus manos controlar o evitar.

Abundando en la inestabilidad política, un compilador anónimo del siglo XV menciona varias rebeliones que, de un modo u otro, debieron de afectar al sureste peninsular. Una de ellas fue protagonizada por Muyahid al-^cĀmirī esclavo de al-Manšūr, «...quien se rebeló en las ciudades de Tortosa, Valencia, Denia y Tudmīr y en todas las regiones orientales y las puso en orden, atacando desde ellas a los cristianos. Se apoderó también de

Lorca, Baza y Jódar en dū l-ḥiġġa del año 400 (julio-agosto de 1010)» y llegó a gobernar hasta el año 1045²⁰⁶. Otra rebelión fue protagonizada por Jayrān al-^cĀmirī en Almería (1014-5), que gobernó hasta el año 1028, llegando a dominar un extenso territorio que incluía los enclaves de Guadix, Jaén, Priego, Jódar, Baza, Arjona, Beja Tejada y Chinchilla, enclave este último que, como hemos visto, se sitúa muy cerca de Liétor²⁰⁷.

Consideraciones finales.- Desde una perspectiva multidimensional, los datos arqueológicos hasta ahora extraídos encajarían bastante bien con una hipotética ocultación del ajuar en la época de la *fitna* beréber. Es precisamente en ese período cuando se producen los más graves problemas, directamente inducidos por grupos de beréberes incontrolados, afectando algunos de ellos con especial virulencia a la región suroriental de al-Andalus.

Los comentarios de los autores árabes, aunque breves, son bastante explícitos. De una parte, según al-^cUḍrī, un contingente de beréberes que procedía de Jaén atacó Valencia en el año 401 H.\1010-1011, consiguiendo capturar numerosas personalidades²⁰⁸. Por otra parte, grupos de beréberes ocuparon por la fuerza la propia *kīra* de Tudmīr, aunque poco tiempo después Jayrān «el Esclavo» consiguiera expulsarlos de Orihuela y de Tudmīr, estableciendo a continuación su autoridad en toda la región en el año 403 H.\1012-1013, tal como narra al-^cUḍrī²⁰⁹.

Estos dos hechos históricos, junto con otras referencias sobre el ambiente de crispación y los movimientos de población que dominan este período (Ibn Ḥazm, al-Ṭurṭūšī), constituyen por sí solos una vía hipotética de interpretación de los hechos. Aunque es evidente que un solo hecho jamás puede explicar el por qué de una ocultación, los graves problemas sociopolíticos que asolaban el sudeste peninsular, con especial incidencia entre los años 400 y 403 H., podrían haber dado lugar a un atesoramiento de objetos como los que ahora vamos a estudiar²¹⁰.